

Dany-Robert Dufour

CARTAS SOBRE LA NATURALEZA
HUMANA PARA USO DE LOS
SOBREVIVIENTES

Título del original en francés: *Lettres sur la nature humaine à l'usage des survivants*

Editorial Calmann-Lévy

Colección « Petite bibliothèque des idées »

Año 1999

ISBN 2-7021-2980-3

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila
Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura
Universidad Nacional de Colombia

A mi bella amiga...

Todos los hombres,
en el vertiginoso instante del coito,
son el mismo hombre.
J. L. BORGES, *Ficciones*,
«Tlön Uqbar Orbis Tertius» (Nota 4)

MI BELLA AMIGA,

Esta mañana me celebraste... Me observabas. Entonces una sombra cubrió tus ojos. De pronto, me lanzaste una extraña mirada. Ya no supe a *quién*, o mejor, *qué* mirabas. Suspenso. El tiempo se detuvo.

Cuando te fuiste, esa mirada persistió. ¿Qué fue lo que alcanzaste a percibir de mí que no conocías y que yo no sabía? Tuve que ir a un espejo. Desnudo. Busqué. ¿Cabellos blancos? Celebras la llegada de cada cana. ¿Arrugas? Las perfilas con el dedo, las anticipas... No, has visto más profundo. Tu mirada se zambulló más lejos. Hasta lo más profundo. Tan lejos... Me fue necesario ir tan lejos para ver lo que viste. Viste mi cuerpo. Viste el cuerpo humano. El cuerpo que no pertenece a nadie. El cuerpo de todos. Viste que me paseo con el mismo cuerpo desde hace cien mil años. Viste que soy el mismo hombre desde siempre. Que mi dotación natural, mi gran cabeza con su masa cerebral, mi paso ágil, mi velocidad y mis pasos de danza que se yerguen sobre mi posición dinámica erecta, el pulgar oponible de mi prensión anterior tan precisamente hecha para atraparte al vuelo, mi dentadura con la que alegremente te amenazo cuando río, esas palabras que salen de mi ser como una fuente inagotable..., nada de eso ha cambiado en realidad desde que soy un *homo sapiens sapiens*. Has visto que soy siempre el mismo hombre desde la noche de los tiempos, quien quiera que yo sea en la incesante renovación de las generaciones.

Sí, yo fui el David de Miguel Ángel, fui Shakespeare, fui mi padre, mi madre y mi hijo, soy el loco Artaud...

¿Entonces, por qué súbitamente viste todos los hombres vivir en mí? ¿Por misericordia? Probablemente. Varias veces te escuché preguntarte por el destino de nuestra extraña especie. ¿Qué visión atravesó tu mente? ¿Habrás percibido la inminencia de un acontecimiento amenazante? ¿Habrás imaginado que vivías con el último de los hombres? Indudablemente. Decías además, hace poco, que a la vuelta del tercer milenio, la permanencia del cuerpo concedida incondicionalmente a cada uno de los ochenta mil millones que nos precedieron ya no está garantizada en absoluto para quienes vendrán. No porque la selección natural esté fomentando alguna nueva forma de humanidad. Es más bien que se está instalando un modo de selección diferente: una selección artificial, errática aunque buscada, gobernada pero ciega, promovida por los mismos que fueron, así como las

demás especies, objeto pasivo de esta selección: los hombres. Lees esos despachos que cuentan cómo el hombre aprende, cada vez mejor, a integrar en el *germen* el patrimonio genético de tal especie, a integrar rasgos importados de cualquier otra. Sigues el progreso de ese taumaturgo. Llega a ser capaz de provocar mutaciones artificiales que le quitan al mundo de lo vivo su naturalidad, su necesidad, su evidencia y su carácter ineluctable. Vuelven ese mundo un poco más sobrenatural cada día y mucho más barroco de lo que ya era. Sabes todo sobre ese maíz que ahora resiste a los herbicidas cuando integra una hormona humana, sobre esos cerdos que producen órganos vitales humanizados, cultivados para sernos trasplantados muy pronto, sobre esos extraños ratones que exhiben una gran oreja en su espalda, sobre esas terneras-fábrica que producen insulina u otras sustancias orgánicas utilizadas luego en la industria médica, alimenticia, química... Visitas el mundo como una feria de exposición que se acrecienta diariamente con productos vivos inventados por geniales criaturas, por sospechosos estetas, por inescrupulosos comerciantes, por médicos locos, por dudosos magos dispuestos a remediar la imperfección humana... Es Florencia en lo real, un extraño Renacimiento que prorrumpe en el mundo entero donde lo vivo renace siguiendo leyes diferentes. Una nueva génesis. Hemos pasado a un fabuloso bricolaje de las formas y de las condiciones de lo vivo, tan descontrolado que nadie podría anticipar, así fuese a mediano plazo, sus efectos locales y mucho menos globales.

Y si el hombre lo altera todo ¿por qué no alteraría al hombre?

Fue exactamente ahí donde tu mirada se cubrió, cuando notaste que ese movimiento, tan conquistador como anárquico, me iba a alcanzar a mí, que iba a afectar a la especie misma que se halla en el centro de tales trastornos. Soy siempre el mismo hombre. Páseme lo que me pase, estoy *escrito*. Escrito con una escritura secreta que ha llegado hasta mí y que yo transmito sin saberlo más allá de mis límites temporales. Pero han llegado nuevos Champolliones que han hecho posible descifrar la escritura natural de la que procedo. Estamos leyendo el gran libro donde están escritos los mensajes de los que soy expresión. Y si se saben leer y entender los mensajes escritos en esta escritura, pronto se sabrá escribir nuevos mensajes y producir entonces nuevas expresiones, diferentes a la que represento y que sobrevive desde la noche de los tiempos.

¿Estoy protegido? ¿Tengo derecho de anterioridad? Desde luego. Pero todo el mundo sabe que las recomendaciones éticas, que supuestamente habrían de evitar a los

hombres transformaciones intempestivas, sólo conciernen en el mejor de los casos a quienes las hacen, y de hecho, estos casi no abrigan esperanzas sobre su acción.

Es evidente, pues, que los hombres, por lo menos algunos, no están lejos de salirse de sí mismos y pronto intentarán cambiar de cuerpo. Es decir, intentarán dotarse de cuerpos inéditos que presenten características de resistencia a las enfermedades, de longevidad, de habilidad intelectual, de apariencia física, de duplicación¹... Quién sabe si no hay algunos mutantes en gestación aquí o allá, y hasta si no hay varias nuevas humanidades ya en germen, ya no sólo en los relatos como siempre, sino en lo real mismo.

Tranquilízate pues, mi hermosa amiguita. Si no estoy muerto ya, por lo menos estoy condenado. Ámame entonces más de lo debido pues soy el último hombre. No temas que me calle, me tomaré todo mi tiempo. Porque el tiempo del condenado le pertenece. Voy a dirigirme no hacia el descubrimiento de los nuevos cuerpos por venir, sino a detenerme en ese cuerpo que ya sólo poseo por un tiempo contado. Voy a decirte quién soy antes de que sea demasiado tarde.

¿Acaso se ha sabido alguna vez qué posibilidades tiene ese cuerpo del que voy sin duda a deshacerme pronto? ¿Se sabe qué puede el cuerpo? Vieja pregunta ya lanzada por el Spinoza de la *Ética*. Pregunta que persiste entera. Aunque no obstante haya caducado ya. ¿Sabe alguien qué parte esencial tendré que abandonar pronto, al mismo tiempo que ese cuerpo, a una historia abortada, a los mercaderes, a las tinieblas, al porvenir? Voy a decirte quién soy y lo que voy a perder cuando me hayan despojado de mí mismo.

Voy a decirte cuáles son los órganos irreductiblemente humanos de mi cuerpo. No lo haré como el médico o el antropólogo que buscan revelar el funcionamiento o la historia del cuerpo, tampoco como el lógico que hace esfuerzos por comprender la relación entre la organización cerebral y los procesos mentales propios del hombre. Voy a darte el secreto: poseo dos órganos humanos. Por órgano no entiendo el tejido celular, sus intercambios bioquímicos, sino la función irreductiblemente humana que se construyó sobre la realidad orgánica. Poseo dos órganos invisibles, por todas partes, en ninguna parte, ramificados, únicos entre las especies vivas: el del conocimiento y este otro, tanto más difícil de cernir:

¹ En todo caso, de esta certeza no dudan en absoluto los más informados científicos. Por ejemplo, los redactores de la revista científica de circulación internacional, *The Lancet* (vol. 353, no. 9147, 9 de enero de 1999), estiman que la clonación humana es “inevitable” y piden, en su filantropía, que los futuros clones se consideren cabalmente como seres humanos.

el del goce. Eso es lo que ningún cuerpo de cerdo humanizado ni de humano acerdado podrá producir. Ahí habita mi humanidad. Son, pues, mis dos órganos favoritos de los que te voy a hablar, mi bella amiga, ya que te interesan de manera tan especial. ¿Cómo se crearon en mi viejo cuerpo inmemorial? ¿Cómo llegaron a ser los órganos por excelencia de lo humano? ¿Cuál es el hilo secreto que va del conocimiento al goce?

I

CARTA SOBRE LOS NEOTENOS, LOS AXOLOTL Y LAS VENUS DE BOTERO

Soy un viejo animal. Fui lanzado al mundo hace cien mil años. No debí haber vivido.
Y ahora domino el mundo.

Nunca he sido más que un aborto de mico. Un error de la naturaleza. Uno de tantos desechos sin consecuencia de los que ésta se deshace a menudo sin hacer escándalo. Salí demasiado pronto, prematuro, ni hecho ni por hacer, tan poco acabado que habría debido fallecer sin dejar huella. Tabiques cardiacos sin cerrar, inmadurez postnatal del sistema nervioso, insuficiencia de los alvéolos pulmonares, circunvoluciones cerebrales a duras penas desarrolladas, crecimiento físico insuficiente respecto a las normas constatadas en los demás mamíferos... El ternero o el potrillo, cuando llegan al mundo, pesan aproximadamente 40 kilos y sólo pocos minutos después brincan ante su madre con una convicción, temblorosa es cierto, pero... Pero yo, apenas si peso 3 kilos al nacer, y ni siquiera me arrastro...

Los demás primates comen, devoran, desgarran; sus dientes de leche se forman inmediatamente después del nacimiento, y apenas se completan empieza a manifestarse la dentición definitiva. Mi supervivencia alimenticia es un lamentable ejemplo de total dependencia: necesito dos años para llegar a tener todos mis dientes de leche, y apenas se realiza ese prodigio, al punto los pierdo para vivir medio desdentado hasta los cinco o seis años...

Mi desarrollo sexual también es muy interesante: hasta los cinco años sigue más o menos la evolución que se observa en los demás primates, salvo que cuando va a completarse, se interrumpe brutalmente durante cinco años. A tal punto que, después de innumerables reanudaciones, de remordimientos y reorientaciones, nunca estoy muy seguro del sexo al que pertenezco. Y no te hablo de esa deplorable ausencia de hueso peneano; soy el único de los primates que lo ha perdido y en ocasiones he llegado, mi hermosa amiguita, a lamentar muy amargamente su ausencia.

¡Un prematuro! Soltado al mundo demasiado pronto, inmaduro para el nacimiento, mal equipado con un organismo inconcluso, conservo toda mi vida los estigmas de la prematuración y de la fetalización que me prohíben llegar a ser adulto jamás...

Para que yo lograra sobrevivir fue necesario seguramente que una madre ejemplar se ocupase de mí durante años, más allá del tiempo admisible racionalmente en todo ambiente hostil rebosante de predadores rampantes, voladores, corredores y nadadores. Sobrevivir, sí, ¡pero en qué condiciones! Con una vellosidad ridícula cuya lamentable ausencia al nacimiento resulta tan redhibitoria que, en el mejor de los casos, ¡sólo logra evocar lo que habría debido ser y nunca será! Soy aquel que sufrió el irremediable ultraje de llegar casi completamente desnudo al mundo. Mírame, mi bella amiga, y mira a mis hermanos. El simio común posee todos sus pelos al nacer. El gibón está cubierto enteramente, salvo en su parte posterior: porque nada le gusta más que exhibirla. Dos meses después, el gorila y el chimpancé estarán cubiertos de vello, salvo cuando, por arrogante altivez, se arrancan los pelos del pecho a fuerza de golpearse los pectorales...

Podría contarte muchos otros rasgos de mi adulta madurez que no están presentes en el simio muy joven: ese pulgar no oponible de mi miembro inferior, la no sutura de los huesos de mi cráneo hasta la muy avanzada edad de veinte años, que permite ciertos desbordamientos y brotes cerebrales, la posición de la vagina en mis hermanas con esa abertura girada hacia adelante que ha incomodado considerablemente el coito dorso-ventral *a tergo o more ferarum*, razón por la cual hemos tenido que dejar que sea reconstruido por nuestra fecunda imaginación, pero que hizo posible, es cierto, ¡ah! amiga mía, la invención de un animal particular, compuesto, temporal: la bestia de dos espaldas. En la creación, era preciso que yo me desquitase como bromista... Y mi cabeza, ¡mi bonita cabeza! Se sostiene así gracias a la persistencia de la curvatura fetal situada en la parte craneana de mi eje corporal, curvatura que se elimina durante el desarrollo en los demás mamíferos. Pero, ese rasgo fetal persistente ordena la posición del hueco occipital y me fuerza a mantener el cráneo situado perpendicularmente respecto a la columna vertebral. A esta faz periscópica, nada cómoda para cazar como el lobo, agrégale, bella amiga, ese pulgar posterior no oponible, incapaz de prensión, apenas bueno para el apoyo, y verás que el maravilloso acto de haberse erguido y de haber contemplado las cosas desde lo alto gracias a esa posición dinámica erecta que me enorgullece tanto a mí como a mis congéneres, verás que esta

verticalidad esencial que me hizo mirar el sol y las estrellas de frente es simplemente una consecuencia de la fetalización.

Soy el único animal del que habría podido reírse toda la creación si ésta hubiese sabido perder su tiempo en nada, como yo, bueno para nada, mal visto, mal hecho.

En 1926, un anatomista de apellido Bolk descubre el tapado². Todo el mundo lo sabía desde siempre, pero nos las arreglamos para ocultarnos a nosotros mismos la espantosa verdad, para continuar diciendo y repitiendo que éramos el ser bendecido por los dioses... Porque no basta con ser un fracasado, ¡además hay que sentirse orgulloso de eso! Pero este hombre nos reveló nuestro hecho: somos neotenos. La teoría de la neotenia existía antes de Bolk. Kollmann la había introducido desde 1884 para designar hechos de tipo ontogenético, pero Bolk fue el primero en transformarla en un concepto filogenético y en aplicarla al hombre para revelar su condición de neoteno, es decir, un prematuro. Un ser nacido constitutivamente demasiado pronto, incapaz de deshacerse de los signos de la fetalidad y de la juventud.

Heme entonces neoteno, perteneciente a una especie que se constituyó a partir de una subramificación incapaz de llegar nunca al estado adulto. ¡Ojo!, soy muy bueno para fracasar!: en mí, los rasgos normalmente transitorios del carácter juvenil se han vuelto definitivos. Por tanto, no soy sólo un ser juvenil sino un ser juvenil que ha llegado a ser capaz de transmitir esos caracteres de juventud normalmente transitorios. ¿Me atreveré a cuestionar esa capacidad para reproducirme antes de alcanzar la edad adulta? ¿No correría el riesgo de descubrir en el pleno proceso de hominización que conduce a mi advenimiento como neoteno, algo así como la existencia de relaciones incestuosas que necesariamente han debido ocurrir entre abortos y sus padres para que los caracteres normalmente transitorios del carácter juvenil se transformen finalmente en caracteres adquiridos? Tanto más fácilmente habría resultado yo de ahí, cuanto que, como escribe Bolk, «el retardo del desarrollo tiene como consecuencia que dos generaciones consecutivas permanezcan juntas mucho más tiempo». ¿Debería entonces pensarme como perteneciente a una especie

² Louis Bolk, *Das Problem der Menschwerdung*. Traducciones al francés: “La genèse de l’homme” [La génesis del hombre] en *Arguments*, traducción de J.-C. Keppy (con una presentación de Louis Bolk por Georges Lapassade), 1960; “Le problème de la genèse humaine”, [El problema de la génesis humana] en *Revue française de psychanalyse*, nueva traducción de F. Gantheret y G. Lapassade, marzo-abril de 1961.

incestuosa, con todo lo que implica para nuestra civilización, para nuestra historia, nuestra cultura, nuestro ser...?

Como neoteno, continúo presentando toda mi vida, no los rasgos de los antropoides adultos de la ramificación principal, sino los signos de sus fetos. Como neoteno, sufro de una prematuración original que perdura toda mi vida y acarrea un retardo general de mi desarrollo. Mi pequeño *soma* de neoteno está retrasado respecto a lo que está escrito en el gran libro de mi *germen*. Mi desarrollo físico lentificado ya no realiza las posibilidades inscritas en mi *germen*. El curso de la vida de mi vida de neoteno está marcado por la lentificación: extensión desmesurada de la infancia que ocupa casi una cuarta parte de la existencia, inmadurez craneana, retardo sexual...

Por supuesto, Bolk no fue escuchado. Se burlaron de él y sus teorías fueron tomadas en broma durante decenas de años antes de ser suficientemente enmendadas hace poco, vaciadas de todo posible resabio racista (Blancos más neotenos que los Negros) y relanzadas de esta manera, particularmente desde los trabajos del gran bioantropólogo americano Gould³.

Porque era preciso que yo fuera el rey de la creación, su coronación, su apoteosis. Si yo no era el hijo querido de los dioses tan celebrado, tan esperado, tan anunciado, por lo menos era preciso que fuese la coronación del proceso natural. Pero que un neoteno jodido pretendiese instalarse en el trono de la Creación, ¡era demasiado! Dirígete, mi hermosa amiga, hacia nuestra biblioteca, y abre *El origen de las especies* en el capítulo VI. Verás que Darwin, en su inmenso genio, había concebido la hipótesis de una posibilidad neoténica. No obstante, no pudo admitir esta hipótesis más que como una regresión eventualmente aplicable a los seres de metamorfosis como las mariposas y los batracios, pero en ningún caso a mí mismo: «Se sabe actualmente que algunos animales están aptos para reproducirse en una edad muy precoz, aun antes de haber adquirido sus caracteres adultos completos; si esta facultad llegase a tomar un desarrollo considerable en una especie, es probable que el estado adulto de tales animales se perdiese tarde o temprano; en ese caso, el carácter de la especie tendería a modificarse y a degradarse considerablemente, sobre todo si la larva difiriese mucho de la forma adulta.».

³ De Stefen Jay Gould, ver particularmente *Darwin et les grandes énigmes de la vie* [Darwin y los grandes enigmas de la vida], *op. cit.* (cf. caps. VII y VIII sobre Bolk y la neotenia) y *Le pouce du panda* [El pulgar del panda], París, Grasset, 1982.

Era necesario que yo ocupase la posición eminente y todos los grandes sabios trabajaron en ello para izarme a este lugar.

Esas experimentaciones de la naturaleza en todas las dimensiones, todos esos seres del mar, surgidos del gran líquido uterino para colonizar todos los lugares de la tierra y del aire, esta exploración infinita de todas las posibilidades, todo eso no había sido creado con toda evidencia para mi único advenimiento en tanto forma absoluta y definitiva, recapitulación perfecta de esta búsqueda desenfundada, capaz de darle por fin un sentido más puro a la creación.

Soy un mico que ha pasado a la perfección, tal como una eternidad de errancia en sí mismo lo ha creado. Y esta perfección contiene no solamente al mico, sino también todas las etapas y todos los estados anteriores que lo precedieron. Por eso las metamorfosis de mi desarrollo, que me han llevado desde el embrión hasta la forma adulta, contienen toda la evolución de la que ha salido mi especie; magnífico cuento para engañar bobos, que doctamente se enuncia de la siguiente manera: la ontogénesis recapitula la filogénesis, según la fórmula aún celebre, enunciada por un ilustre darviniano, el fisiólogo Ernst Haeckel⁴. De esta manera, ya siendo embrión inmerso alegremente en el gran baño amniótico recapitulaba yo el momento acuático de la vida: pez, anfibio, reptil... Apenas realizado ese paso, me convertía yo en niño y recapitulaba enseguida las etapas de la hominización; no hay necesidad de ahondar mucho para hallar en mí todos esos rasgos comparables con los de los mamíferos, los primates, los antropoides... Entonces la naturaleza nunca cesó de recapitularse, como esperando el momento supremo en que yo debía advenir como hombre. Ahí, por fin, sobrevino lo incomparable, la coronación del proceso, la cereza en el pastel de la creación: yo.

Hermoso cuento de hadas de eruditos buenos preocupados por no desesperar al neoteno.

Freud mismo sucumbió ante los espejismos de la recapitulación. Es cierto que culminó la labor de zapa autorizada por los trabajos de Copérnico, que ya no permitían

⁴ La tesis de la recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis fue formulada a finales del s. XIX por el mayor adepto germánico de Darwin, el fisiólogo Ernst Haeckel. Esta tesis de la recapitulación se completa con dos leyes más, la de la adición terminal (todo progreso es el resultado de una adición que prolonga el desarrollo con una nueva etapa) y la de la condensación (una larga historia de algunos millares de años se recapitula en pocos meses). Haeckel desarrolló un darwinismo social materialista y antirreligioso que llegaba hasta a justificar tesis racistas.

creer que el lamentable animal reinaba sobre un planeta en el centro del mundo físico. Es cierto que celebró las tesis de Darwin que acababan con la bella historia que aislaba a ese extraño individuo del resto de la creación. Es cierto que afirmó tras estos que el neoteno no era amo en sí mismo. Ello no impide que ese gran destructor de ilusiones narcisistas haya recaído en el molde que había acabado de dejar con gran dificultad al utilizar la especiosa argumentación para legitimar aquello a lo cual más se aferraba. Con el fin de presentar el psicoanálisis bajo el aspecto irreprochable de una ciencia de la naturaleza, lejos de las aguas fangosas de las psicologías idealistas y de la filosofía, hizo vaciar en el molde de los requisitos científicos de entonces (la tesis de la recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis) aquello que él planteaba como concepto central del psicoanálisis: el famoso complejo de Edipo.

Hasta llegó a generalizar la tesis de la recapitulación al punto de hacerle admitir, no ya únicamente estrictos datos de naturaleza, sino también y sobre todo datos de cultura. El complejo de Edipo es lo que repite el drama original de la humanidad (la devoración de papá) en el desarrollo del individuo⁵.

Fue un extraño pececito reptíleo pescado en el s. XIX en uno de los lagos mexicanos en donde pulula, bonito como una estatuilla china, de cuerpo diáfano prolongado por patas de increíble fineza, provisto de una cara ausente iluminada por dos ojos de oro transparentes enmarcados por finas branquias rojas como un coral, el que puso fin a este hermoso sueño.

Este pececito que los mexicanos llaman *ajolote* y que se lo bautiza axolotl, fue llevado a París. Y, unas semanas más tarde, se encontró a cambio una salamandra

⁵ La tesis del complejo de Edipo como momento que recapitula el drama de la humanidad en el desarrollo del individuo se expone en *Introducción al psicoanálisis* (1916-17 [1915-17], en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 15-16, Ed. Amorrortu, 1987) y se retoma de otras maneras en varios textos entre los cuales está *Más allá del principio del placer* (1920, en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 18, Ed. Amorrortu, 1987). Freud confirmará su apego a esta tesis en uno de sus últimos textos, *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-38], en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 23, Ed. Amorrortu, 1987). En cuanto al papel del complejo de Edipo en el psicoanálisis, lo precisará de la siguiente manera en otro de sus últimos textos, *Compendio de psicoanálisis* (París, P. U. F., 1975, traducción de Anne Berman, p. 149): «Me autorizo a pensar que si el psicoanálisis no tuviese a su favor más que el único descubrimiento del complejo de Edipo reprimido, ello bastaría para ubicarlo entre las preciosas adquisiciones nuevas del género humano». En 1920 en un agregado a los *Tres ensayos de la teoría sexual* (París, Gallimard, traducción [al francés] de Bernard Reverchon-Jouve, 1962), Freud precisaba que «lo que separa a los adversarios y partidarios del psicoanálisis es la importancia que estos últimos le dan a este hecho [el complejo de Edipo]».

marmórea adaptada para la vida aérea, conocida ya con el nombre de *amblystoma tygrinum*... Mucho más tarde, vino a la mente la idea de administrarle hormonas tiroideas a esas bestezuelas. Y se vio cómo el axolotl perdía sus branquias, desarrollaba la respiración pulmonar y abandonaba la vida acuática. Sólo entonces se entendió lo que había sucedido. Algunos batracios conservan una forma larvaria durante toda su vida y hasta pueden llegar a reproducirse y perpetuarse de esta testaruda forma sin llegar a alcanzar jamás el estado adulto. En los lagos americanos, el axolotl llega al estado de amblístoma, mientras que en los lagos mexicanos se fija definitivamente hasta el punto de reemplazar al amblístoma. Es cruel para los sabios, pero es así: el axolotl deja de recapitularse en el camino. No sólo la formación del individuo cesa en un cierto estadio de desarrollo sin alcanzar la perfección salamandresca de la forma adulta, sino que, además, esta forma transitoria se estabiliza y da lugar a una nueva especie capaz de reproducirse y de transmitir esta forma juvenil así fijada.

Con esta transmisión de caracteres juveniles normalmente transitorios, el concepto de neotenia toma una dimensión muy diferente. Empieza a caracterizar ya no un simple fenómeno ontogénico, un accidente ocurrido en algunos amblístomas de los lagos mexicanos, sino un hecho filogenético: el desdoblamiento de una especie.

Decidí no ahorrarte nada, mi bella amiga. Entérate entonces de que este es un hermoso ejemplo de refutación *ad rem* de una tesis dada, obtenida gracias al método indirecto llamado de la instancia, denominado ἔνστασις en griego y *exemplum in contrarium* en latín. En otras palabras, estamos en ese gran momento de historia natural en que el pequeño axolotl con sus hermosos ojos refuta la gran ley biogenética de recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis. Refutación dialéctica, se entiende. En efecto, una tesis, por muy brillante que sea, ya no se halla de acuerdo con la naturaleza de las cosas en el momento mismo en que se presenta un caso aislado que entra claramente en el campo de la tesis pero respecto al cual no se aplica, al punto en que sólo puede ser falsa. Ese caso aislado se vuelve un contraejemplo e induce un precioso momento de ruptura, de decisión y de reorientación. O bien los buenos eruditos renuncian a su tesis, o bien la abandonan a su suerte en virtud del principio según el cual no se podría discutir con alguien

que interrogue lo que las partes en causa deben admitir claramente para poder juzgar sobre el problema planteado. *Contra negantem principia non est disputandum.*

La dialéctica es despiadada. Permite retirar un ladrillo de un hermoso edificio, retroceder pocos pasos y mirarlo desfondarse sin sorpresa. Basta con hallar por lo menos un contraejemplo para la ley de la recapitulación para poder hallar otros. Por eso es que hay que revisarlo todo. Reconsiderar lo que la antigua proposición había permitido ilusoriamente regular. Reexaminar en este caso el estatuto de esas especies que presentan caracteres juveniles transmisibles. Lo cual, tras la reflexión, podría enunciarse así: el hombre es un axolotl que se ignora.

Esta es una nueva proposición muy interesante, que de hecho no ha dejado de formularse y de ser examinada bajo diversas posturas durante el s. XX, pero cuyas implicaciones (científicas, filosóficas, psicológicas, sociológicas, etc.) no se han desarrollado aún... y yo corriendo el riesgo de desaparecer del planeta. Con tal de que me quede algún tiempo...

Una confesión, mi bella amiga: la única razón que me ha llevado a lanzarme a este gran juego dialéctico de historia natural es la de poder seducirte con cuentos, a fin de que continúes depositando tu mirada en mí... ¿Qué mirada habría podido esperar si hubiese estado solo? ¿Hacia qué abismo habría debido orientarme? Solo, no habría tenido necesidad de ir a pescar el axolotl en México ni de pasar por la Grecia clásica para traer algunas herramientas contundentes de disección dialéctica.

Me habría bastado con atravesar el Sena y con ir al Jardín botánico.

Como Cortázar.

Así como él, me habría plantado ante el acuario y habría comprendido enseguida, sin ley de Haeckel dialécticamente refutada, sin siquiera saber sobre la hipótesis neoténica, que el hombre es un axolotl que se ignora. Y, como él, para poner fin definitivamente a esta culpable ignorancia y comprenderlo todo por fin, me habría convertido simplemente, durante el tiempo de una novela, en un axolotl⁶.

⁶ Julio Cortazar, *Les Armes secrètes* (compilación de relatos), París, Gallimard, traducción de Laure Guille-Bataille, 1963. Cf. el relato *Axolotl*. [Para la versión original cf. Julio Cortázar *Final del juego*; Barcelona, Seix Barral, 1994. N. del T.].

Como él, me habría dejado fascinar por sus «patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas (absolutamente humanas, sin que tengan por ello la forma de la mano humana) ¿pero habría podido ignorar que eran humanos?»

Como él, «desde el primer momento [habría] comprendí[do] que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos».

Como él, me habría hallado por fin en el axolotl, a través de la mirada del axolotl, en esa «cara inexpresiva sin más rasgos que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando y dejándose penetrar por mi mirada»⁷.

Un estadio del espejo absoluto, formador de un «yo [je] arcaicamente abisal en donde los axolotl se revelan infinitamente «próximos a nosotros», aún más que el simio cuyos «rasgos antropomórficos acusan la diferencia» más de lo que manifiestan esta ante-identidad anudada en torno «a una profundidad insondable que [...] daba vértigo». Un vértigo tal que ya no podría saber dónde estoy, de qué lado del vidrio del acuario. Y en donde bien podría suceder que sean «ellos quienes me devoren lentamente por los ojos, en un canibalismo de oro». «[V]i [mi cara] del otro lado del vidrio [...]. Yo era un axolotl. [Si] pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre [...]» “Yo” se vuelve entonces “él”, el ausente, el jamás advenido: « El volvió muchas veces pero viene menos ahora [...] me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros».

El narrador entendió que «[los axolotl] no eran animales» ¿Pero cómo entender lo que quiere significar en verdad con eso? Sin duda haciendo que se reencuentren todos los sentidos posibles de esta proposición. Tomemos por lo menos dos: en primer lugar, no son animales puesto que se nos parecen y nosotros no somos animales y, en segundo lugar, no son animales en la medida en que no han logrado llegar a ser verdaderos animales, como tales, adultos, acabados, consumados al igual que nosotros. En otras palabras, ellos y nosotros presentamos la particularidad de ser no finitos [*finis*], in-finitos⁸. En esta parte no lograda que los caracteriza consiste su misteriosa humanidad.

⁷ El texto en español del que disponemos para esta traducción reza en este apartado: “Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de [...]”, etc. [N. del T.]

⁸ El autor se sirve aquí del doble sentido que le ofrece la palabra *fini* para pasar de lo “consumado, terminado, concluido, acabado” a lo “finito, limitado”, y de ahí a lo in-finito [T.]

No atravesé el Sena. No entré en el gran jarrón arcaico. No obstante, esta mañana, mi bella amiga, me miraste como si yo fuera un axolotl. Y te escribo desde ese lugar de misteriosa humanidad donde súbitamente tu mirada me confundió y me captó. Te ruego pues conservar tu mirada en mí a riesgo de dejarme partir al abismo.

De hecho, somos pocos los que en este siglo hemos hecho el gran viaje. Ulises, Orfeo, Teseo, habían descendido a los Infiernos y abolido la frontera de la muerte instalada por los dioses griegos, frontera que los hombres no tenían derecho de sobrepasar. Además de Cortázar el viajero y yo mismo hoy, otros han ido hasta el punto extremo y prohibido en que debí nacer, in-finito y faltante a mí mismo, y han traído algún mapa de la extraña topografía del lugar.

Louis Bolk fue el primero, pero otros han seguido sus huellas de manera que la hipótesis de la neotenia atravesó el siglo y no dejó de ser retomada, enmendada, relanzada para convertirse en uno de los asuntos teóricos más grandes del s. XX. ¡Todas sus implicaciones han quedado no obstante tan mal exploradas! No dudaría en afirmar que el pensamiento filosófico, tan dispuesto a hacer surgir a un Descartes tras un Galileo y a un Kant tras un Newton, ha entrado aquí en un culpable sueño dogmático, sin extraer casi consecuencia alguna de ese giro decisivo en las teorías de la hominización. Después del anatomista Louis Bolk y de su tesis mayor sobre la neotenia enunciada en los años 20, vino De Beer en los años 30⁹. Plantea el concepto de paidomorfosis (*paedomorphis*) que designa ciertos efectos morfogenéticos de la subsistencia en el adulto de un carácter que sólo se expresaba transitoriamente en estado embrionario. A manera de adorno, le pone al concepto de paidomorfosis un pendiente, el de la gerontomorfosis, que corresponde a ciertos efectos morfogenéticos de la aparición en el descendiente de un carácter que, en el ancestro, se expresaba en un momento más precoz del desarrollo. De Beer es radical: un carácter que ha aparecido de último en la evolución puede pues expresarse en cualquier momento del desarrollo. Esta heterocronía fundamental entre ontogénesis y filogénesis consuma evidentemente la ruptura con la tesis de la recapitulación. Y permite deslizarse entre *phylo* y

⁹ G.R. De Beer, *Embryos and ancestors*, Oxford, Clarendon Press, 1958.

D'Arcy W. Thompson, *On growth and Form* [1917], Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

Sobre las teorías actuales de la embriología, ver Alain Prochiantz, *Les stratégies de l'embryon* [Las estrategias del embrión], París, P.U.F., 1988, particularmente el capítulo VII, 3, "De Beer y la neotenia". Cosa extraña, Prochiantz no menciona trabajos de Louis Bolk.

onto una recién llegada *morpho*, que abre el maravilloso campo de la inteligencia de las formas.

Con ese morfogenetismo, mi bella amiga, entramos en un campo que debería gustarte puesto que alcanzamos consideraciones estéticas. De hecho, ese privilegio acordado a la forma empezó antes. Para ser preciso, en el momento mismo en que la pintura se libraba de la representación para sólo preocuparse por sus propias formas. Fue en 1917, en efecto, cuando comenzaron las especulaciones teóricas de un d'Arcy W. Thompson sobre el papel de los procesos de crecimiento en las modificaciones de forma que acompañan la evolución de las especies. D' Arcy W. Thompson apuesta a que se pueden explicar ciertas diferencias anatómicas entre dos especies teniendo en cuenta únicamente la aceleración del crecimiento (de un hueso, por ejemplo), en sólo una de las dos direcciones posibles, longitud o amplitud: "En ciertos casos particulares, escribe en *On Growth and Form*, la evolución de una raza ha puesto en juego realmente un aumento o una disminución de las velocidades de crecimiento absolutas y relativas."

Es, pues, hora, mi bella amiga, de realizar una corta experiencia. Toma el esqueleto de un gorila, estira ciertos huesos, engruesa bastante otros y, por muy poco que hales y vuelvas a empujar bien donde es necesario, obtendrás mi esqueleto. Soy entonces un gorila cuyo desarrollo se ha lentificado. O también: el gorila es convertible en hombre.

Y viceversa.

Porque si yo no me retuviese, podría volver a ser gorila u otro primate. Podría realizar tramos de viajes en la creación tomando partes para impedir su desarrollo, para dilatarlas o distorsionarlas de manera grotesca, como en las perspectivas lentificadas o aceleradas del barroco que evidenció Baltrušaitis: yo podría ver una mano en el ala de un murciélago, pensar el caballo con un animal que trota en sus uñas del medio... Tantas diferencias ocasionadas por mínimas variaciones en el desarrollo embrionario. Un verdadero *morphing* embriogenético.

Y si lo quisiese realmente, podría transformarme en un antropoide totalmente nuevo, nunca visto aún por los alrededores.

Y de hecho, a veces me gustaría. Y entonces llego a serlo fácilmente. Me basta con mirar los cuadros y las esculturas de Fernando Botero. Botero me muestra mi posible destino de ser, afectado por ciertas lentificaciones o aceleraciones intempestivas de la

velocidad de desarrollo de sus huesos, de sus carnes, de sus órganos, de su *soma*. Entonces Botero conoce mi organicidad y sabe cómo me trabaja. Con su inteligencia de las formas sabe que basta con una pizca de crecimiento de más o de menos para hacerme acceder a otra humanidad. Él puede morfogenerarme, morfodegenerarme o morforegenerarme...

¡No, felina mía, tranquilízate! Me gustan tus alargadas formas y no elevo equívocas alabanzas a las Venus calipigeas de Botero... Pero el amor es tan ciego que es capaz de hacer del pobre neoteno el canon absoluto de la belleza y sublimar en esplendor su pobre complexión. Desgraciadamente la perfección no está de nuestro lado. Sólo puede situarse del lado del animal acabado, concluido (una pantera, tú) donde se expresan la potencia y la plenitud de la forma... Por eso una Venus a lo Botero resulta para mí eterna nostalgia de una potencia animal perdida, otra figura posible de mi caída. Entonces también me gusta por compasión, como una hermosa compañera de miseria, como la lisiada amiga ciega, pero pasemos pronto a lo que sigue antes de que saques las uñas...

Probablemente se necesitaba que la torpeza freudiana sobre la aceptación de la ley de la recapitulación se hubiese borrado pronto, pues los descubrimientos del psicoanálisis padecían al albergar una tesis tan incompatible con las revoluciones anunciadas en su cuerpo doctrinal. De entrada, y ya antes de la muerte de Freud, Lacan evalúa las implicaciones de las reorganizaciones a que obligaba la hipótesis neoténica en las investigaciones sobre el psiquismo y la subjetividad humanas. Nada se sabe del famoso informe hecho por Lacan en 1936 en Marienbad sobre “el estadio del espejo” porque su intervención fue interrumpida sólo minutos después y porque el autor “omitió” luego transmitir su texto. Sólo se conoce su tesis por versiones posteriores y por ciertos textos conexos, como el de 1938 sobre “La familia”.¹⁰ En este artículo, Lacan hace explícitamente

¹⁰ El título original del primer informe de Lacan sobre el espejo era: “Le stade du miroir. Théorie d’un moment structurant et génétique de la constitution de la réalité, conçu en relation avec l’expérience et la doctrine psychanalytiques” [El estadio del espejo. Teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido respecto a la experiencia y a la doctrina psicoanalíticas]. En el *International Journal of Psychoanalysis*, el título se indexó con el intitulado: “The looking-glass-phase”. Algunos elementos de este informe se retoman en un artículo que le encargó Henri Wallon para una enciclopedia (cf. Jacques Lacan, “La famille” [La familia], en *Encyclopédie française*, París, Larousse, 1938, tomo 8, reeditada bajo el título *Les complexes familiaux dans la formation de l’individu*, [Los complejos familiares en la formación del individuo], París, Navarin, 1984. En 1949 tiene lugar una nueva intervención: “*Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je, telle qu’elle nous est révélée dans l’expérience psychanalytique*”, [El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica] Decimosexto Congreso

de la neotenia del hombre un pivote para su demostración: “No hay que dudar en considerar al hombre como un animal de nacimiento prematuro”. La referencia directa a Bolk aparece de hecho en otro artículo, publicado en la posguerra, titulado “Acerca de la causalidad psíquica”. Para Lacan, el inacabamiento orgánico se suple con una experiencia decisiva, de naturaleza psíquica, en el proceso de formación del individuo. Lacan toma prestados los contornos de esta experiencia de las tesis de Wallon planteadas en *Los orígenes del carácter en el niño*, publicado en 1934. Estas tesis hacen de la captación especular en la que se reconoce el niño y en donde reconoce su yo en el espacio, el momento de una experiencia que organiza el acceso a un orden de coordinación más amplio.

Si se es tan benévolo como Wallon, puede entenderse esta experiencia como el último acto de maduración natural al mismo tiempo que como el primer acto cultural que precipita decisivamente al sujeto en el mundo humano. Pero, si se es tan malintencionado como Lacan, debe comprendérsela como el momento decisivo en que la falta de cuerpo del neoteno consagra su eventual supervivencia a la irrealdad y condena los asuntos humanos a una irremediable ficción.

Se habría debido desconfiar más de un hombre que iniciaba de esta manera su entrada en el pensamiento. Capaz de contradecir a Freud. Capaz de volver a fundar una teoría del psiquismo sobre la tesis más radicalmente antinarcisista de la hominización. Capaz de derrumbar las muy recientes certidumbres en las que se acababan de instalar los psicoanalistas. Y qué más. No se lo debería haber dejado hablar ni publicar su artículo. Respecto al neoteno, imaginen a qué punto debió sentirse desorientada la pobre cosa que soy: mis taras orgánicas ya bien conocidas predisponían a nuevas consecuencias que afectaban en adelante el campo de la subjetividad y el de la intersubjetividad: esas insuficiencias permitían sencillamente el advenimiento de la cultura humana, en adelante sólo comprensible como suplencia para una esencial carencia natural...

internacional de psicoanálisis, Zurich, (17 de julio de 1949), en *Revue française de psychanalyse*, 4, 1949, retomada en los *Écrits*, París, Seuil, 1966 [Escritos 1, México, Siglo XXI editores, 1971, para la traducción al español]. Por último, “Propos sur la causalité psychique” [Acerca de la causalidad psíquica], (1946), retoma en sus últimas ocho páginas los argumentos reactualizados del texto de 1938.

Las distintas fuentes del “estadio del espejo” de Lacan se exponen en Dany-Robert Dufour, *Lacan et le miroir sophianique de Boehme*, París, EPEL, 1998. Hay traducción al español: *Lacan y el espejo sofiano de Boehme*, Editorial Fundap, Facultad de psicología de la Universidad Autónoma de Querétaro, Querétaro, 2005.

También los sociólogos tenían que suputar las consecuencias de la neotenia en la comprensión de las sociedades humanas. Lo divertido es que las dos contribuciones más importantes son radicalmente antagónicas. A mi derecha, en el segundo cuarto de siglo, está la antroposociología de Arnold Gehlen, para quien sólo instituciones fuertes en extremo pueden ofrecer ciertos “anclajes” (llamados de “segunda naturaleza”) a un ser tan inestable, tan desprovisto de “primera naturaleza” como el hombre neoténico; si dejamos de lado el carácter peyorativo reaccionario con que Gehlen lo presenta, el término de “segunda naturaleza” espreciado: obliga a relacionar las actividades sociales del neoteno con la pérdida de su primera naturaleza. A mi izquierda, está el anti-institucionalismo de Georges Lapassade, quien se apoya en la realidad neoténica del hombre para denunciar la ilusoria madurez de los grupos estables replegados con un orden arbitrario y para promover una ideología de la juventud y hasta una exaltación erótico-política de la adolescencia, necesariamente portadora de vida y de cambio, muy convincente en los años 60¹¹... Podría objetársele a ese “juvenilismo” un pequeño error de razonamiento: ¿por qué denunciar a los adultos? ¿No son también ellos verdaderos neotenos? En cuanto a los viejos, ¿no tienen el insigne mérito de haber perseverado lo suficiente en su ser neoténico como para llegar a ser neotenos veteranos, es decir, neotenos inveterados? A pesar del uso ideológico, tan amarrado a la moda de los años 60, los trabajos de Lapassade tuvieron el gran mérito de mantener presentes las tesis bolckianas de la neotenia en las ciencias humanas y sociales... que de hecho nunca pudieron hacer gran cosa con éstas.

¿Y los filósofos? ¿Cuáles fueron sus eminentes contribuciones a integrar la revolución bolckiana de la neotenia en el conocimiento del hombre?

Ninguna.

¹¹ Arnolg Gehlen, *Anthropologie et psychologie sociale* [Antropología y psicología social], postfacio de Herbert Schnadelbach, traducción al francés de Jean-Louis Bandet, París, P.U.F., 1990.

II

CARTA SOBRE LA ONÇA, EL NEOTENO Y EL TIEMPO

Te escribo de un país lejano.

Del país que me vio nacer, o más bien que me vio *noser*.

Mira un animal; no un neoteno como yo, sino uno de verdad, un animal salvaje de la maleza o de la jungla. Hoy en día es cosa fácil. Siéntate cerca a mí. Mira. Ayer, no me habría decidido a hacerlo (era fanático perdido de Godard). Pero hoy (no lo cuentes), también miro ávidamente los documentales sobre animales en la televisión. ¡Qué técnica! ¡Qué habilidad protética! Desprendo un ojo de mi cuerpo y lo delego hacia mundos que me excluyen. Un ojo que sumerjo en lo que no me mira, en lo que no me concierne, en lo que me ignora totalmente. ¡Qué regocijante intrusión! ¡Y qué arte, además! Porque este ojo protético es ahora capaz de seguir mis humores y mi sentido novelesco y fabulador. Ya nada me impide filmar esos mundos desde el punto de vista de uno de los personajes, es decir, desde el punto de vista de una de esas extrañas criaturas que lo pueblan. ¡Eso es novela! Balzac entre las hormigas o los cocodrilos... Comedia animal. Una jauría de lobos filmada desde la perspectiva del dominador o desde la de un subordinado. Una banda de *papio hamadryas*, de babuinos sagrados, filmados desde la óptica del viejo macho o desde la de una hembra del harem... ¡Qué tele-visión!

De esa manera, yo, neoteno bueno para nada, acabo de vivir intensas cacerías con una banda de leones del África, de seguir paso a paso una horda de lobos del gran Norte durante los seis meses de sol naciente, de habitar con una pareja de jaguares de la selva amazónica... Ahora cuento, entre mis grandes amigos, horribles serpientes tragadoras de serpientes, fulminantes ranas *phylobates* de colorada piel altamente tóxica que los Indios utilizan para sus flechas envenenadas, monstruosos cocodrilos emboscados en un lago de África central, esperando a los ñúes sedientos, varios pueblos inquietantes de la hierba en guerra perpetua, colecciones de arañas más extenuadas unas que otras, inocentes vegetales carnívoros y muchos otros predadores cuyas hazañas podría comentarte incansablemente. Y he engatusado todo ese mundito natural, por muy salvaje que sea, para hacer que cada cual venga amablemente a actuar en una serie sobre la fauna y a realizar unas pocas horas de tele-presencia justo en medio de mi sala.

Ven cerca a mí, mi hermosa gata, mira y verás lo que los caracteriza; es su magnífica capacidad para habitar plenamente el instante, su fantástica inteligencia táctica. En efecto, digo «inteligencia». Porque cuando una horda de lobos persigue a una manada de búfalos durante días, nada se deja al azar. La evaluación exacta de la necesidad alimenticia, la educación de los pequeños, la estimación de las fuerzas en presencia, el respeto de la jerarquía de la jauría, la repartición de las fuerzas, la identificación entre la manada de la presa ideal, el cálculo de las trayectorias durante la carrera, el encadenamiento y la combinación de los ataques, el cálculo exacto de la relación costo-beneficio, la capacidad de decisión respecto al momento de captura o de ruptura del combate y del repliegue, la repartición de las partes consumibles...

Mira bien al animal en el ataque, obsérvalo en el momento de la predación o en el de la captura sexual y podrás constatar la plena suficiencia de este ser. Toda su inteligencia se moviliza en el instante. Nunca es cogido en falta, y de hecho, si lo fuera por medio segundo, allí dejaría... sus plumas o su pellejo. Habita totalmente el instante. Sabe plenamente utilizar su equipo (rapidez, veneno, garras, velocidad...) en el momento crucial.

El animal es finito, finalizado, «sabe» lo que tiene que hacer, dónde y cómo debe hacerlo y cuándo tiene cita con su objeto, presa o partenaire. Está absolutamente presente en el espacio-tiempo del encuentro. Justo aquí y no al lado. Sin atraso ni adelanto. Integralmente presente en el presente inmediato del instante.

Cuando pienso en la duda, en la indecisión, en los remordimientos, en los aplazamientos, en los sudores fríos, en los temblores, en las deliberaciones, en las tergiversaciones que me ha tocado afrontar para lanzarme, finalmente a contratiempo, cuando tuve que... besarte por primera vez... ¡Qué torpeza! Demasiado pronto en el *tempo* del encuentro... Probablemente para compensar lo demasiado tarde de las numerosas ocasiones perdidas... Se necesitó que tomaras el toro por los cuernos, si puedo decirlo, para dar, justo en medio, ese beso destinado a encender, que me dejara tan desamparado...

Por más que intente recordar, jamás fui muy brillante en mis ataques sexuales y, he investigado, tampoco mis camaradas neotenos lo fueron; y en lo que concierne a los supuestos grandes predadores que difunden lo contrario, divulgan simplemente que la eventual hazaña sobreviene en el lugar usual del fracaso... No quita que, esta vez

(probablemente porque te quería de verdad), me sobrepasé en el *attaca* sexual. Ah, si la risa y el humor ya no existiesen en el neoteno sino en el coipú, habría tocado inventarlos. Sin duda alguna la risa es la primerísima institución de «segunda naturaleza» que debió establecerse para permitirme transigir con todas las desbandadas que ocurrieron en la primera, y permitir así mantener a distancia una secreta e inconsolable nostalgia de la potencia animal perdida, que habría sido fatal de otra manera.

La segunda institución de «segunda naturaleza», debió ser el relato del recubrimiento de esta potencia, el relato de la hazaña que jamás tuvo lugar en la primera naturaleza. En todos los tiempos se necesitaron tarzanes y otros héroes para permitirle a los muchachitos, y a veces a los más grandes, realizar con facilidad en el relato lo que no pueden realizar en la realidad. Tuve que imaginar un hombre que gobernara a los animales, que volara de árbol en árbol, que aceptara el cuerpo a cuerpo con la pantera o el cocodrilo, que dispusiera de un formidable equipo y fuerza sin límites, capaz de manejar la terrible garra-puñal, adjunta a su flanco para destripar todo lo que se moviera...

Sí, como neoteno me sublimo necesariamente en héroe... La segunda naturaleza retoma los datos de la primera y los invierte. No obstante hay que recordar, a pesar de todas esas fabulaciones, que la segunda no cambia los datos fundamentales que valen en la primera naturaleza: por una parte, la majestad del animal, su soberanía y, por la otra, el farfulto endémico del neoteno. ¡Qué contraste entre el uno y su insigne capacidad de habitar plenamente el instante, y la inagotable insuficiencia en el instante crucial que me caracteriza!

Sí, pero... ¿Pero si yo hubiese sido tupí o pawnee o abipón o toba o guajiro o guaraní o sre o jorai o inuit o hati o bantú de los grandes lagos o banyoro o pigmeo o quien se te ocurra entre los eméritos pueblos cazadores que aún poblaban los confines de la tierra hace tan poco tiempo? Habría sabido capturar presas, medirme ante el animal, enfrentarlo, vencerlo, y hasta comérmelo totalmente crudo...

Seguro que sí. Yo, el neoteno, el débil, el insuficiente, supe capturar al animal y poner en falta su fantástica inteligencia táctica. ¿Pero cómo lo logré? ¿Fue haciendo valer mis cualidades tarzanescas propias: la eufórica seguridad de mi vuelo al planear, la enormidad de mis pectorales, la potencia estranguladora de mis brazos, el poder fascinador de mi

taparrabo, la contundencia fulgurante de mi amovible colmillo-garra...? No, no fue con mis cualidades propias que supe enfrentarme al animal. Fue utilizando las suyas. Sólo pude vencer al animal apropiándome de sus cualidades y volviéndolas contra él. Extraje signos sonoros o signos visuales que pertenecen a su especie o a las que él caza e hice con ellas lo que se llama señuelos. Señuelos cuando suenan o cebos cuando se ven. Pié como el pajarito para que la hembra volviera, soplé en el cuerno de muda del ciervo para reproducir su bramido y pedir su regreso, fabriqué un falso gusano, trampeado, que el pez o el pájaro confundieron con su presa... Pascal Quignard indica en su magnífico tratado sobre lo sonoro, *El odio a la música*¹², que «las capas arqueológicas de las más antiguas grutas sacan a la luz silbatos y señuelos. Los cazadores paleolíticos engañaban miméticamente a los animales que cazaban y de los cuales no se distinguían. Cuernos de renos o cabras monteses se figuraban sobre las nocturnas paredes [...]. Las primeras figuraciones humanas sostienen a veces en la mano un cuerno. ¿Para beber su sangre? ¿Para llamar de lejos al animal cuyo signo representa (y entonces ese signo es lo que cae en la selva durante su muda) hasta el punto de poder llegar a ser el sonido que lo señala?».

Lo que utilizo contra el animal son sus propios signos para confundirlo en su territorio. Entonces, cazo no como hombre sino volviéndome el animal que cazo o el animal que caza al animal. Es utilizando cualidades diferentes a las mías, las suyas propias, que me vuelvo predador del predador y que lo transformo en presa. Mis victorias sobre él no son entonces las mías sino las suyas que yo desvío a mi provecho.

Es exactamente lo que cuenta el magnífico relato breve de uno de los más grandes autores de este siglo, el brasilero João Guimarães Rosa, *Meu tio iauaretê* [*Mi tío el jaguareté*]. Un extraviado viajero llega a una cabaña perdida en medio del *sertão*, la inmensa maleza brasilera. Está habitada por un indio mestizo que cuenta sin parar sus cacerías de la *onça*, el jaguar, gran fiera célebre por su belleza y su ferocidad. El monólogo jadeante se desarrolla en una extraña lengua, ciertamente portugués, pero un portugués que no deja de alterarse no sólo con términos llegados de arcaicas lenguas indígenas y de acarrear así un obsesivo flujo de oscuras significaciones, sino también de cargarse con

¹² Pascal Quignard, *La Haine de la musique*, París, Calmann-Lévy, 1996. Traducción al español: *El odio a la música. Diez pequeños tratados*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1998.

ruidos de la naturaleza, soplos roncros, pulmonaciones, gruñidos animales, inquietantes chillidos... Sin embargo, el narrador está tratando de contar en esta lengua saturada de naturaleza, que para cazar la *onça*, tiene que transformarse en *onça*. «Sí, porque el jaguar no le cuenta a otro jaguar, ni saben que vine para acabar con todos. No tenían dudas de mí, olfatean que soy su pariente... Eh, el jaguar es mi tío, el jagareté, todos. [...] Hum, hum, sí señor. Saben que soy de su pueblo. Al primero que vi y no maté fue a María-María [...]. Después puso su manaza sobre mi pecho, con mucha fineza. Pensé –ahora estaba muerto: porque ella vio que mi corazón estaba allí. Pero apretaba suavcito [...] Eh, eh, yo lo supe... El jaguar que es jaguar –que me quería, yo supe. [...] Eh, ella ronroneó y le gustó, volvió a restregarse en mí, miaumiá. Eh, ella hablaba conmigo, jaguañeñén, jaguañén... [...] María-María es bonita, ¡usté debería verla! Más bonita que ninguna mujer. [...] Me acosté en el lugar, olí su olor... Imité su olor. Yo me vuelvo jaguar. Entonces me vuelvo jaguar de verdad. Ah [...] Me dieron ganas... ganas locas de volverme jaguar, yo, yo, un jaguar grande. Salir como jaguar, en la oscuridad de la madrugada... Rugía callado dentro de mí... Tenía las uñas... Había una sofoca sin dueño de un jagareté-pinima que maté; para allá me fui. Su olor taba todavía fuerte. Me acosté en el suelo... [...] Estaba acostado en el romerito, en el lugar, María-María se acercó... ¿Usté me oye, ñen? Se da cuenta... Yo soy jaguar, ¡¿no le dije?! Achi. ¿No le dije – que yo me vuelvo jaguar? Jaguar grande, tubixaba. Vea mi uña: usté ve –uñón negro, uña dura... Viene, me huele: ¿tengo catanga de jaguar?». Sin embargo, porque se transforma en *onça*, el cazador sabe qué piensa la *onça*. Por el hecho de hallarse totalmente en el instante, sólo puede pensar una cosa: todo, y ella en particular, está perfectamente en su lugar, bonito, bueno. Porque si algo o ella misma llegase a faltar en su lugar, dejaría entonces de pensar para actuar en el instante y volver a poner las cosas en su lugar: «También sabía lo que el jaguar estaba pensando. ¿Usté sabe en lo que piensa el jaguar? ¿No sabe? Eh, entonces aprenda: el jaguar sólo piensa en una cosa –que todo es bonito, bueno, bonito, bueno, sin toparse con nada. Nada más piensa eso, todo el tiempo, largo, siempre lo mismo, y así va pensando mientras camina, come, duerme, haga lo que haga... Cuando algo malo ocurre, entonces de pronto chirría, ruge, tiene rabia, pero no piensa en nada: en ese instante deja de pensar. Nada más cuando todo vuelve a estar tranquilo, piensa otra vez, igual, como antes...»¹³.

¹³ João Guimarães Rosa, *Meu tio iauaretê* [1961], *Mon oncle le jaguar*, trad. del portugués (Brasil) al francés

Hermosa amiga, te relato esto tranquilamente pero debes saber que no permite una lectura tranquila. «Puis» «aguna cosa» empieza a aparecer como «fuera de lugar» cuando el relato avanza con la transformación del narrador en *onça*, perceptible en la alteración profunda de su discurso, cada vez más «jaguajergarizante». Ese algo es el visitante. Este descubrimiento induce enseguida una experiencia de lectura poco reposada puesto que el lector se descubre en la lectura ubicado en la posición de aquél que va a asistir pronto a la devoración repentina del visitante... Pero este descubrimiento macabro acarrea rápidamente otro: bien podría ocurrir que el visitante extraviado en este extraño habitáculo sea el lector mismo, que haya entrado en ese libro devorador por imprudencia, y que se hubiese descubierto «fuera de su lugar», atrapado en una lengua que se escabulle al resultar cada vez más como el encantamiento de un interlocutor que tal vez nunca ha hablado, pero que solamente ha «roncado» y ha dispuesto de esta manera algunas trampas en las que el desafortunado lector ha caído, y que resultan pronto pero tal vez demasiado tarde, ser lo que son: sonidos, gritos, gemidos, soplos salvajes de la devoración, su propia devoración, que ha empezado desde la primera línea: « –¿HUM? EH-EH. Sí. Sí señor. A-ha, si quiere entrar, puede entrar... Hum, hum...» En suma, relato peligroso en donde el lector, como ser de segunda naturaleza, habría sido convidado a asistir nada menos que a su propia desaparición en la primera naturaleza, tragado en la lengua devoradora del otro...

por Jacques Thiériot, París, Albin-Michel, 1998. En un glosario comentado, el traductor indica que, en el universo del discurso del narrador, el hermano de la madre es su padre (lo cual confirma bastante la lectura de las *Estructuras elementales del parentesco* de Lévi-Strauss). El título *Meu tio iauaretê* (término formado por *iaouora*, variante de *jaguara* en tupí, y de *etê*, «verdadero») sintetiza al Blanco, al Indio y al jaguar amalgamados, así como en el texto se amalgaman el portugués, el tupí y los ronquidos del animal [Existe traducción al español de Valquiria Wey, Antelma Cisneros & María Auxilio Salado, que es la que aquí se cita: João Guimarães Rosa, “Mi tío el jagareté”, en *Campo general y otros relatos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, págs. 411 a 454. T.].

Hay que subrayar que en Brasil se devora mucho: antes de Guimarães Rosa, existía en los años 20, un movimiento artístico llamado antropofágico. En éste se hacía un llamado a la devoración del otro cultural con fines de mejor incorporación...

João Guimarães Rosa es además autor de *Grande Sertão-Veredas*, traducido en francés por Maryvonne Lepouge-Pettorelli bajo el título de *Diadorim* (Albin Michel, París, 1992). A menudo se ha comparado la lengua de Guimarães Rosa con la de Joyce. La gran diferencia radica en la saturación de cuerpo de la lengua de Guimarães Rosa. Su lengua ya no resulta de una lengua sin cuerpo, de un puro aparato formal, de un ensamblaje de significantes articulados en rasgos diferenciales, de signos como tales arbitrarios respecto a lo que significan. La lengua de Guimarães Rosa aparece como motivada y hasta saturada por referentes, ruidos, universo sonoro y visual que esta evoca, plena de naturaleza, de soplidos, de lenguas indígenas, de chillidos de animales... Se oye todo eso al leer a Guimarães Rosa... aún en francés.

Sobre la lengua de Guimarães Rosa, ver el estudio de la psicoanalista brasilera Tereza Palazzo Nazar: «À la lettre de G. Rosa – le Symptôme», conferencia pronunciada el 12 de junio de 1998 en París.

Sí, mi bella *onça* pintada, ven más cerca, ven a jaguargonear, Arrr, Eh... ven miam, miamooohr, abronzámonos, ven a que te coma, ven a jaguarputear con quien fuera gran cazador de jaguares... Y en efecto lo fui, salvo que, para llegar a serlo, tuve que olvidar que era hombre y convertirme yo mismo en jaguar...

Sólo cazo para convertirme en aquel que cazo. Sólo me convierto en presa para llegar a ser el predador del predador. A fin de comérmelo. Porque comerse al predador hace parte de uno de mis más viejos actos artísticos: el arte de incorporar. Aún comer no es un simple acto de primera naturaleza en mí. Si se tratase únicamente de alimentarme, habría sido más fácil seguir siendo carroñero (es seguro que lo fui) y comer lo que las verdaderas bestias dejan como resto de sus festines, o gran mico arborícola como el orangután... Pero, quiero comerme a las verdaderas bestias.

En su hermoso libro sobre los *Fasmos*, esas fortuitas cosas que aparecen y dan súbitamente el sentido de lo que se busca, Georges Didi-Huberman consagra el primer capítulo de la cuarta parte, titulada «Disparates sobre la voracidad», a cuatro breves relatos comentados¹⁴. Me interesa el primero porque permite explicar por qué quiero comerme a las verdaderas bestias. Pone en escena a un cazador que venera a un halcón, extraordinario pájaro cazador, dotado de una vista, de una celeridad y de una precisión fulminantes en el ataque. Ahora bien, el neoteno mata a su halcón adorado para sacarle los ojos y dejar verter su humor vítreo sobre sus sienes antes de beberlo. Esta práctica de incorporación puede observarse en todos los pueblos de la tierra. Me como en el otro lo que amo de él. Se trata de incorporar la potencia del animal comiendo su carne o bebiendo sus humores. Una voracidad que llega hasta la homo-voracidad. Didi-Huberman cita una página alucinante de *La rama dorada* de Frazer que son sólo devoraciones: de pies y manos de hábiles cazadores, del hígado y del corazón de todo hombre valiente, de la bilis de bandidos feroces, del cerebro de enemigos jurados y respetados, del sudor de feroces guerreros, de las partes genitales de hombres potentes... En tanto neoteno sólo puedo devorar los codiciados rasgos del otro. Cuando se está débil, hay que comer exactamente aquello que se quiere ser, es decir, lo que más se respeta y de lo que uno está desprovisto para absorber su potencia. Y cuando se está desprovisto totalmente, hay que comerlo todo, y es así como se

¹⁴ Georges Didi-Huberman, *Phasmes, essais sur l'apparition* [Fasmos, ensayos sobre la aparición], París, Minuit, 1998.

llega a ser omnívoro, es decir, un ser dotado de una omnivoracidad para todos los rasgos de potencia que no tiene. Si fui un gran cazador de jaguares, fue entonces para llegar a ser jaguar yo mismo...

Porque si me hubiera quedado hombre, me habría quedado neoteno, incapaz de habitar el instante por ser no finito, no finalizado, por no tener ningún lugar adonde ir, ninguna cita con ningún objeto del mundo, por no habitar en ninguna parte. Reducido a mis únicas cualidades, en tanto neoteno no soy en efecto más que un ser débil en el sentido en que soy constitutivamente débil, desfalleciente, o hasta doblemente desfalleciente: estoy por fuera del instante y sin espacio propio. Siempre, fui expulsado fuera de donde el tiempo vuelve a jugarse constantemente, fuera del instante en que todo acontecimiento ocurre, y excluido de todo lugar en el que poderme establecer, y, por esta razón, mi debilidad lleva también el nombre de *locura*, porque el loco es aquel que se queda en otra parte, incapaz de presencia en el aquí y el ahora.

El país del que vengo, Neotenia, es pues también el de la locura puesto que allí faltan las coordenadas que me permitan inscribirme en el tiempo y en el espacio.

Porque soy no finito, estoy loco. Te anuncio pues mi bella amiga, la buena nueva: provengo, provienes, provenimos de una especie loca.

La hipótesis de la humanidad como especie loca no es tan nueva. Había aflorado en muchas mentes, como la de Pascal, que planteaba que «Los hombres son tan necesariamente locos, que sería estar loco de alguna otra manera el no estar loco». La novedad es que hoy en día la hipótesis puede ser esparcida, no únicamente tomando prestados elementos de la filosofía moral y religiosa, sino apoyándose en datos antropológicos. Y eso constituye su diferencia: lo original no está manchado de pecado, sino de un cierto error. Para Pascal, yo estaba loco porque me había dejado corromper, lo que me había hecho caer del «grado de perfección» que Dios me había dado. Hoy en día, sé que nací *caído* y que esta «caída» no tuvo lugar después, por culpa mía, sino enseguida, en el momento mismo de mi creación. André Bourguignon escribió entonces una *Historia natural del hombre* desde una perspectiva poco usual pero muy prometedora, que podría calificarse de psicoantropológica, así como existe por ejemplo una psichistoria. Esta

psicoantropología apunta a dar cuenta de las condiciones de emergencia del psiquismo humano respecto a los nuevos datos proveídos por la paleoantropología y por la etología de los Primates. El libro segundo de esta historia natural lleva entonces, muy «naturalmente», el título de *El hombre loco*¹⁵. Pero si la locura se manifiesta constantemente en las acciones de los hombres, no se trata tanto de los individuos, de grupos de individuos, ni tampoco de la que emana de las pulsiones incontrolables que aparecen siempre demasiado pronto como entidades autónomas con las cuales podría tratarse; es ante todo la locura de la especie misma, que habita y que se juega en cada hombre. La locura está inscrita en su condición «natural» que es, justamente, la de no tener ninguna. Yo, el neoteno, me hallo entonces ubicado fundamentalmente en la posición de tener que arreglármelas como pueda con la irremediable locura de una especie lanzada al mundo sin poder habitarlo.

La comparación con el verdadero animal hace resurgir que lo que caracteriza al neoteno resulta, pues, de un defecto de presencia en el presente del instante. No es entonces sorprendente, en esas condiciones, que todo lo que gire en torno a la presencia pueda organizarse en asuntos filosóficos de excelencia, es decir, aquellos de los que nunca se sale. Esa es una afortunada circunstancia: si hay que ser docto, mejor serlo allí donde se trastabilla. Piensa pues en los deliciosos abismos ontológicos y metafísicos que nos esperan detrás de cada una de esas preguntas. ¿Estoy allí o no? Si estoy, ¿para quién? ¿En algún momento estoy presente para mí mismo? ¿Para los demás? ¿Qué acto podría certificarme que estoy ahí? ¿Quién podría certificar que allí estoy? Y si no estoy, ¿entonces quien está ahí?...

Ah, mi pobre amiga, apenas dos o tres preguntas, apenas el tiempo de un pequeño vértigo ontológico y he ahí ya la esencia y sus atributos al alcance de la mano, que nos permiten postular al más viejo amigo filosófico del neoteno (un ancestro animal totemizado, un espíritu, un dios...), es decir, un ser cualquiera del estandó que, como por azar ¡está listo a tomar el relevo de la presencia que me hace falta! Pues bien: no; por el

¹⁵ André Bourguignon, *Historie naturelle de l'homme* [Historia natural del hombre], París, PUF, 1994. Hay que subrayar no obstante que Bourguignon se limita, al respecto, a consideraciones sobre la locura de la guerra, la desunión de los hombres o su capacidad para el fantaseo... que son psicosociales, como si no se hubiese dado cuenta de que la hipótesis neoténica (que de hecho retiene y que plantea como premisa de la hominización) le permitía ir más lejos en su proyecto de dar cuenta del psiquismo humano a partir de los datos «naturales».

momento prefiero quedarme con las bestias, puesto que ellas sí están de verdad y, porque para ellas, todo es «bonito-bueno...».

La hipótesis neoténica me ubica ante un gran misterio que debo dilucidar. Podría enunciarlo así: ¿cómo la debilidad del neoteno pudo invertirse en fuerza, en una potencia que domina hoy en día toda la tierra? Asunto subsidiario: ¿cómo la locura del neoteno pudo invertirse (así sólo fuese episódicamente) en razón?

Una de dos: o bien tengo un ser bajo la manga que puedo sacar cuando quiero para asumir una responsabilidad en esas inversiones enigmáticas (ya había explicado, al igual que Spinoza, la crítica a Descartes: «cosas oscuras por cualidades ocultas») y me encuentro de esa manera con un falso misterio que ya sólo me basta con administrar trayendo la buena nueva para los demás neotenos; o bien me prohíbo utilizar un argumento de intervención sobrenatural y me encuentro entonces ante un auténtico misterio.

Como quiero cautivarte en el relato de mis aventuras neoténicas para que tu mirada recaiga aún sobre mí, sólo puedo escoger el verdadero misterio...

Para instruirlo me veo obligado a partir de lo que he conocido y compartido con todos en materia de historia natural: la concepción darviniana de la selección natural. Admitamos que la victoria de los neotenos sobre las verdaderas bestias se haya consumado; sensación de hecho sujeta a fluctuaciones como lo demuestra el gran número de relatos y ahora de películas que anuncian el retorno vengador de las bestias: un Minotauro por aquí, una Hidra de Lerna por allá, centauros que llegan en masa de Tesalia, las cañerías de Nueva York llenas de hormigas gigantes que atacan, bestias de Gevaudan que vuelven, lobos (además hombres-lobo a ciertas horas), alienígenas proteiformes que nos esperan a la vuelta de la esquina, ocultos en la profundidad del espacio... Si a pesar de todas esas historias, se admite sin embargo la victoria del neoteno sobre las bestias, entonces nos hallamos ante un serio problema de historia natural: ¿cómo es posible que haya sido la especie más desadaptada la que haya triunfado sobre todas las demás? ¿Cómo pudo jugarse la selección natural a favor mío (yo, el aborto) contra seres perfectamente finalizados, finitos y adaptados por lo tanto a su medio? ¿Cómo fue que el aborto que soy pudo estar bien armado para defender su lugar en una creación dominada por la predación?

Te expuse los dos grandes defectos que debieron haberme condenado: No habito «en» el espacio puesto que no estoy adaptado a ninguna parte; no habito «en» el instante puesto que soy siempre insuficiente. ¿Cómo pude entonces sobrevivir, si acaso esta pregunta tiene algún sentido cuando se sabe qué pulsión de muerte habita a este pseudo-animal?

Mi vida acontece necesariamente por una especie de solución aportada a mis carencias de espacio y tiempo, tanto más cuanto que, cuando se sobrevive, se sobrevive generalmente en el espacio y en el tiempo.

Empecemos por el tiempo. Nunca se ha visto a una horda de lobos reunirse después del ataque para deliberar sobre lo que funcionó bien o no en su dispositivo de ataque. Toda la fantástica inteligencia del animal se manifiesta y se agota en el instante. Ahora bien, la mía se despliega en el *a posteriori*; iba a decir: cuando ya es demasiado tarde. Es cierto que nunca he estado en el instante, pero practico asiduamente el *a posteriori*. En otras palabras, tal vez nunca esté allí cuando estoy allí, pero eso no me impide estar allí cuando no estoy allí. Es esta capacidad para volver sobre lo que ha sucedido a fin de extraer, digamos, «enseñanzas para el porvenir» la que caracteriza la inteligencia humana. Nunca estoy «ahora», enteramente presente en mí mismo y en los demás, pero vuelvo gustoso sobre ese «ahora» una vez que ha ocurrido, para anticiparlo. Es más: es precisamente porque jamás estoy en ningún «ahora» que puedo volver atrás para protegerme mejor hacia el adelante.

¿Sabes tú, por ejemplo, mi bella amiga, cuántas veces, justo después de haber «olvidado» besarte, me reuní conmigo mismo para deliberar y precisar una táctica a toda prueba, un plan sin falla, una combinación resueltamente ganadora aplicable desde la próxima vez? Ah, qué alegría sentirme más allá de los límites del instante, de la obligación de presencia instantánea y poder flotar en el tiempo, en una *presencia disipada* que da tiempo...

Porque no estar en el instante, sino estar «antes» y «después» me adentra en una dimensión que los verdaderos animales no conocen y que es simplemente la del tiempo. Para sobrevivir, tuve que compensar mi insigne debilidad en el instante habitando el tiempo.

Por supuesto, esta alegría de haberme liberado del yugo del instante tiene ciertos límites. Porque lo que se descubre enseguida es una condición bastante triste: al ser el único

ser de toda la creación que puede anticipar, soy también el único en haber descubierto una cosa extremadamente molesta en materia de anticipación: que voy a morir, allí donde los demás, los verdaderos animales, sólo piensan siempre en «bonito-bueno...»

¡Me habrían podido sin embargo ahorrar eso! Tener que aprender a llorar en el momento mismo en que aprendía a reír.

Con el tiempo, lo que me llegó fue también la memoria. Porque no soy María-María, la *onça* nietzschiana, que es la única capaz de acceder siempre al instante «bonito-bueno...» del *amor fati*, sino que estoy solamente antes o después, y sólo puedo reconstituir incesantemente el antes a medida que vuelvo a dibujar sin descanso el después.

Esta posibilidad de juego con el tiempo, de presencia no ya instantánea sino disipada, es inconcebible sin el instrumento que me permite ese juego con el tiempo, es decir, el lenguaje. No sé si el lenguaje es un efecto de ese juego con el tiempo o si el juego con el tiempo fue posible gracias al lenguaje, a menos que el uno haya acarreado al otro, que acarreo al uno, que... No obstante lo que sé, es que el lenguaje es aquello gracias a lo cual las cosas ausentes pueden traerse al presente, es decir, re-presentarse. No es posible liberarse del instante y habitar el tiempo sin el uso del lenguaje. En efecto, es con signos como yo re-presento lo que ya no es y como anticipo lo que aún no es. Y, particularmente con signos sonoros. Por ejemplo, es con el sonido y con el canto de su especie que llamo a una bestia ausente. Y si la llamo bien, si imito bien su canto, si me entrego a un buen encantamiento, esta cosa ausente va a poder venir y llegar a estar presente. He tendido una trampa sonora, he imitado una presa para atraer mejor a la bestia y para mejor llegar a ser su predador. No estoy en ninguna parte, pero tal vez esa sea una oportunidad para estar en todas partes, es decir, en la melopea de cualquier especie...

Si el lenguaje es ante todo poner un signo en el lugar de una presencia, entonces no soy el primero en palabrear y modular. Mis ancestros tuvieron muy pronto la *vocación*. Ya hablaban-cantaban. Bueno, casi: mis abuelos pre-neandertales, y más aún mis primos neandertales, podían gruñir hermosamente con un honesto sentido del matiz, con tal de que no se los molestara con las vocales *a*, *i* y *u*, ni con las consonantes *g* y *k*¹⁶... La prueba

¹⁶ Sobre el aparato fonatorio de los hominoideos, véase Jeffrey T. Laitman, «L'origine du langage articulé» [El origen del lenguaje articulado] en *La Recherche*, n.º. 181, 1986, y Philip Lieberman, «L'évolution du langage humain» [La evolución del lenguaje humano], in *La Recherche*, n.º. 6, 1975.

(indirecta, por supuesto) de que hablaban-cantaban, es que fueron los primeros en practicar los ritos funerarios. Conocían, pues, la muerte. Y para conocerla, les fue bien necesario dejar el instante y haberse dejado intrigar ya por el tiempo. Y para representar la muerte, forma suprema de la ausencia, bien habría sido necesario que pusieran signos en su lugar, es decir, signos visuales (piedras, un vallado, ofrendas para el *homoneandertalensis...*), o signos sonoros (gritos, lloros, lamentos, cantos...) que en cierta forma son ya una facultad de re-presentación y una palabra. Entonces, ellos hablaban-cantaban puesto que practicaban los ritos funerarios, pero... no tan bien como yo. Porque por ser más neoteno que ellos, llegué a tener un gaxnate roto por ese cráneo ubicado perpendicularmente sobre mi columna vertebral, lo que hizo retroceder hacia abajo mi laringe en una posición desconocida para los demás mamíferos, frente a las cuarta, quinta, sexta y séptima vértebras cervicales, lo cual me ubicó en la triste situación de ya no poder tragar y respirar al mismo tiempo sin correr gran riesgo de ahogo. A partir de esta desesperada situación, llegué a hacerme a un organismo compuesto que goza de todas las oportunidades ofrecidas por diferentes partes en conexión: una vasta cavidad faríngea, una gruta de resonancia, abierta por el desfondamiento de mi laringe, fosas nasales, una glotis, una campanilla, la boca con un paladar duro y un paladar blando, la lengua, los dientes y los labios... Con este extraño órgano hecho a la topa tolondra, yo, que no tengo canto propio, llegué a disponer de una actitud para producir y modular todo tipo de sonidos, lo que me permitió imitar, además de los ronquidos de la *onça*, los sonidos y los cantos de pájaros y mamíferos y de grandes especies con el fin de engañarlos.

Quedaba bastante lugar en mi gran cabeza blanda para que alguna zona tuviera a bien desarrollarse y tomar a cargo la coordinación y la organización de este extraño órgano (Paul Broca se inclinó un día sobre mi cerebro y situó el área del lenguaje en la tercera circunvolución frontal izquierda).

Pero si sólo hubiera sabido modular, jamás habría sobrepasado el estadio (ya envidiable) del pájaro cantor promedio. Ahora bien, tal vez lo hayas notado, pretendo igualmente decir algo, es decir, no solamente decir una cosa ausente, sino dos cosas ausentes, tres cosas ausentes, las circunstancias que los vinculaban en tal momento, el acto que hice entonces para modificar su relación, las consecuencias que se desprendieron de ahí, las lecciones que hay que extraer al respecto, etcétera. Eso son muchas cosas ausentes

que coordinar con miras a un resultado, que, de todas maneras, sobrepasa de lejos su simple sumatoria. Mi cerebro de neoteno terminó por construir, en el área de Broca y en otras partes, una disposición para el lenguaje. Sin neotenia, probablemente no habría existido la posibilidad de que se construyese esta especie de órgano suplementario que viene al lugar de lo que falta y que contiene una capacidad de lenguaje. Pero no se trata más que de una disposición general y universal que espera ser activada y que cuando se actualiza, se vuelve siempre particular de acuerdo con los lugares y las lenguas que encuentre. Las lenguas de las que hablo son siempre particulares, pero ello no impide que cada una esté investida de una disposición general al lenguaje que es el signo de la neotenia humana. El inventario de ese fondo común con lenguas tan diversas está en curso, debería darnos los principios generales de esta disposición al lenguaje compartida por la especie neoteno. Mucho se discute sobre este punto, pero ya se sabe que el fondo de comercio de lenguaje que posee todo candidato neoteno a la jactancia, cuando la puede hacer fructificar, debería por lo menos componerse de una capacidad melódica que le permita ocupar un gran número de lugares posibles en el universo sonoro de las diferentes especies, de una posibilidad de afectar de manera arbitraria sentidos estables para las palabras, de una distinción entre nombres y verbos, muy útil para hacer frases que evocan varias cosas ausentes, del uso de formas auxiliares para indicar el tiempo, muy cómodo cuando se pretende ir y venir del antes al después, de otras formas auxiliares para indicar la negación (en caso contrario no se podría decir lo contrario de lo que se acaba de decir), de una posibilidad de cambiar de estructura para formar preguntas o para empotrar por recursividad, hasta la más perfecta oscuridad, frases en frases, es decir, relativos¹⁷.

¹⁷ La idea de una gramática universal subyacente a todas las lenguas fue tomada de Chomsky, por supuesto. Para sus modalidades de existencia en el cerebro, cfr. los trabajos del psicolingüista Steven Pinker, *The language instinct; the new science of language and mind*, [El instinto de lenguaje; la nueva ciencia del lenguaje y la mente], Londres, New York, Penguin Press, 1994. Pinker acude netamente a la hipótesis neoténica al afirmar que los bebés humanos nacen antes de estar acabados y que el cerebro no está terminado. Pero no parece estar lejos de ver en la neotenia una posible razón de la diversidad de las lenguas humanas: “Si [los bebés humanos] permanecieran en el útero el mismo tiempo proporcionalmente que los demás primates, sólo saldrían a los dieciocho meses: la edad en que los bebés empiezan a hablar. En un sentido puede decirse que los bebés hablan al nacimiento” (Cf. El legajo del diario *Libération* sobre Pinker, páginas “Eureka” del 10 de diciembre de 1996). Ver la neotenia como un inacabamiento que le impediría al bebé llegar al pleno dominio del lenguaje desde que nace es lo mismo que tomar en cierta forma la neotenia al revés, como una pura y simple invalidez, que la humanidad paga con la división de las lenguas, allí donde se la puede ver en cambio como lo que permitió el desarrollo de facultades de suplencia y de órganos de sustitución; como esa facultad de lenguaje que se instala progresivamente durante la hominización antes de convertirse en el neoteno en una disposición innata en espera de ser activada en el nacimiento.

Saber practicar la modulación sonora del aire expirado y poseer una disposición innata para el lenguaje en mi equipo de base, me permitió finalmente combinar y encadenar tan hábilmente cacareos y otros gorgoteos, que logré retener toda cosa en un chachareo proliferante que me confirió la increíble capacidad de transmitir un número infinito de representaciones, es decir, de pensamientos sobre las cosas ausentes, tan ausentes que ni siquiera tuvieron necesidad de existir nunca. Pronto me bastó con abrir la boca y con modular, para que saliesen enseguida las situaciones que jamás existieron más que en una segunda naturaleza. No obstante pude darles la misma veracidad que si se hubiesen desarrollado en la primera.

Por no haber tenido primera naturaleza, creaba una segunda. Por haber sido excluido del mundo, me inventaba otro con todas sus partes.

Es ahí donde ahora habito, no ya en el territorio natural, sino en el territorio de los signos que los neotenos no dejan de modular, de encadenar y de intercambiar entre ellos. Si Pascal Quignard no lo hubiese escrito tan bien, yo habría tenido que intentar hacerlo: «Las sociedades humanas, escribió, tienen por hábitat su lengua. No las abrigan los mares, las grutas, las cimas de las montañas o los bosques profundos, sino la voz que intercambian entre ellos y sus singulares acentos».

La modulación sonora del aire expirado permite la creación de una segunda naturaleza que viene a suplir la flaqueza o la pérdida de la primera. La especie neoténica, compuesta como tal por seres inacabados e incapaces de habitar el verdadero mundo, se creó pues un segundo mundo, sustitutivo, gracias al lenguaje. Habita un territorio coextensivo a su palabra, un territorio que crea a medida que cada uno de sus miembros habla, que puebla con cosas ausentes que no cesa de hacer presentes, de probar y de poner a la vista de todos sus congéneres por medio de todos los artificios posibles. Hacerle ver a los demás lo que nadie vio; esa es la pasión del neoteno.

En ese territorio, cada neoteno posee ciertos abrigo que le son propios, ciertas grutas de particular resonancia, ciertos bosques y emboscadas sonoras en donde dispone de un apoyo particular como si hubiese nacido ahí, en un nido sonoro que jamás lo dejará a lo largo de su vida de ser sonante, buscante, resonante, razonante, cantante y hablante. El encantamiento por hallar ese lugar primero no cesa nunca y perdura bajo los más

articulados discursos. Pascal Quignard subraya que «el sonido nunca se emancipa de un movimiento del cuerpo», pudiendo encontrar así, sin haberlo tal vez premeditado, los términos y el acento mismos que empleaba Serge Leclaire: «El significante está constituido por una letra (*gramma*) en la medida en que remite intrínsecamente a un movimiento del cuerpo.» Aquí se trata de «el aspecto somático y sensible del significante», es decir, de su aspecto sonoro. En esos sonidos están inscritas trazas que remiten a las primeras experiencias, en ese sentido constitutivas de placer o de displacer, apaciguamiento o traumatismo, en todo caso una ruptura: un placer de boca como aquél de la lengua sobre los relieves de la tetilla, la franja de un gesto, un movimiento de succión o un esbozo de articulación dental, por ejemplo. Son esos sonidos los que vuelven enseguida en todo discurso para frecuentarlo con una especie de contracanto que sobrepone constantemente sus trazas. Ese prototexto se realiza «con cada una de las partes de nuestro cuerpo, nuestros dedos, nuestros ojos, nuestra piel, nuestra boca»¹⁸. Esas trazas sonoras, hasta hechizantes, en las que el neoteno ha advenido como a su propio lugar, disponen de una remanencia suficientemente poderosa para imponer su determinación a todo lo largo de su vida. Todo su discurso, sin que necesariamente lo sepa, estará marcado por esas trazas sonoras originales que duplican, habitan y sobredeterminan todos los recorridos posibles. Ese prototexto es también un architexto. Todo lo que se oye, incluyendo el discurso más sofisticado, el más culto, el más construido, independientemente de cual sea su eventual pertinencia remite a fin de cuentas a la queja arcaica del sujeto en busca de su nidificación original y de sus abrigos nativos.

En tanto neoteno, incierto como tal de mi presencia, siempre tengo que presentarme en el transcurso mismo de las representaciones que doy. Hablo con la obligación de tener que mostrar que soy el sujeto de la representación, de la ficción o del espejismo que creo. Mi discurso queda así saturado por esas marcas de presentación de sí (soplidos,

¹⁸ Sobre este aspecto somático y sensible del significante, esencialmente sonoro, conviene leer a Serge Leclaire. Las partes entre comillas remiten a *Rompre les charmes* [Romper los encantos], París, InterÉditions, 1981 (“Fragments de langue d’avant Babel” [Fragmentos de lengua de antes de Babel], “À propos d’un fantôme de Freud” [A propósito de una fantasía de Freud], *Écrits pour la psychanalyse 2, Diableries*, París, Seuil, 1998 (“Les mots du psychotique” [Las palabras del psicótico] y *Démasquer le réel* [Desenmascarar lo real], París, Seuil, 1971 (“La mi-prise de la lettre”). Para Serge Leclaire, el psicoanalista no tenía que transmitir “su mitología personal”, sino oír los sonidos y los armónicos perfilados por la inscripción primaria, architexto de esta serie significativa primera, en donde habita lo que yo llamo el neoteno.

pulmonaciones, índices, gestos físicos y vocales) que buscan acreditar y dar fe de mi presencia en el tiempo y en el espacio a través de lo que busco representar. Las representaciones que doy a ver nunca están exentas de un «Soy yo quien habla, ¿me oyen?», que varía de lo patético a la pedancia, según el caso. Todo discurso oscila así de la presentación de sí a la representación de las cosas, tendido entre los dos polos de la expresividad del sujeto que habla y de la representación que da a ver, distendido a veces entre dos lenguas: una lengua puramente expresiva y otra más representativa.

De esta manera, soy el sujeto de un extraño territorio.

La particularidad de ese territorio es que no deja de crecer a medida que se lo recorre. Todo discurso es un recorrido; un recorrido que extiende el territorio del camino recorrido. Cuando haya acabado de hablarte, nuestro territorio habrá crecido pasos, palabras, frases que habré utilizado para recorrerlo. Habitamos pues un territorio infinito, laberíntico, en extensión permanente, del que sólo ínfimas partes corresponden a tierras de la primera naturaleza, y ese territorio reposa sobre una punta, como una catedral que repose sobre su aguja. Se hunde en efecto, hacia un signo que falta, cuya ausencia irradia todo discurso. El signo de nada conocido que se difunde en todos los demás signos, que transfigura y desplaza toda evocación simple. Entre los acentos singulares evocados por Quignard, éste posee una tonalidad particular. Detrás de toda evocación, invoco una potencia que jamás he poseído y cuya inmemorial nostalgia arrastro: una potencia animal originalmente perdida. El recuerdo más fuerte que yace en el fondo de toda memoria es el que se refiere a esta potencia que jamás he poseído. El fondo de la memoria lleva así el recuerdo de un estado que jamás existió y que, por esta razón, va de memoria en memoria permaneciendo tan indecible como inolvidable.

En cuanto al espacio, el tipo de solución que se impone a quien no habita en ninguna parte es simplemente el de habitar en todas partes. Ya que no estoy en mí en ninguna parte, puedo entonces habitar en todas partes. Absolutamente en todas partes. Es decir, en una alta montaña helada. En la selva amazónica. En París. En un desierto seco y quemante. En el polo Norte. En la luna. En Marte. En el fondo de los océanos. Me he visto recientemente en una silla flotando en el espacio intersideral. Pronto voy a tener algunos hijos que nacerán en

una estación orbital y que llevarán consigo la nostalgia de su territorio de origen cuando vengan a la tierra...

En otras palabras, mi inacabamiento de neoteno, esta carencia que debería condenarme, me permite escapar a toda finalización y adaptarme más o menos en todas partes. Se sabe de qué tesoros de adaptación son capaces los grupos de fugitivos o de abandonados en tierra hostil: los que dejaron en islas desiertas en el siglo XVI, los esclavos cimarrones que escaparon de sus lugares de martirio, las comunidades religiosas obligadas a dejar las comarcas habitables, los anacoretas que elegían la absoluta soledad en lugares imposibles... El neoteno sobrevive en todas partes. Y aun no se ha visto nada.

Mi inacabamiento de neoteno me autoriza a una extrema plasticidad. Mi debilidad me confiere la mayor oportunidad de los seres débiles. Mi desconfianza y mi agresividad constitutivas me permiten adaptarme a lo peor. Mi incapacidad para situarme en un lugar del mundo se encuentra pues convertida en la posibilidad de habitar en todas partes, así como mi ineptitud para habitar plenamente el instante se ha transformado en una apuesta por habitar el tiempo. De esa manera mis debilidades redhibitorias, mi increíble ineptitud, mi no finalización y mi fragilidad constitutivas se han vuelto los puntos de apoyo de una nueva fuerza y de una nueva dominación del mundo.

Conmigo, lo inverosímil llega a la historia natural: el triunfo de una especie neoténica, es decir, la victoria, intolerable para Nietzsche, de la debilidad sobre la potencia.

Con la hipótesis neoténica, el darwinismo debe ser enmendado: la simple selección natural de las especies más aptas se ha complicado con una nueva figura en la que ciertas formas de desadaptación se han transformado en posibilidad de sobreadaptación. Mis carencias me hicieron sobrevivir. Mi sobreadaptación llegó desde una desadaptación original. Hice de mi falta de ser un plus. Mi debilidad fue la condición de mi fuerza. Y puesto que no soy ni lobo, ni león, ni babuino, ni bonobo, sólo podía ser nada o todo. Finalmente llegué a ser nada y todo, es decir, loco y razonable, débil y fuerte... Soy el lugar donde se reúnen los términos contrarios de todas las oposiciones. Soy sujeto de inversión. Soy aquél que no deja de ser otro diferente al que es, ese loco que no deja de ser razonable.

Mírame, mi bella amiga, mira mi insigne debilidad; con ésta vencí la fuerza; con ésta atraparé a María-María, mi bella *onça* pintada...

III

CARTA SOBRE LAS DOS MANOS, LA ESCRITURA Y LA GRAMÁTICA

Mentí. Era necesario.

Cuando se cuenta una historia, hay que mentir. Sólo un poco. Si es demasiado, el auditor se da cuenta, se siente timado y pronto deja de dar crédito a lo que oye. Pero si no se miente lo suficiente surge igualmente la desconfianza: si me cuenta todos esos secretos, en realidad es porque hay algo más, muy importante, que se esconde. Hitchcock miente un poco en *La ventana indiscreta*, ese estupendo filme sobre todos los posibles estados del amor en el neoteno, desde la búsqueda del partenaire hasta su asesinato pasando por la duda, vistos a través de unas diez ventanas de un edificio americano estándar; miente para trazar su recorrido, en la construcción narrativa del filme y no solamente, como lo creía Truffaut, en las «aclaraciones» *a posteriori* del maestro. Le da una información falsa al espectador para poder trazar una vía digna de interés, es decir, sujeta al suspenso, a los cambios y a los imprevistos. El desafortunado James Stewart, ex fotógrafo inmovilizado en su silla con una pierna enyesada luego de un estúpido accidente, queda pegado a su ventana, condenado a vigilar todo ir y venir de sus vecinos, y particularmente el de un hombre sospechoso que pelea mucho con su mujer y que extrañamente ha salido varias veces con una maleta durante la noche. Ahora bien, el espectador, que se halla también ante una ventana (la de la pantalla), ve hacia el minuto 36 de la película algo que James Stewart no puede ver porque en ese momento crucial (que corresponde al alba en la diégesis) simplemente se ha quedado dormido, como buen neoteno que es, siempre sujeto a la falla. Entonces no ve una escena marginal de segundo plano, que sólo dura 5 segundos, durante la cual el sospechoso sale con su mujer caminando, por lo tanto perfectamente viva. Entonces la mujer no fue trozada en pedacitos discretamente evacuados en la maleta del infame marido. Sin embargo, es en función de este no saber que James Stewart elaborará una historia de asesinato tanto más loca y prolífera cuanto que empieza a enriquecer oportunamente su ociosa vida. Bastará con que convenza a todos los que tiene a su alrededor, a su vieja y amable enfermera, a su magnífica enamorada, a su viejo amigo, para que el filme tome las dimensiones de una comedia extraordinaria donde los cuatro personajes, aguijoneados por James Stewart, empiezan a interpretar todo signo como

corroboración de la hipótesis de un asesinato, allí donde el espectador sabe muy bien que, aun cuando sólo se haya dado cuenta subliminalmente de la brevísima escena, no hay tal, puesto que el supuesto cuerpo del delito se comporta a las maravillas. Hemos aquí entonces en primera fila para ver funcionar en James Stewart el principio de segunda naturaleza que le permite al neoteno darle a sus elucubraciones la misma intensidad que si relatasen hechos objetivos. El espectador goza de un saber adicional que le permite situarse en la última ventana, aquella que engloba todas las demás mucho más allá de la condición de los demás neotenos aprisionados sin siquiera saberlo en su ventanita, es decir, en su marco restringido de visión. No obstante, el espectador descubrirá 40 minutos más tarde que su ventana, por más grande que sea, no está por ello menos sujeta a la ilusión que las demás. El golpe es fuerte: el espectador descubre que de hecho se equivocó de filme y que en efecto tiene que vérselas con una tragedia en el momento en que el asesino, instado como asesino por los cuatro compadres, se comporta *en efecto* como un asesino de los más asesinos, dispuesto en este caso a matar a un James Stewart solo, inmovilizado en su sofá... Aquella que el espectador había visto salir con el hombre no era entonces su mujer sino otra, probablemente su cómplice. El pobre neoteno herido, engañado por su no saber y su ceguera, tenía sin embargo razón...

No se trata aquí del famoso objeto que Truffaut había ubicado con el nombre de *MacGuffin* en las películas de Hitchcock, objeto de intercambios simbólicos que circula de mano en mano hasta revelar el lugar de cada cual (y por lo tanto el del asesino), como la clave en el *Crimen perfecto*¹⁹ o el encendedor en *Extraños en un tren*²⁰, sino de una pista disimulada en la construcción narrativa. En el momento en que aparece tiene por función hacerle creer al espectador que sabe algo esencial y simple que el narrador mismo ignora. Sin embargo, ese saber suplementario lo lleva a una falsa pista que le hace desatender entonces la correcta, hasta el punto en que al final, el espectador, que nunca dejó de saberlo todo, resulta no obstante atrapado además con su *plus* de saber, y se pregunta cómo no pudo comprender antes en dónde estaba la verdad...

Entonces hay que no saberlo todo para descubrir más.

¹⁹ *Dial M for murder* (1954), traducido al francés como *Le crime était presque parfait*, “El crimen era casi perfecto” [T.]

²⁰ *Strangers on a train* (1951), traducido al francés como *L’Inconnu du Nord-Express*, “El desconocido del Expreso Norte” [T.]

Yo te hice creer que no existía ninguna reflexión filosófica digna de ese nombre que hubiese tomado en serio la hipótesis neoténica. Mentí para que me escucharas y me siguieras hacia mis nuevas revelaciones sobre el ser. Y sobre todo, mentí para tener ahora el inapreciable placer de restablecer la verdad con el ánimo de ir mucho más allá de lo necesario. Si te lo hubiese dicho en seguida, no lo habrías escuchado. Sólo estaba más acá para ir más allá (mira cuánto me esfuerzo por hacer que mi relato sobre el neoteno se ajuste perfectamente al ser mismo del neoteno)...

La verdad es que existen cinco páginas altamente filosóficas sobre la hipótesis neoténica. Ni una más, que yo sepa. Pero cinco páginas asombrosas de las cuales veinte líneas merecen protegerse para siempre de toda crítica, inclusive de aquella, corrosiva, de los ratones. Porque todo está allí. Incluyendo al ajolote que tuve que ir a pescar en las revueltas aguas del texto de Cortázar antes de ir a verificar su existencia en las controversias de la historia natural: «el ajolote, se lee en ese texto, [es] un caso de regresión evolutiva que [...] proveyó las claves para comprender de otra manera la evolución humana.» Así mismo, allí se hallan las principales indicaciones sobre la neotenia del hombre que presenta «caracteres, transitorios en los primates, pero que al volverse definitivos en [él], realizaron de cierta forma, en carne y hueso, el tipo del eterno niño».

Por un momento se teme que el texto empiece a inclinarse hacia la exaltación, tan apreciada por la crítica filosófica, de un ideal en que el pensador, sobre todo cuando siente pasar los años, busca pensarse en la misma posición inocente que la del niño rey de Heráclito, abandonado al juego. «Intentemos ahora imaginar a un niño [...] que estaría, por decirlo así, tan abandonado a su propia infancia [...] que se apartaría de todo destino específico [...] para mantenerse en su propia inmadurez y en su propia ignorancia.» El texto abre un momento con esta idea de la infancia inocente y fecunda, pero igualmente no deja de sobrepasarla.

Se teme luego que el texto se encierre en la enésima repetición de uno de los ejercicios favoritos de la retórica heideggeriana, llamando solemnemente al neoteno (contra todo olvido) a devenir el nuevo guardián del ser: «Por primera vez en el mundo, él [el niño neoténico] estaría realmente a la escucha del ser.» Es cierto que el texto no está exento de esta idea pero está sobre todo atravesado por una brillantísima apertura que escapa a toda

repetición en la que prorrumpe en pocas frases una nueva perspectiva sobre la actividad de «segunda naturaleza» específica del hombre.

En esas cinco páginas se pueden encontrar entonces las siguientes indicaciones: «Los animales rechazan las posibilidades de su *soma* que no están inscritas en su *germen* [...], cultivan únicamente las posibilidades de infinita repetición que están fijadas en el código genético. Únicamente prestan atención a la Ley, sólo a lo que está escrito [...]. [En el hombre está] anclada para siempre una apertura que trasciende todo destino particular y toda vocación genética. Pero esta apertura [...] no es un acontecimiento que se pueda almacenar en una memoria genética, es más bien algo que debe permanecer siendo absolutamente exterior [...], es decir, una memoria exosomática».

Esas diez líneas fueron escritas por el filósofo italiano Giorgio Agamben en una compilación compuesta por unos 30 relatos cortos, de fábulas, apólogos y aforismos escritos en los años ochenta. Una vez separados de las consideraciones filosóficas en boga en la época, abren una nueva hipótesis sobre el rol de la neotenia en el surgimiento de la «segunda naturaleza» en general y del lenguaje en particular, cuyas consecuencias son decisivas para renovar la comprensión del sentido de la aventura humana. Intentaré dedicarme a desplegar esta tesis, sugerida únicamente en el breve texto de Agamben.

La reflexión de Agamben pone en juego una opción radical sobre el lugar del lenguaje y más particularmente de la escritura en el proceso filogenético, que yo formularía de la siguiente manera: existe una ley escrita que, sin saberlo, sigue todo ser vivo. Esta ley está dada en el *germen*, es decir, según el vocabulario científico de hoy, en el código genético. Se sabe desde 1953, es decir, desde que Watson y Crick descubrieron la estructura de doble hélice del ADN y su composición, que esta ley existe bajo la forma de una escritura natural de cuatro letras que corresponden a los cuatro nucleótidos (la guanina, la adenina, la timina y la citosina) que se pueden hallar en el código de todo ser, desde la bacteria más arcaica hasta el elefante pasando por la mosca, el líquen o el gusano de tierra. Entonces, el *soma* de todos los seres vivos, al ser una expresión de su *germen*, sólo puede obedecer lo que ya está escrito en el código. Por eso, tal como lo escribe Agamben, esos seres no pueden emanciparse de «la Ley» endógena que portan consigo y se ven, en esta medida, obligados indefinidamente a repetir. A menos, por supuesto, que una mutación en el código no libere al recién llegado de la fatalidad iterativa de sus ancestros y abra al

mutante hacia un destino ciertamente nuevo aunque igualmente condenado a la inmutabilidad una vez creado.

Es estrecho el margen para escapar a esta repetición, a la dictadura del código, una vez que se evacua todo neolamarckismo (bastante sospechoso desde las tribulaciones del lisenkismo y de la «ciencia proletaria») que supone un *germen* perfectamente maleable y transformable al antojo de las aventuras del *soma*. Para escapar al código, únicamente puede suponerse la aparición de un *soma* incompleto que sólo realice parcialmente las posibilidades del *germen* y que libere de esta manera al ser en cuestión de todas las determinaciones germinales que pesan sobre su existencia somática. Ahora bien, tal ser existe: es el neoteno. O bien muere pronto porque decididamente está demasiado inacabado, o sobrevive. Y si sobrevive, sólo puede hacerlo hallándose en una situación imprevista por el código; en resumen, resulta obligado a inventar. El neoteno del amblistoma, el ajolote, inventa también, en la medida de sus capacidades, un hábitat acuático permanente y una transmisión integral de caracteres normalmente transitorios. En lo que a mí respecta, neoteno de primates, que al parecer dispongo de un poco más de medios que el ajolote, invento un hábitat transferible más o menos a todas las latitudes y a todos los terrenos (en tierra, en los árboles, en la nieve, en los desiertos, sobre pilotes, en grutas...), e invento, gracias al lenguaje, una manera de habitar el tiempo que es muy diferente a la de mis ancestros.

Esta posibilidad de deriva por fuera de la estricta determinación del código, acabó por fijarse y perennizarse a lo largo del proceso de hominización²¹, de tal manera que dispongo en adelante (yo, el neoteno), de un código que me determina nada menos que a la indeterminación.

De esa manera, como neoteno, escapo a la simple determinación genética, es decir, a la dictadura del código de mis ancestros, a la fatalidad de la ley endógena. En suma, me encuentro en la situación de portar conmigo una ley que no pude seguir, viéndome obligado incesantemente a encarar el *acontecimiento* y a inventar lo que no existía. Pero al llevar en mí una ley que no podía seguir, al escapar en cierta manera a la ley endógena, caí en otra fatalidad. Al hallarme constantemente arrojado ante lo que no estaba previsto, resulté

²¹ Sobre la hominización, ver Yves Coppens, *Le singe, l'Afrique et l'homme* [El simio, África y el hombre], París, Fayard, 1983.

forzado a explorar todas las situaciones imprevistas imaginables (así sólo fuese para ver si allí tenía yo lugar), y a fijar en otra ley, una ley exógena, exosomática, todos los acontecimientos hallados a lo alrgo de esta forma inédita de hábitat.

En esta conjetura, lo que abrió el espacio para una escritura exógena fue la ruptura de la escritura endógena.

Dos diferencias entre las leyes endógena y exógena. Primera diferencia: la ley endógena *está escrita en mí*; en cambio la ley exógena *es escrita por mí*. Segunda diferencia: la primera ley es finita, la segunda es literalmente infinita.

Todo sucede como si, al escapar de la ley endógena, ya sólo tuviese que escribir la ley exógena. De esta manera resulto conminado a escribir la ley, conminación que no puede dejarme tranquilo desde que, como neoteno, escapé a la primera ley. De ahí esta proposición que me gusta escribirte: el neoteno se ve forzado a la escritura. Desde siempre. No sólo forzado a los cantos imitativos de las demás especies, no sólo a la palabra sino forzado también a la escritura porque la palabra no puede hacer ley dado que se pierde una vez hecha y porque sólo la escritura sobrevive a la muerte del individuo, permanece, se acumula, se agrega como memoria y se forma como ley.

Una vez entregado a mi estado de neoteno, me abalanzaba pues sin espera sobre el fresco mural, el dibujo parietal, la pintura rupestre, todas las formas posibles de protoescritura, la escritura ideopictográfica, la escritura fonética, luego silábica y, recientemente, digital...

Sí, mi bella amiga / cuando te escribo / en todos los muros de las grutas y las cavernas / en todos mis cuadernos de estudiante / en todos mis discos, duros o blandos / escribo tu nombre / libertad /porque obedezco a la obligación, a la obligación de escribir... De escribir todo, cada componente del instante en que estoy en falta, cada *onça*, cada caza, cada presa, cada *attaca*, cada cama de hojas, cada flor, cada ventisca, cada grano de arena, cada ola, cada pájaro, cada rostro, cada potencia detrás de cada cosa, cada tiempo perdido por falta de presencia, cada búsqueda y cada hallazgo de cada tiempo perdido, cada línea de la ley que no cesa de escribirse... Cada tiempo de la aventura...

Debo escribir cada invento. Debo escribir afuera todo lo que no está adentro. En una memoria exterior infinita, simplemente tengo que escribir la ley del mundo.

Tendría tanto que escribir que tres o cuatro manos no estarían de más, pero por el momento me contento con dos. Dos manos. Miro las pinturas rupestres, desde el comienzo, allí están. ¡Qué extrañas las manos! Son idénticas, se ocupan de la misma función, y sin embargo. Están en relación inversa como en un espejo. Y es que esta misma función, escribir la ley, la asumen de manera inversa. La una no cesa de deshacer lo que hace la otra. Poseo entonces una mano que hace proliferar, que cuenta relato tras relato, que inserta cada relato en otros relatos, que procede por un principio de expansión infinito. Y poseo una mano ahorrativa, que busca la reducción, que apunta no a la producción del mayor número de enunciados posibles entre otros dos relatos, sino a la enunciación del principio. La una sigue una regla de proliferación y la otra una regla de reducción. Por una parte, avanzo en un laberinto explorando todas las sin salidas, y por otra trazo su mapa. No hay laberinto sin mapa. Por una parte, escribo todo, hasta en detalle, hasta más allá del detalle, hasta lo superfluo, y por la otra, condenso y voy a lo esencial, a la esencia, a la quintaesencia. Aquí narro y allá reduzco hasta hallar la estructura cristalina. El humo y el cristal. Lo brumoso y el diamante.

Por una parte, hablo-canto modulando sonidos para hacer que vuelvan los muertos, para hacer que vengan las *onças*, los halcones de pico rojo y todos los animales que me quiero comer para incorporar sus cualidades, para re-presentar todo lo que he visto, todo lo que creí ver, todo lo que habría podido ver... Y, por la otra, esos sonidos que llegan, vienen y vuelven a ciertos lugares, se ordenan, se organizan en sistemas, se disponen en *gramma*, en letras, en palabra, en serie de palabras, es decir, en gramática. Una gramática que se vuelve autónoma y encuentra reglas que aplico sin conocerlas necesariamente. Una gramática que a fin de cuentas me permite agenciar sonidos para re-presentar lo que jamás he visto y hasta lo que no se re-presenta, hasta lo que escapa a toda re-presentación. Una gramática que aventaja al referente, lo sobrepasa, lo anticipa, lo desacredita, lo desnaturaliza, lo relativiza.

Por una parte, mi pensamiento se ocupa en re-presentaciones que se encadenan, se combinan, se agencian en secuencias y acaban produciendo un relato de lo sucedido o de lo

que va a poder suceder. Por la otra, puedo objetivar esas re-presentaciones dibujándolas, caligrafiándolas, haciendo que otros las vean, puedo estilizar esas figuras y hacer con estas pictogramas o ideogramas, erigir el catálogo de las que vuelven una y otra vez, abrir subcatálogos de las que, al combinar varias figuras, llenan mi pensamiento con re-presentaciones más complejas.

Por una parte, hago guerras en todos los terrenos imaginables experimentando todas las formas posibles del señuelo (hago creer que soy Tal cuando en realidad soy el otro...), de los juegos tácticos (espero, difiero, luego fuerzo...), de las artimañas de ataque (me muestro a la derecha, ataco a la izquierda...). Por otra parte, en una mesita ubicada frente a mí, dispongo de todas las piezas del campo de batalla reunidas, fijadas de una manera que se puedan mover, luego exploro todas las consideraciones posibles engendradas por el movimiento de esas piezas. Sobre mi mesa, he condensado todas las batallas; todas las que tuvieron lugar ayer, las que tienen lugar hoy y las que tendrán lugar mañana, independientemente de su terreno, ya sea que se alimenten con millares de vidas diferentes que deban ser relatadas antes de desaparecer para siempre, o que se ponga en juego un florilegio de audacias y de cobardías, de las cuales se catalogarán las más inéditas... Poseo todas las batallas en una sola. Una que tiene lugar ahí ante mí en la calma absoluta del control de las piecitas de madera o de hueso que adelanto ante un adversario tan impenetrable como yo. Por una parte, la lujuria infinita, loca, demente del campo de batalla y, por la otra, la desnudez perfecta, lógica, aterradora del juego de ajedrez.

Por una parte, soplo en un hueso de carnero atravesado por huecos, mientras un compañero se muele la espalda frente a un arco de madera, y otro puntea crines de caballo fijas entre dos ramas y un cuarto golpea una piel tensada sobre un tronco vaciado. Los hombres, las mujeres y los niños, reunidos en torno a nuestro grupo de ejecutantes, cantan, danzan y convocan a todas esas invisibles potencias a las que tanto afecto le tiene el neoteno, más que a los seres objetivos del mundo. Lo extraño es que la segunda naturaleza posee la suficiente potencia como para que los espectros a los que convoca lleguen y se amparen pronto de los cuerpos según la intensidad del golpe, la introducción de menudas variaciones en el ritmo o el lugar de ciertas florituras en la melodía... Por la otra, no dejo de producir la gramática de esta sesión memorizando y hasta escribiendo la melodía, codificando su ritmo, transcribiendo la partitura para crin de caballo en partitura para tripa

de carnero, al hacer variar el número y las voces de mi grupo. Por una parte, me entrego a todos los estados posibles de la experimentación. Por la otra, codifico cada sonido en modos, en gamas según su altura, duración, intensidad, timbre, organizo una métrica, un registro armónico, principios melódicos.

Mis desarraigados ascendientes hablaban un *pidgin* resultante de fragmentos de una lengua que solamente ellos hablaron, allí cuando en su nuevo medio se usaban ya dos o tres lenguas diferentes. Sólo me basta con una generación para que esa jerga se transforme en una verdadera lengua con su gramática, tal vez implícita, pero tan presente que se la puede explicitar. Lo que se tenía de un lado, el informe *pidgin* de los padres, se transformó del otro en una verdadera lengua, un *creol*, en los hijos. Hablo por supuesto, los habrás reconocido, de mis padres, los galos. Cuando entraron en contacto con los romanos y con su magnifico latín con declinaciones, inventaron un simple *sabir* y yo transformé ese *sabir* en un *creol*: el francés. Y fue de esta creolización del latín que se quiso, no es un chiste, hacer la lengua más bella del mundo. Lo extraño es que lo era, como las demás lenguas...

Mira, mi bella amiga, al famoso califa de Bagdad a finales del s. VIII, Abn Allah al-Ma'mum, hijo del celebre Haroun al-Rachid, califa de las *Mil y una noches*. Un hombre justo que debe resolver grandes problemas administrativos y asuntos de justicia muy delicados. Es decir, problemas de partición de bienes entre herederos de niveles diferentes, de campos que delimitar u otros asuntos molestos, como por ejemplo estos: un hombre está muy enfermo. Lega su mejor esclava y concubina a su mejor amigo. Pero este amigo enferma también y, dado que el primer hombre se recupera, le vuelve a legar la esclava. Sin embargo, dado que esta tuvo relaciones sexuales con el amigo, perdió valor. Vale entonces su precio inicial disminuido en una proporción que ha de calcularse, que concierne al costo de la relación sexual. Sin embargo, ¿cómo determinar con exactitud el valor de esa relación puesto que ese costo depende del valor de la esclava que depende así mismo del valor de ese costo? El califa es un hombre justo que busca siempre la equidad. Se dirige entonces a mí, Al-Djafar Mahomed ibn Moussa al-Khwarizmi. Y para resolver su problema, acudo al *muhtasar-fi-hisab-al-d'jabra-l-muqabala* o método del ajuste y del equilibrio. Con el *al-d'jabra*, yo hacía lo que los sobanderos hacían con los huesos dislocados: dar un golpe a la derecha, dar un golpe a la izquierda manteniendo el equilibrio, colocar cantidades a un lado y otro del signo igual, teniendo el cuidado de ubicar las cantidades desconocidas a un lado a

fin de hallar sus valores colocando del otro lado las cantidades conocidas. Una gramática de todos los intercambios posibles. Yo iba mucho más allá de lo que mi amo me pedía puesto que exploraba ciertos sistemas que contenían varios valores desconocidos, hasta las ecuaciones cuadráticas. En una parte el problema, los conflictos abisales entre amigos, sus sinsalidas, sus quebraderos de cabeza y sus soluciones prácticas; en la otra la gramática, el álgebra en este caso, que generaliza las soluciones halladas para todos los problemas del mismo tipo²².

Todas mis actividades de neoteno, en la medida en que participan de una segunda naturaleza en la que el discurso queda implicado necesariamente, contienen su gramática. Aún las que parecen escapar a ésta. Lévi-Strauss revolucionó las ciencias del hombre al demostrar que los más profusos mitos contenían su propia gramática. Antes de él, se creía que el indígena presa del mito era como el niño que no sabía lo que decía y que ambos, al participar de la infancia, el primero de la humanidad y el segundo del individuo, contaban cuentos chinos, juzgados como no-pensamiento o, cuando más como pensamiento prelógico de una mentalidad primitiva. Ahora bien, aun cuando los bororos, los nambiwaras o los tupí-kawahibs no lo supieran cuando contaban sus historias, seguían una gramática porque su mito, como todo mito, funciona como una especie de «instrumento lógico», «sistema de comunicación de altísimo nivel» que únicamente esperó ser aislado, explicitado y descubierto, tarea que precisamente emprendió Lévi-Strauss.

Así mismo, todos esos incomprensibles actos que cometo sin saber por qué, como los sueños, los lapsus, los olvidos, contienen una gramática que un tal Freud se dedicó a exhumar y a escribir. No necesito entonces saber qué hago para seguir una gramática; hasta mis actuaciones inconscientes están sujetas a ésta.

Estrategia, música, álgebra, relato, lógica del inconsciente; bastaría continuar la lista de las gramáticas inventadas por el neoteno. Allí se encontraría la astronomía, la geometría, la medicina, la química, el derecho... es decir, tantas gramáticas constituidas en escritura, sin olvidar el lugar en donde se discute incesantemente la gramática de todas esas gramáticas: la filosofía... El neoteno inventa gramáticas porque nunca deja de estar sometido al imperativo de escribir afuera la Ley que le falta adentro. Porque el objeto de

²² Adaptación libre de las «crónicas matemáticas» de Denis Guejd, *La gratuité ne vaut plus rien*, París, Seuil, 1997.

esta ley es el mundo entero, el mundo que debe visitar por entero puesto que no halla lugar en parte alguna, el mundo del que había sido excluido. El mundo debe ser escrito.

Mis dos lados funcionan siempre: el uno muestra, exhibe, desdobra, despliega, y el otro depura, condensa, busca las reglas. Lo confuso es solo el revés de lo conciso. Un conciso que tiene lugar en una gramática. Entiendo «gramática» en el sentido más literal: un ensamblaje de *gramma*, de letras que mantienen entre sí relaciones manifiestas de grandeza e implicación. Códigos exógenos se escriben entonces para suplir la falta del código endógeno que ha dejado al neoteno en la obligación de la exploración sistemática del mundo y de su codificación en forma de leyes. Que esas gramáticas puedan permanecer largo tiempo implícitas no les impide funcionar eficazmente hasta cuando aparezca un neoteno, un tanto más astuto que los demás, eche mano del tesoro y explicita para los demás lo que estaba velado para ellos. Lo que se produce entonces es un conocimiento, que entra en la olla común de los conocimientos que los neotenos por venir tendrán que poner en juego para continuar con su exploración.

Es así como el neoteno resuelve su único y absoluto problema: finiquitarse. El neoteno, como tal inacabado, provisto de un *soma* atrasado respecto a su *germen*, logra acabarse, pulirse, adjuntándose un pedazo suplementario de escritura que no halla en él, pero que las generaciones precedentes han dejado en el ambiente al cual él llega, al mundo al que llega. *Llega al mundo* extrayendo de ese mundo el pedazo de escritura, esos relatos, esas maneras de representar y esas gramáticas que ya están ahí, que le faltan para finalizarse.

Varios comentarios sobre esas gramáticas:

Tienen que ver con cualquier objeto del mundo (las estrellas, los guijarros, los microbios...), tanto como con las actividades específicas creadas por el neoteno en ese mundo (la música, el relato, el cálculo...), sin olvidar al neoteno mismo como objeto particular en ese mundo (su subjetividad, su sociabilidad...).

Lo propio de esas gramáticas es que son acumulativas. Pueden desglosarse en varios segmentos cuando el objeto de una llega a ser demasiado importante (por ejemplo, la botánica y la genética de las plantas se separaron en dos ramas). Pueden combinarse en

otras gramáticas ya existentes (por ejemplo la física y las matemáticas pueden combinarse en la física teórica). Una puede fundirse en otra (por ejemplo, la unificación del álgebra y de la geometría analítica en Descartes).

De hecho, nunca están dadas definitivamente porque la exploración del mundo y de los mundos que crean nunca se acaba. A veces una gramática que ha satisfecho por varias generaciones a los neotenos es desacreditada súbitamente en provecho de una nueva, más poderosa, más rica, más completa, más económica. Por ejemplo, el sistema Platón-Aristóteles-Ptolomeo, que considera a la tierra como el centro fijo del universo, prevalece durante casi dos mil años, desde la antigüedad griega hasta el Renacimiento antes de desfondarse en menos de un siglo a partir de 1543, fecha de publicación del *De revolutionibus orbium coelestium* de Copérnico, que plantea los principios de una gramática más poderosa fundada sobre el heliocentrismo y que integra otros hechos de la observación inexplicables en el sistema precedente.

De esos elementos se desprenden las cualidades esenciales de esas gramáticas: están sometidas a la historicidad; son la otra cara de una profusión narrativa.

Entonces, al llegar al mundo cada neoteno encuentra un arreglo específico de esos relatos y de esas gramáticas, de esos diferentes códigos con los que debe concordar para finalizarse, acabarse, engancharse con la segunda naturaleza habitada para entonces por sus congéneres. El neoteno está consagrado entonces a la singularidad.

Generalmente, para dar cuenta de esta singularidad se recurre a la metáfora del genotipo que da lugar, según condiciones de realización, a fenotipos diferentes unos de otros. Pero esta imagen ya clásica no tiene en cuenta el encuentro necesario de dos escrituras diferentes, una endosomática y otra exosomática, para hacer del neoteno tal o cual hombre.

Un hombre sería entonces el producto circunstancial del encuentro de dos determinantes heterogéneos uno y otro: por una parte, un equipo natural de base, estable en el tiempo (el equipo orgánico de los hombres de Cromagnon, del neolítico y de aquellos que entrarán en el tercer milenio es globalmente idéntico) y, por otra, un tejido narrativo, artístico y gramatical hallado en el medio, eminentemente sujeto a la historicidad, en constantes transformaciones, expansiones y nuevos despliegues.

Retomar la vieja división entre naturaleza y cultura no basta en adelante, puesto que decir que a una determinación cultural se agrega una determinación natural da cuenta muy defectuosamente de ese proceso de empalme de dos códigos heterogéneos necesarios para hacer *un* hombre. Por una parte, porque la noción de naturaleza no tiene ningún sentido para un neoteno incapaz de habitarla y, por la otra, porque la cultura aparece con la hipótesis neoténica como la suplencia para una naturaleza claudicante, es decir, a fin de cuentas, una naturaleza que se ha visto llevada a sobrepasarse a sí misma ante su propia carencia.

Vengo entonces al mundo cuando mi ser inacabado se encuentra con este conjunto de escrituras exteriores que puede funcionar como un complemento posible para un programa genético que no seguí hasta el final, es decir, para una Ley de la que escapé. Con ello se trata de un proceso sin fin puesto que cada neoteno llega en tal momento de desarrollo de esos relatos y de esas gramáticas y no deja el mundo sin haberlas desarrollado como puede. En la interfase de las dos escrituras se encuentra esta disposición para el lenguaje que le permite al neoteno destinar su cuerpo no finito para una exterioridad contingente, inscrita en la historia, que le ofrece la posibilidad de perfeccionarse con el exterior cuando desaparece la determinación del código.

Adivino tus reconveniones, mi bella amiga: creo el neoteno a mi imagen, ese gallardo aparentemente débil es de hecho un teórico. Tengo tres respuestas que darte a esta objeción. En primer lugar, si Hermes era Trimegisto, si era tres veces grande, el *homo* se define en toda la antropología como *sapiens sapiens*, dos veces sabio; no es pues a mí a quien habría que dirigir esta crítica, sino a toda la antropología. En segundo lugar, no tengo empacho en aplicarle a este *homo sapiens* el epíteto suplementario de *demens*, que le va como anillo al dedo a partir del momento en que se piensa en el número propiamente pasmoso de juegos locos, mortales, peligrosos para sí mismo y para la especie que tiene que experimentar antes de producir un mínimo saber, muy a menudo inaceptable para la comunidad, y que acarrea rivalidades, desgracias, luchas y guerras. Propongo pues el termino de *homo sapiens demens* para dar buena cuenta de este ser que ya estigmaticé como marcado por la oposición de contrarios, la versatilidad, el vuelco incesante de la debilidad en fuerza y de la debilidad en aptitud para el conocimiento. Y en tercer lugar, ese

teórico no tendría nada de *sapiens sapiens* si no fuese también un verdadero *faber*, un *manual*. ¿Acaso no soy yo mismo, en el instante en que te escribo, un verdadero manual? No solamente porque te escribo con las dos manos (lo cual no ceso de proclamar), con una relatando historias locas y con la otra buscando la razón de esas locuras, sino también y sobre todo porque te escribo en el sentido más literal posible sirviéndome de este instrumento que se llama *mano*.

Mi bella amiga, ese no es un detalle anodino. ¡Porque la mano es un bello órgano más del neoteno! En la ley endógena del código, no estaba previsto seguramente de manera explícita que la mano fuese utilizada para escribir... Servía para lo que sirve la mano en los primates: caminar, trepar a los árboles, visitar orificios corporales, atrapar bananos y cualquier objeto gracias al pulgar oponible, particularmente piojos en tu bella crin... También ahí, el neoteno inventó. Leroi-Gourhan demostró perfectamente cómo en el neoteno, obligado a la posición dinámica erecta, la mano llegó a liberarse, particularmente de sus funciones de apoyo en el caminar. Agregó que se liberó tanto más cuanto que llegó a ser secundaria en la ejecución de funciones de comunicación vinculadas con el lenguaje, puesto que fue la voz, y por lo tanto el canal boca-oreja, el que llegó a predominar sobre el otro canal posible: el canal mano-ojo. Por supuesto, este último puede ser activado, pero sólo como sustituto del canal boca-oreja. En efecto nunca se han visto grupos de neotenos hablantes y escuchantes que adopten normalmente cualquier lengua de signos. Sólo se la utiliza muy secundariamente para comunicar. Puedo hacerme comprender bastante bien por teléfono, cuando no ves esos gestos de la mano que sostienen mi discurso. Afortunadamente. Porque comunicar con las manos habría exigido que se me viese siempre, es decir, que no hubiese mucha oscuridad como durante la noche o como en una caverna... En cambio, con la voz puedo no solamente hablar durante la noche, sino también y sobre todo aprovechar para decir cosas poco usuales, indecibles durante el día cuando se han ido los fantasmas, o hasta esperar la hora propicia de la noche para intentar seducir a las *onças* cantando... Además, hablar exclusivamente con las manos me habría expuesto a hacer público lo que no dejo de decirle al oído a mi vecino o a mi vecina. Para un individuo siempre débil en el instante como yo, constitutivamente inclinado a la desconfianza, a la

salvaguada, a la protección, a los secretos, a los misterios, ¿cómo habría podido resolverme a comunicar a todo el mundo lo que sólo quiero decir a algunos?

Si hubiese tenido que expresarme únicamente con las manos, las habría investido una vez liberadas de la enorme carga de decir. No habría podido utilizarlas para todo y nada. No habría podido tocarme pensativamente la frente levantando la ceja interrogadora o rascarme largo rato el cráneo. O aún acariciar con mi mano tus músculos dorsales para intentar contribuir al alivio de las penas posturales que afectan a todo neoteno... Al cargar mi mano con todo decir, le habría impedido no hacer nada. Porque mi mano no deja de querer hacer. Quiere tocarlo todo. «Que me den pronto algo que hacer, con [l]as manos», dicen tan precisamente los extraordinarios personajes beckettianos, portavoces fulgurantes del neoteno en estado puro, aquel que nunca halló su lugar en el mundo. Era necesario, pues, que mi mano no estuviese destinada a nada preciso para que pudiese hacer todo y cualquier cosa. Con esta condición, iba a poder proyectarla por todas partes ante mí, cargarla con gran cantidad de misiones decisivas para todo neoteno que tan mal habita el presente. Iba a destinarla a intervenir incesantemente en el orden hostil de las cosas para restablecer ciertas posibilidades de actuar en el presente, para intentar ajustar al mundo mi desfalleciente presencia.

Fue así como llegué a ser un fabricante de objetos de todo tipo, un *homo faber sapiens demens*... Me dediqué a fabricar todo lo que se necesitaba y hasta más a fin de procurar algunas correcciones y remedios para mis órganos inexistentes, insuficientes o desfallecientes. Es decir objetos intermedios que iban a permitirme habitar ese mundo: una piel, extraída de un animal, tallada luego para ajustarla a mi espalda por desdicha desnuda; una especie de envoltura para mis pies, cortada del cuero restante; un cuchillo tallado en piedra para paliar la deficiencia de mis garras; una tripa fijada a una madera elástica para lanzar flechas con el fin de obviar mi debilitada velocidad; sílex para provocar la chispa necesaria de un fuego indispensable que me proteja del penetrante frío, un ensamblaje de ramas y de pieles montadas como abrigo contra las bestias y la adversidad...

En la medida en que esos objetos se ajustan a mis órganos o protegen mi cuerpo, pueden globalmente analizarse como *prótesis*. Entiendo por prótesis varios tipos de objetos bastante diferentes: por una parte, lo que restablece un órgano alterado en su función (por ejemplo, una lentejuela de vidrio me permite recobrar la visión, un pabellón auditivo me

permite oír de nuevo, una tablilla consolida mi brazo roto..., pero también, por qué no, una blusa de cuero, un pantalón, una crema solar, zapatos... suplen la fragilidad de mi piel sin forro...); en segundo lugar, lo que reemplaza un órgano o una parte de órgano desfalleciente (una dentadura postiza para sustituir mis dientes, una pierna de madera o una pierna artificial articulada para reemplazar una pierna amputada); en tercer lugar, como órtesis, es decir, un objeto que prolonga en un sentido eventualmente nuevo un órgano o una parte de órgano existente (el arco prolonga mi mano en un sentido nuevo, así como, por ejemplo, la bicicleta o el automóvil prolongan mis piernas transformando el tipo de motricidad original, pero también los esquís, los patines, el bolígrafo que prolonga mi mano en un sentido diferente, el microscopio o el telescopio que le permiten a mis ojos acceder a un mundo de otra escala, el computador que prolonga mi mano, mis ojos, mis orejas, mi cerebro...).

Es verdad que la precisa distinción de esos diferentes niveles de prótesis es posible, pero pronto resulta bastante vana puesto que todos esos objetos pueden volver a resultar implicados en un sólo objeto. Lo propio de la prótesis es en efecto su funcionamiento combinatorio y acumulativo. Todo lo que se encuentra aquí puede utilizarse allí y combinarse para otras prótesis en bricolajes más o menos gigantescos que crean realidades inéditas. Leroi-Gourhan demostró, hace ya mucho tiempo, que el objeto técnico, aunque inorgánico, se desarrolla siguiendo una lógica similar a la del ser vivo. En esta medida, el fenómeno técnico es perfectamente pensable como un caso particular de la zoología²³: la materia inorgánica se transforma como la materia viva y procede por invenciones continuas a través de diversificaciones, elementos prestados, intercambios y adaptaciones. En otras palabras, la técnica sigue un determinismo casi biológico.

¿Pero cuál es el estatuto de ese «como» cuando se dice que la materia inorgánica se transforma *como* la materia viva? Porque esos objetos inorgánicos no se ensamblan evidentemente solos. No poseen en sí mismos, como las moléculas informacionales que componen la materia biológica, la capacidad de conectarse según leyes bioquímicas u otras leyes de ensamblado. Es necesario que una intención exterior las reúna. Sin esta intención, los objetos utilizados o creados de mano del neoteno no se ensamblarían. De hecho, esto es lo que le sucede a los objetos utilizados por los verdaderos animales: son abandonados después de ser utilizados. Muchos animales saben también servirse de objetos para lograr

²³ André Leroi-Gourhan, *L'Homme et la matière* [El hombre y la materia], París, Albin Michel, 1943.

sus fines (un chimpancé, por ejemplo, es capaz de recoger una piedra para romper un coco, al igual que una nutria, de tal manera que la piedra se vuelva un mazo) o saben fabricar objetos que se vuelven parte de su ambiente (por ejemplo, los pájaros saben construir su nido, los castores sus construcciones en madera...), pero, por una parte, la invención de esos animales o bien es nula por ser repetitiva y estar prevista en el código, o bien es muy limitada (el nido de la alondra es siempre un nido de alondra y nunca nido de oropéndola, o de curruca, o de cigüeña o de pinzón...) y, por otra parte, la fabricación de un objeto o el uso de un objeto intermedio no implican un proceso acumulativo durante el cual los objetos se retomarían, se transmitirían o se transformarían. Los objetos *ad hoc* sirven para un uso inmediato y los objetos fabricados respetan las prescripciones del código.

Ciertos animales hasta pueden disponer de órganos «multitareas», que en ese sentido se acercan mucho a la mano, como el elefante que posee un maravilloso órgano para todo, la trompa (milagro de fuerza, de precisión, de delicadeza sensorial y olfatoria, capaz de transportar troncos de árbol, de agarrar delicadamente algunas ramillas, de levantarlas desde el suelo hasta tres metros de altura, de aspirar y expulsar agua para asearse, de estrangular un agresor, de oler a una serpiente a pocos metros...). ¡Ah, mi bella amiga, cuánto querría yo también una así! ¡Cómo me gustaría poseer ese extraordinario órgano! ¡Sesenta mil músculos enganchados a la nariz para intervenir en el mundo y hacer todo lo que se quiere! ¿No es ese acaso el sueño de muchos muchachitos, por razones que no engañan a nadie, de hecho...? Pero hasta el elefante que posee tan maravilloso órgano y una gran cabeza, aunque muy dura, sigue siendo incapaz de ensamblar todos los objetos que manipula con su magnífica trompa en una nueva realidad. Entonces, como lo demostró claramente Leroi-Gourhan, si la técnica parece seguir un determinismo casi biológico, es porque hay una intencionalidad que ensambla sus objetos, los acumula y los monta en nuevas realidades que sirven para nuevos fines. La actividad de fabricación, que no es propia del neoteno, entra no obstante en él, y sólo en él, en un proceso acumulativo simplemente porque se articula con la facultad de lenguaje y de re-presentación. La fabricación de objetos por el neoteno diverge también de lo que es en el animal. Porque, con el lenguaje y la re-presentación, toda situación (incluyendo la técnica) puede volverse a pensar en el *a posteriori* para hacerla objeto de una estrategia, como si se tratara de una situación de ataque, de acoso o de cacería que hay que elaborar con miras a un fin. Ese

retorno, esa elaboración, esa anticipación y finalmente esa capacidad de ensamblado en un proceso acumulativo no provienen de un poder que sería intrínseco a los objetos o a la técnica misma; solo son posibles por el lenguaje que se ampara de la técnica de la misma manera como se ampara de las demás situaciones en que se encuentra el neoteno, obligado, en razón de su falta de presencia en el instante, a la re-presentación, es decir, a volver atrás incesantemente para ir hacia delante y así anticipar.

Entonces, es por el lenguaje (y la *diferencia* capital que este introduce en el instante que se abre hacia el retorno y hacia la anticipación) que los objetos utilizados por el neoteno entran en un proceso acumulativo durante el cual son sostenidos, retomados, transmitidos, reunidos, ensamblados, transformados... El estatuto de este objeto particular que es la *herramienta permanente* ilustra bien esta sumisión del objeto al lenguaje y al tiempo: al contrario de la herramienta *ad hoc* utilizada por tal o cual animal, la herramienta permanente sólo pudo ser moldeada por un ser tan inepto para el instante que pudo producir un objeto que serviría... algún día, más tarde, más allá de cualquier uso instantáneo. La herramienta permanente no es, en efecto, la piedra utilizada aquí y ahora, de manera *ad hoc* por el chimpancé preocupado por una nuez demasiado dura; la herramienta permanente es en cierta forma un objeto surgido del tiempo, moldeado luego expresamente con el fin de poder regresar al instante más tarde, pero siempre eficazmente.

La creación protética constituye, al mismo tiempo que los relatos (y la re-presentación visual y sonora, las artes) y las gramáticas, el otro componente esencial de la segunda naturaleza creada por el neoteno. Así como la escritura cuya ruptura en el nivel del código endógeno acarrea la apertura de un espacio infinito de escrituras exógenas bajo la forma de relatos y de gramáticas, la insuficiencia del equipo neoténico abre un espacio de creación protética que funciona «como» lo biológico, pero desplazándolo, y finalmente reemplazándolo por realidades diferentes a las que prevalecían en la primera naturaleza, a las que podría llamarse «hiperreales».

Esos objetos, así como los relatos y las gramáticas, están sometidos eminentemente a la historicidad. En otras palabras, en la creación protética se vuelven a encontrar momentos de calma chicha y accesos de fiebre inventiva; bastaría con citar al «comienzo» de la historia, el momento de la revolución neolítica y, al comienzo del «fin», el del Renacimiento, que

vieron aceleraciones prodigiosas de la invención protética que cambiaron los datos de la segunda naturaleza en la que vivían los neotenos. El siglo XX no desmintió la existencia de momentos de fiebre inventiva, muy al contrario. Las gramáticas, los relatos y las artes, y la fabricación de objetos, parecen haberse interconectado hoy en día de tal manera que nos hallamos lanzados en un proceso de producción de conocimientos que parece infinito. El movimiento es tan rápido que el asombro ante el nivel alcanzado en tal momento sólo parece candor pocos años más tarde. Freud, que no era especialmente ingenuo, evocaba por ejemplo, en 1929, cómo se habían superado el aire y el agua gracias a las fuerzas «gigantescas» de los motores, la superación de límites estrechos de la visión gracias a los microscopios y a los telescopios, la materialización de la facultad abstracta de acordarse hecha posible gracias a la cámara fotográfica y al gramófono, e indicaba que «el hombre que perfecciona de tal manera sus órganos motores así como sensoriales [...] había llegado a ser una especie de “dios protético”»... Sin embargo, esas líneas, relativamente recientes, parecen remitir hoy en día a un mundo muy antiguo... Vivimos un momento histórico donde esta interacción entre lo producido por la mano (objetos protéticos) y la mente (relatos y gramáticas), en otras palabras, la configuración creada entre *techné*, *mithos* y *logos*, es extremadamente dinámica. Las gramáticas y los relatos permiten la invención de nuevas situaciones protéticas y las creaciones protéticas creadas llaman a la producción de gramáticas sostenidas por relatos que puedan dar cuenta de éstas.

El proceso de conocimiento, que se organiza en torno a un nuevo órgano compuesto específico del neoteno, circunscrito en alguna parte entre los tres lugares que están a disposición del lenguaje, la modulación vocal y la mano, ha de entenderse entonces, a pesar de la etimología, como co-nacimiento, es decir, como momento en que el neoteno debe nacer al mundo integrando una segunda naturaleza. Esta segunda naturaleza contiene ya algunas respuestas a la habitabilidad del mundo por el neoteno, respuestas que ofrecen las generaciones precedentes, pero que nunca constituyen más que las premisas de una verdadera habitabilidad que siempre está por inventarse.

Todo neoteno se ve pues lanzado a un proceso de formación, o de acabado que lo extrae de un código interrumpido y lo pone en contacto con una escritura exógena, es decir, relatos, gramáticas y objetos gracias a los cuales se ve llamado a perfeccionarse. El tiempo

familiar de la maternación y luego el tiempo social de la educación son sólo respuestas instituidas para la exigencia ontogenética propia de la neotenia humana.

No vine a término, carezco de consecuencia; todo mi desarrollo, mi educación y mi formación son sólo el despliegue de esta tara originaria. El nacimiento a la primera naturaleza no tiene sentido alguno para mí sin un nacimiento continuado en la segunda naturaleza. En otras palabras, debo persistir en venir al mundo toda mi vida para venir a la vida que jamás tuve, y como si continuara naciendo, continúo «nosiendo» (nada o poca cosa); puedo pues morir, eventualmente viejo y hasta cada vez más viejo con los progresos técnicos aún antes de haber vivido. Y de hecho, muchos neotenos mueren antes de haber nacido en verdad. Y por poco que me libere de la pesada carga de perfeccionarme apegándome a las gramáticas, relatos y objetos existentes, esto sólo me llevará a caer bajo el imperativo de escribir, de decir, de explorar y dar cuenta de la habitación del mundo que nunca tuvo lugar. No dejo entonces de recrear una segunda naturaleza en constante expansión.

Esta segunda naturaleza no hace desaparecer a la primera, absolutamente inhabitable, pero permite interponer entre esta primera naturaleza y yo una capa intermedia que autoriza una mejor regulación entre mí mismo y el afuera. Esta capa de segunda naturaleza recubre y desnaturaliza la primera naturaleza. Pero tal es el precio de mi supervivencia. Sólo puedo habitar el mundo desnaturalizándolo. Interponiendo entre el mundo y los diferentes órganos de mi débil equipo una zona intermedia de intervención y regulación. Esta zona se constituye con todos los relatos, gramáticas y objetos que me permiten regular mi relación con la primera naturaleza y habitar, a pesar de mi ineptitud, un mundo que, de no estar mediado por esta capa intermedia, me resultaría fatal.

En otras palabras, en tanto hablante, apto para la re-presentación y en tanto fabricante, soy lanzado a un proceso de conocimiento sin fin; ya no dejo de imaginar, de calcular y de armarme un hábitat conveniente, sin saber nunca de hecho qué sería conveniente y qué no, llegando en ocasiones, rara vez, hasta la insuficiencia (cuando me vuelvo eremita, misántropo o estilista...) y muy a menudo al exceso, sin renunciar nunca a ir

más lejos, más rápido, a otra parte, y hasta a mundos que jamás han existido; en todo caso, a un lugar diferente a aquel en que estoy, puesto que allí donde estoy, nunca pude estar...²⁴

²⁴ *Là où je suis, puisque là où je suis, je n'ai jamais pu y être*: el uso en francés de un solo verbo, *être*, para *ser* o *estar* permite en este caso múltiples traducciones resultado de su combinación: “[...] aquel en que soy/estoy, puesto que allí donde soy/estoy, nunca pude ser/estar...” [N. del T.]

IV

CARTA SOBRE EL NEOTENO, DIOS Y LOS PERROS

Yo, neoteno lanzado al mundo por error hace cien mil años, no debí haber vivido. Y ahora domino el mundo. Es más, neotenizo a todo dar al resto de la creación. Los perros, los gatos, las reses, los caballos, las gallinas, los patos, las ocas... Nada me detiene. Son todos neotenos, que fabrico con la obstinación de quien tuviese que tomar seria revancha del mundo.

Observa, mi bella amiga, el mundo de los perros. ¿Has visto esos caniches, esos cocker, esos chihuahua, esos san bernardo, esos perdigueros, esos galgos, esos grifón, esos daneses, esos bouvier, esos bóxer, esos podencos, esos fox terrier, esos bulldog, esos pekineses, esos papillón, esos perritos falderos, esos chow-chow...? Escoge del montón, Dios reconocerá a los perros... Cuatrocientas especies al menos, y no dejo de inventarlas. ¿Has visto sus peinados, sus patas con uñas casi humanas, sus manjares de carne fresca, sus especializaciones profesionales, sus almacenes de alimentación, sus boutiques de belleza, sus médicos, sus psicoanalistas?

Dios soy yo. E invento a los perros a mi imagen. Uno nuevo por día.

Hablo en serio. Escucha la historia del *canis familiaris*. La conozco bien porque quien inventó al perro fui yo: el *homo faber sapiens demens*.

Érase una vez, hace treinta mil años, una jauría de lobos, *canis lupus*, que atrapaba los ciervos, las cabras, los jabalíes... ¿Pero qué es una jauría? Una jauría es un grupo organizado en torno a un lobo dominante²⁵. Dominante; enorme responsabilidad. Hay que dirigir al grupo durante la cacería colectiva. Hay que oponerse a los intrusos. Hay que presidir las ceremonias rituales amistosas donde los demás lobos se frotan, se mordisquean y se huelen mutuamente la boca. Se adquiere esta función participando desde joven en los juegos de lucha que oponen a los lobeznos entre sí. Durante esos juegos, al principio nada feroces, cada cual busca el lugar que le conviene, y cuando lo encuentra, lo manifiesta públicamente con actitudes de sumisión o de desafío. Durante la época de celo, se acaban las risas y esos juegos se vuelven muy serios. Ganan en violencia, con heridas graves en

²⁵ Sobre esos elementos de etología, ver Denis Buican, *Éthologie comparée* [Etología comparada], París, Hachette, 1995.

ocasiones, y degeneran en combates al final de los cuales aparece el mejor guerrero. Éste entonces constituye una jauría en la cual posee ciertos derechos especiales: derecho de prelación sobre el alimento y derecho sexual exclusivo sobre las hembras entre las cuales él escogerá una y a veces dos, si es suficientemente previsivo, para encargar a sus hijos; derechos que no tienen sus subordinados. La jerarquía entre el dominante y sus subordinados es estricta pero, una vez constituida, la vida social entre los lobos es más bien apacible, salvo cuando el dominante da signos de debilidad, lo cual relanza la competencia y engendra a veces extrañas y feroces alianzas de antiguos subordinados. Pero una vez que se recobra la organización normal, todo regresa al orden, a tal punto que el lobo no merece en absoluto la mala reputación que el hombre le ha adjudicado. Si, como se ha dicho desde Hobbes, el hombre es un lobo para el hombre, el lobo, en cambio, jamás es un lobo para el lobo.

Érase pues, hace treinta mil años, una jauría de lobos. Cazaban, magníficos, cruentos, apacibles, pródigos. Dejaban, como todos los grandes señores, restos que una reducida banda de primates sin pelo, siempre erecta sobre sus patas traseras para vigilar mejor los alrededores, venía a consumir ávidamente cuando los lobos descansaban de su festín. Lo único que sabían era protegerse. Con sus extrañas patas delanteras, sus manos, se apoderaban de los sílex, los frotaban en la hierba seca y mantenían fuegos que protegían al grupo de neotenos y mantenían a raya a los lobos.

Quince mil años más tarde, los neotenos, provistos de instrumentos rudimentarios que suplían burdamente su ausencia de equipo natural, llegaron a ser cazadores-recolectores. Los sigue una reducida banda de lobos que recoge sus restos y sus desechos. Los lobos que rondan en torno a los campamentos son tanto los peores enemigos como los mejores aliados del neoteno. Por una parte, no debe dejar de vigilar su campamento ni alejarse demasiado sin compañía; si no, se convierte en una presa demasiado tentadora para los lobos. Por otra parte, los lobos dan la alarma con su aullido cuando otra tropa de neotenos u otro peligro animal o natural llega a amenazar su lugar. Los lobos están en la pendiente fatal. Bastará con atraer y luego atrapar unos lobeznos pequeños, más débiles, más dóciles, para que la neotenización del lobo comience.

Es muy sencillo obtener un perro a partir de un lobo. Basta con tomar una camada de lobos, seleccionar al sujeto más frágil, criarlo, hacerlo reproducirse lo más joven posible

para favorecer la aparición de sujetos frágiles, seleccionar de nuevo al sujeto más enclenque de la camada, reiniciar la misma operación en varias generaciones y, si se persevera en ello, se obtiene un perro.

Es muy fácil obtener dos perros muy diferentes uno de otro. Basta con seleccionar dos perros en virtud de las características físicas (pequeño, grande, patilargo, corto de patas, blanco, de patas corvas...) o con aptitudes específicas buscadas (montar guardia, rodear un rebaño, entrar al agua, cazar presas...), reiniciar la misma operación en varias generaciones y, si se persevera, se obtienen dos perros muy diferentes.

Es muy fácil obtener tres perros muy diferentes...

Cuatro también. Y cinco. Seis...

Para el año diez mil a. de C., existían de esta manera unas veinte razas, así como lo prueban las excavaciones (pekineses, perros de caza egipcios, etc.). Pero todos esos perros tan diferentes entre sí son lobos. Lobos que, tras haber sido neotenizados, olvidaron que eran lobos. Lobos sin embargo, por lo menos genéticamente. Lo prueba que si un óvulo de un verdadero lobo se encuentra con un espermatozoide de cualquiera de esos perros, producirán un híbrido fecundo, y hasta tendría la curiosidad de ver –con fines evidentemente científicos todos ellos– el coito entre un caniche blanco con cintas rosadas y una loba en estro. De hecho tenemos el ejemplo de ciertas razas de perros (los huskys) cuyos propietarios acostumbran regularmente volver a cruzar con lobos.

Los zoólogos piensan que los perros y los lobos tienen los mismos genes y «alelos» diferentes, es decir, varios estados posibles para un mismo gen; no se descarta que los perros hayan formado alelos específicos que jamás se encuentran en el lobo. Un *Dog Genome Project*²⁶ montado en los Estados Unidos sobre el modelo del *Human Genome* debería darnos información pronto sobre los puntos que aún están pendientes.

¡Entonces los perros son lobos! ¿Qué me dices, mi bella amiga? ¿No son formidables esos neotenos? Han logrado neotenizar lobos y transformarlos en guauguaus crespitos para

²⁶ David MacDonald, *The Velvet Claw, A Natural History of the Carnivores*, Londres, BBC Books, 1992.
Robert Wayne, «Cranial morphology of domestic and wild canids» en *Evolution*, n.º. 40 (2), págs. 243-261, 1986.

Sobre la domesticación y neotenización del lobo, ver Stefen Jay Gould, *Comme les huit doigts de la main. Réflexions sur l'histoire naturelle* [Como los ocho dedos de la mano. Reflexiones sobre la historia natural], París, Seuil, 1996, capítulo XXVII, «La biología del perro y el poliedro de Galton». Ver igualmente la excelente documentación publicada en el cuaderno de ciencias y tecnologías del diario *Libération* del 13 de abril de 1994.

abuelas con ganas de criar o en pitbulls para jefecillos sin tropa y muy resentidos. Sin contar la horrible reputación que le han hecho al lobo...

Si no estuvieras convencida de la neotenización del lobo por el hombre, te bastaría con considerar los siguientes rasgos que son también prueba de su neotenización.

1. El lobo dispone de unas veinte vocalizaciones diferentes, aúlla, gruñe, ruge..., en cambio el ladrido, reservado únicamente para el lobezno un tanto desamparado, perdura durante toda la vida del perro; de hecho, puro y simple horror cuando se sabe que un perro puede ladrar durante siete horas sin parar. 2. El lobo adulto lleva sus orejas erguidas, en cambio al perro la oreja le cae por lo general, al igual que al joven lobo. 3. El lobo lleva a menudo la cola baja, y la levanta cuando entra en situación de estrés y quiere dirigir un mensaje amenazante; el perro joven lleva generalmente la cola erguida como los jóvenes lobos. 4. La loba caza para sus pequeños, en cambio la maternación de la perra es mucho más relajada. El lobo, y eventualmente también el resto de la jauría, caza y sólo ingiere sus presas para regurgitarlas mejor para sus pequeños, cuando la atención de la progenitura no existe en el perro. 5. El lobo es un predador, en cambio el perro se comporta como un joven lobo cuyo alimento depende de los padres.

Imaginas la pregunta que me corroe: ¿cómo pudo el lobo, tan fuerte como es, dejarse sujetar por un ser eminentemente débil, un neoteno, que terminó él mismo neotenizándolo?

De hecho se trata de un intercambio íntimo, transformador entre el lobo y el hombre: El lobo se volvió perro cuando empezó a atribuirle al hombre el rol de macho dominante. Si el amor, según la bella fórmula de Lacan, es dar lo que no se tiene, entonces lo que uno al neoteno y al lobo es una historia de amor. En efecto, yo neoteno, le doy al lobo lo que le hice perder, un dominante y hasta un dominante de opereta, y éste me lo devuelve centuplicado. Ofrezco un rol de segunda naturaleza, que corresponde a mi propio registro (necesariamente fantasmático, por ser de segunda naturaleza), a un lobo que lo acepta convirtiéndose en mi subordinado. Le ofrezco, pues, alimento y mis neurosis de ataque, de guardia, de amor, de autoridad y el otro me responde con su fidelidad, su protección, su obediencia, su alienación... Ah, en verdad hay que decirlo, mi bella amiga: ¡el hombre es un lobo para el perro!

Pobre perro que transfiere sobre otra especie lo que ya no encuentra en la suya, constituida de individuos idénticos a él, es decir, de abortos prolongados que no sobrepasan el estadio juvenil. Al encontrar al hombre en el lugar del macho dominante, vemos ahí uno de esos extraordinarios arreglos de la naturaleza, un bricolaje tal que a fuerza de suplencias inesperadas, hace que cada uno termine recuperando lo suyo (en el caso del perro: a sus antiguos machos dominantes).

Yo sé, mi hermosa amiga, que te será difícil ver a tu delicada abuela, maquillada y llena de encajes, en el rol de macho dominante frente a su teckel [perro salchicha] con perendengues, pero ese es sin embargo el íntimo y emotivo mercado que en el fondo, vincula a esos dos eminentes representantes de especies diferentes. De hecho ¿por qué no podría volverse a leer a partir de ahí la historia de Caperucita Roja? Sabemos de la connivencia narrativa que en todas las versiones une al personaje de la abuela con el del lobo. Creo que los orígenes de este acuerdo han de buscarse hasta en el extraño mercado que se instala entre especies diferentes, gracias al cual el más débil de los neotenos, una abuela por ejemplo, puede someter al más fuerte de los lobos.

Entonces yo, el neoteno, sometí al lobo. Mi bella amiga, hay que ver en ello un proyecto y no una anécdota: neotenzar otras especies aparentemente muy reticentes es un excelente medio para hallar mi lugar en el mundo. Porque también otras han pasado por ahí: ovinos, porcinos, felinos (los gatos, que son más «independientes» que el perro en la medida en que la especie de origen está menos sujeta a la dominancia), bovinos como los cebúes y otros búfalos («vaquizados» independientemente en India y en Oriente Medio), equinos (los caballos pero no las cebras que prefieren morir antes de soportar las obligaciones), pájaros (como las gallinas, las ocas, los patos...), y muchas más y hasta vegetales: mira esos robles centenarios, bonsaizados, sobre mi escritorio... Ya que el mundo no me acoge ¿no basta con que yo cambie el mundo? Es así como me he empeñado de larga data en una alianza con otras especies neotenzadas a través de mis cuidados, bajo mi égida evidentemente, para triunfar sobre todas las demás especies adultas. Las hago simplemente desaparecer sin dejar huella, o si no las reduzco limitándoles su territorio (en parques llamados «naturales»), en donde manifiesto mi nuevo poder metiéndolos en

zoológicos a la fuerza para que nuestros hijos les lancen maní; hay que ser bueno con los vencidos.

Esta sustitución de macho dominante no deja de plantear un problema lógico, un verdadero problema de estructura: si los lobos, que vivían en jauría, se prestan al juego de engaño de la sustitución del macho dominante y con ese truco de manos se vuelven perros vulgares, ¿qué pasa con el neoteno mismo desde el punto de vista de la dominancia, sabiendo que sus ancestros también vivían en manada? Se sabe en efecto que los hominianos vivían en grupo. Y se sabe que los chimpancés, que tienen casi el 99% de su material genético en común con el hombre, viven en grupo, bajo una modalidad jerárquica que ciertamente no tiene el rigor de la de los lobos, pero que privilegia sin embargo la dominancia de ciertos machos en función de criterios de fuerza y de antigüedad. Los grupos de chimpancés cuentan generalmente con treinta a ochenta miembros dominados por machos. Cuando dos grupos se encuentran, puede asistirse a combates entre machos que pueden culminar con heridos y hasta con muertes. Cuando una hembra del grupo vencido es adoptada por los vencedores, no es raro que los vencedores maten a sus crías para marcar su dominancia sobre la descendencia. La dominancia jerárquica es de hecho visible en los chimpancés; los subordinados lamen a sus superiores en la región de los labios, en las nalgas o en las partes sexuales. Es cierto que la sexualidad de los chimpancés es más desenfundada que la de los lobos, y sin embargo está bajo el control de los machos dominantes. Por ejemplo, cuando se es un chimpancé subordinado y se está atormentado por un deseo sexual, se pueden lograr sus fines proponiéndole al macho dominante una especie de *deal* sexual: sesiones de despioje a cambio de la posibilidad de invitar a una de sus hembras a la copulación, si ella está de acuerdo, por supuesto. Entre los bonobos, esos chimpancés que viven al sur del río Zaire²⁷, muy conocidos por sus costumbres sexuales intensas y desenfundadas, el dominante puede por ejemplo recordarle su lugar al subordinado metiéndole impúdicamente su pene en la boca cuando hace demasiados avances sexuales a una hembra...

²⁷ Los bonobos fueron estudiados por Frans De Waal, *De la réconciliation chez les primates* [Sobre la reconciliación en los primates], París, Flammarion, 1992.

Existe pues, entre los simios más cercanos al hombre que viven en grupos multimacho-multihembra (así como entre los chimpancés, los gorilas, los macacos, etc.), un sistema de dominancia (a veces bastante estricto, como en los gibones por ejemplo); se estima que hay formas de vida social jerarquizada finalmente bastante similares que han existido igualmente entre los hominianos. El asunto sería saber qué pasó con la dominancia durante el proceso de neotenzación que finalmente llevó al hombre. Se sabe qué pasó entre los lobos: su neotenzación los hizo caer bajo la dominancia del hombre. ¿Entonces cuál es el sustituto del macho dominante bajo el cual cayeron los neotenos humanos mismos?

Pregunta legítima en efecto: no hay razón para pensar que el *homo sapiens sapiens*, con su pasado gregario, ya no necesitaría súbitamente la dominancia, mientras que el *canis lupus* sucumbiría a ella sin violencia. Mientras que los humanos hacían caer a los lobos bajo su dominio, me parece pues razonable conjeturar que ellos mismos caían bajo el dominio de otra especie. Te expliqué de qué manera, bella amiga, el perro, necesitado de macho dominante, había encontrado al hombre. Pregunto ahora: ¿a quién encontró el hombre cuando el perro lo encontraba a él?

Mi respuesta es simple: a los dioses. Los dioses juegan estructuralmente para el hombre el rol de macho dominante. Para decirlo en una fórmula: los dioses son para el hombre lo que el hombre es para el perro. O aún: el hombre cree en Dios como el perro cree en el hombre. O por último: si el hombre es la suposición necesaria para el lobo neotenzado, entonces Dios es la suposición necesaria para el hombre neoteno.

Esa es una respuesta de estructura que permite avanzar una hipótesis radical sobre el tipo de mundo que puede construir el neoteno. Si, por razón de estructura, el neoteno sólo puede adjudicar a los dioses el papel de macho dominante, entonces efectivamente debería poder hallarse, en todos los mundos posibles contruidos por el neoteno, la huella, la marca, el signo de esta obligación de estructura. Y de hecho se la encuentra. Ya sea bajo la forma del Tótem, por ejemplo, con el cual un grupo de neotenos se escoge un macho dominante (el Tótem remite las filiaciones a una potencia de la primera naturaleza, un halcón, un jaguar, u otro «verdadero» animal, de tal manera que el *anima* del grupo coincida con el Animal...). O en forma de espíritus que habitan, y hasta espantan, los lugares donde residen los neotenos. O en forma de dioses que, como los dioses griegos por ejemplo, intervienen incesantemente en los asuntos del neoteno y en la inmanencia del mundo. O en forma de un

Dios trascendente que le da figura a un Padre absoluto, eterno. Independientemente de la forma como se presente, existe siempre un tercero, más o menos lejano, que figura lo que sería la autoridad de un macho dominante. De hecho, es con esta figura que ciertos neotenos se permiten valerse de vínculos especiales con ésta y ejercer ya sea funciones directas de ejercicio de autoridad o funciones de administración de esta potencia tercera²⁸.

Una y otra, las especies *canis lupus* y *homo sapiens sapiens* conocen pues la sustitución de macho dominante, pero la gran diferencia entre esos sustitutos es simplemente que el primero, el hombre para el lobo, pertenece a una especie que, aunque débil y prematura, existe sin embargo en la primera naturaleza, mientras que los segundos, los dioses para el hombre, pertenecen a una especie ficticia, inventada, que resulta de la segunda naturaleza. ¿Quién habría podido creer, dulce amiga, que las especies de ficción debiesen resultar mucho más poderosas que las especies reales?

Llegado a este punto, he de retomar, con nuevas implicaciones, aquello que no quería aceptar antes; ahora lo admito: es justamente Dios (en uno de sus estados posibles) quien explica la supervivencia del neoteno. Lo admito ahora porque puedo por fin calificar a «dios»: no tiene que ver con un ser sobrenatural, ni antenatural (que habría estado ahí presente antes de todas las cosas, antes de la primera naturaleza), sino con un ser de segunda naturaleza. En el hombre, la sustitución de la dominancia sólo puede comprenderse en efecto aparejada con la invención humana de la segunda naturaleza. Puedo decir entonces que el neoteno pudo sobrevivir gracias a Dios. ¡Sobreviví porque creía –luego de la operación de sustitución de macho dominante– que estaba protegido!

Sólo me quedaba olvidar que yo era el autor de ese milagro para hacerme su primer beneficiario: ¡Me puse pues a invocar la omnipotencia de Dios y a creer en ella! Y me convertí en su primera víctima, al caer bajo la dependencia de los espíritus, de los amos y de los señores, de sus derechohabientes, de los que tienen su lugar y de sus lugartenientes, que no dejaba de inventar...

²⁸ Para el análisis estructural del tercero y de sus diferentes avatares ver Dany-Robert Dufour, *Les Mystères de la trinité* [Los misterios de la trinidad], París, Gallimard, 1990.

Para el análisis de lo que sucede cuando esta forma tercera se desfonda en las sociedades humanas ver Dany-Robert Dufour, *Locura y democracia. Ensayo sobre la forma unaria*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Porque jamás dejé de inventarlos. Lo más extraño en los dioses es que, en efecto, definidos según el tiempo por la eternidad o la inmortalidad, no dejan de cambiar. Así mismo, definidos según el espacio por la omnipresencia, su poder siempre está limitado a las regiones en las que se los reconoce. *Πάντα ρεῖ...* Este ser de segunda naturaleza, por muy omnisciente y omnipotente que se lo declare, debe siempre tener la «cabeza» que convenga en el momento y lugar. Entonces, todo dios sufre la historicidad y la regionalidad: una «cabeza» presentable aquí y ahora, ya no lo será en otro lugar y más tarde, y entonces sólo puede cambiar en el transcurso de la historia y al hilo de la geografía humanas. La única ley divina es que la «cabeza» del dios debe concordar con todo lo que constituye el entorno de segunda naturaleza que prevalece en tal momento y en tal lugar: con los relatos, con las gramáticas, con los conocimientos, con las herramientas y los objetos. Cuando un dios, un sustituto de dominante, ya no sirve, los neotenos terminan siempre por cambiarlo, así sea a costa de algunas guerras y de algunos exterminios de subordinados cuyo stock es, en todo caso, eminentemente renovable...

Es cierto que el amo oprime, pero el neoteno quiere amo. Tal vez sea el colmo, pero un colmo perfectamente ajustado a la situación neoténica, que consiste en caer incesantemente bajo la jurisdicción de los amos que él inventa para su liberación. El neoteno tiene la vocación de la sujeción a un sujeto dominante. Quiere amo, así sea para quejarse de él.

CARTA SOBRE EL VÉRTIGO EN SU RELACIÓN CON EL CONOCIMIENTO Y CON EL GOCE

Era incapaz de habitar la primera naturaleza. Me fabriqué entonces una segunda, plena de sonidos, de relatos, de gramáticas, de representaciones, de conocimientos, de prótesis, de herramientas y de objetos dispuestos en una capa perecedera, pero constantemente renovada, colocada sobre la primera naturaleza.

Ahí es pues donde habito, sin saber nunca, por lo demás, si esta segunda naturaleza que no ceso de fabricar es en verdad habitable...

En efecto, al contrario de la primera, no todo es «bonito-bueno...» en esta segunda naturaleza donde se asienta la civilización en capas. La mala noticia anunciada por Freud en *Malestar en la cultura* conserva siempre su valor: «[Tal vez] el hombre perfecciona sus órganos, los motrices así como los sensoriales [pero], no se siente feliz [...]» En efecto ¿cómo ser simplemente feliz en la segunda naturaleza si el puro y simple hábitat del instante le está vedado y esto prohíbe toda plenitud y todo completamiento? Todo está atrapado en el tiempo, en la historia, en la distensión entre retorno y anticipación. La consecuencia inmediata es que nunca estoy enteramente donde estoy. Difiero constantemente de mí mismo, consisto tanto antes como después, pero realmente nunca durante. Estoy pues sujeto a la división, y por eso es probable que me guste pensarme, idealmente, como sujeto de la división. Y además, ¿cómo podría creer totalmente en los prodigios de segunda naturaleza que yo mismo produzco? Soy como el mago que se ve constantemente haciendo sus trucos y consecuentemente nunca puede creer en ellos. Estoy pues sujeto a la duda, y probablemente por eso es que me gusta, idealmente, pensarme como sujeto de la duda.

¿Puedo de verdad pensarme como sujeto *de* la división y como sujeto *de* la duda? En efecto, ¿cómo estar sujeto *a* la división (es decir, dividido, aquí y allá) y ser sujeto *de* la división (es decir, reunido aquí y allá)? Cómo serlo sino tal vez en la fugacidad, en la efracción de un pensamiento que irrumpe, en el destello ya desaparecido cuando lo ha iluminado todo con una nueva luz. En todo caso, por lo común, estoy sujeto *a* la división y sujeto *a* la duda.

En otras palabras, estoy *sujeto al vértigo*. Tanto al vértigo espacial como temporal puesto que nunca estoy seguro de estar totalmente aquí y ahora; de hecho, por eso es que no puedo abandonar la suposición de un otro, dominante o hasta sustituto, y hasta sustituto de sustituto de dominante, que sería garante de mi presencia aquí y ahora. ¿Has visto bien, mi bella amiga, que esas águilas que giran en lo alto del cielo, esos simios que se lanzan de rama en rama *no tienen*, como se dice, vértigo? Si en cambio, yo el neoteno, al contrario del animal, estoy sujeto al vértigo es porque soy incapaz de habitar íntegramente el lugar y el instante. Conoces, mi bella amiga, el espanto que suscita en mí la contemplación del vacío; siempre fui incapaz de inclinarme por la ventana de mi edificio sin verme envuelto por unas locas ganas de saltar, probablemente para ir a ver allá abajo si yo estaba.

¡El vértigo es una buena diferencia con las verdaderas bestias! No dudo en afirmar que nada puede entenderse de la hominización si no se tiene en cuenta el vértigo permanente del hombre.

Qué digo *el vértigo*. *Los vértigos*. *Todas las formas* de vértigo. No sólo el vértigo común, el vértigo espacial. También los demás. Piensa por ejemplo en esos vértigos temporales, llamados «paramnesias de certidumbre», que tanto intrigaron a Freud y a sus discípulos, Rank entre ellos: esas imágenes del doble que hacen que me vea pasar por la calle, esas impresiones de desdoblamiento que me hacen creer que ya viví la situación que estoy viviendo ahora, especialmente cuando te estoy escribiendo esta carta...

Piensa también en el vértigo sonoro, tal como se lo encuentra, por ejemplo, en el canto IX de la *Odisea* con el episodio de los compañeros de Ulises atrapados, encantados, raptados por el canto de las sirenas. Si los compañeros de Ulises no lo hubiesen amarrado al mástil del navío, muy seguramente habría intentado salir de sí mismo para reencontrarse allá, en su afuera, en el lugar mismo de su exterioridad, en el canto de las sirenas. En el neoteno, el vértigo sonoro es tal vez el más irremediable de todos. Y es que, como lo escribe Pascal Quignard en *El odio de la música*, «El sonido entra violentamente. Es el violador [...]. Las orejas no tienen párpados [...]. Oír, es obedecer. Escuchar se dice en latín *obaudire*. *Obaudire* derivó en la forma *obedecer*. La audición es la *audientia*, es una *obaudientia*, una obediencia.». Si oír es efectivamente obedecer, esto significa que el otro está inmediatamente presente en mí aún antes de que yo haya dado mi consentimiento.

Ahora bien, aun cuando no escuche, siempre oigo. En el canal boca-oreja que nuestra especie resulta privilegiando con su comunicación, sólo la boca, en otras palabras, el órgano fonatorio, está sujeta a la modulación; en efecto, puedo callarme o hablar, y si hablo, puedo hacerlo en voz alta o baja, acentuando más o menos... Pero mis orejas, en cambio, siempre están abiertas, aún cuando duermo. Que no tengan párpados, como insiste en ello Quignard, quiere decir que nunca puedo bajar las cortinas, ni poco, ni mucho, ni completamente. Siempre son permeables al otro. Imposible modular lo que me entra por la oreja, al contrario de lo que sucede con el otro gran órgano de percepción, el ojo, que puedo alejar, así sea como lo hace Tartufo ante el seno de Dorine. El mundo con sus sonoridades penetra en mí antes de que yo lo haya querido y sin preguntarme nunca mi opinión. Resulta entonces que, al igual que todos los seres cuyas «orejas no tienen párpados», sufro constantemente una vertiginosa seducción melódica que puede resultar fatal.

Esta peligrosa fascinación no es específica, no obstante, de mi estado de neoteno. En efecto, en todas las especies que tengan orejas, éstas «no tienen párpados», y el sonido, difundido en una delgada capa circular de unos diez metros en torno a la tierra, puede resultar portador de una fascinación fatal; en todas esas especies pueden observarse presas pasmadas, fascinadas por un *melos*, incapaces de moverse, como esperando el golpe de gracia.

Ahora bien, en el neoteno, esta connivencia entre el oír y el obedecer toma un alcance muy especial que merece explorarse. Particularmente en razón de la especificidad del territorio en que el neoteno habita. El hecho de que su amarre al instante no sea en efecto de primera naturaleza sino de segunda, es decir, únicamente vocal, hace que los únicos apoyos al aquí y al ahora estén constituidos por su propio discurso y especialmente al proferir ciertas expresiones llamadas deícticas, que le permiten indexarse a su decir²⁹; por ejemplo: *aquí* será entonces el lugar en donde digo «aquí», así como *ahora* será únicamente el momento en que digo «ahora», y *yo* será quien dice «yo». Este anclaje al espacio y al tiempo, eminentemente frágil por ser íntegramente autoproducido, agrava considerablemente la posibilidad de fascinación por el otro, quien podrá llegar tanto más a ocupar mi lugar cuanto que yo mismo lo ocupé tan poco; al contrario del animal, para quien

²⁹ Sobre el análisis de esas expresiones llamadas “deícticas”, véase Dany-Robert Dufour, *Le Bégaiement des maîtres* [El tartamudeo de los amos], Strasbourg, Arcanes, 1999.

todo resulta «bonito-bueno» porque ocupa su propia posición, y la ocupa naturalmente, puede decirse en este caso. Si el otro, a causa de mis «orejas sin párpados», se encuentra tan fácilmente en mí, y si siempre dudo yo mismo de estar allí, entonces corro el riesgo casi permanente de que me resulte imposible distinguir qué me concierne y qué le concierne al otro.

En el neoteno la fascinación juega entonces no solamente respecto a las especies vecinas a las que puedo fascinar o de las que puedo llegar a ser presa, sino sobre todo al interior mismo de su propia especie, en la medida en que ésta se halla especialmente sujeta a la dominancia que, en último resorte, significa que cada cual necesita siempre, en sus orejas de subordinado, la voz del dominante o de su sustituto. La sensibilidad al *melos* producto de la imposibilidad orgánica de esfinterización de la oreja, común para muchas especies, queda en cierta forma redoblada entonces en el neoteno por su original defecto de aseguramiento al instante. Como le hace falta el apoyo del instante, el neoteno resulta en cierta forma predestinado para el vértigo sonoro, instalado en ese vértigo.

Entonces lo que arriesgo al término de una existencia plena en la que me embelesaría súbitamente el canto de otra especie cuyo *melos* me habría fascinado, no es tanto el *raptus* fatal; es sobre todo la permanente flotación en el espacio-tiempo indeciso de los recitativos que amueblan mi segunda naturaleza, y que me dejan en un estado permanente de extrañeza para conmigo mismo, muy a menudo incapaz de saber dónde estoy, quién soy y cuándo soy. En tanto neoteno, no solamente estoy sujeto a la fascinación, sino también y sobre todo sujeto al vértigo endémico.

¿Pero qué es el vértigo? El vértigo es el punto problemático a través del cual el adentro y el afuera pueden invertirse. Estar sujeto al vértigo es pues hallarse en posición ya sea de ver su adentro escapar hacia afuera o de ver el afuera invadir su adentro. Es propiamente en este lugar donde el neoteno es llamado a construir algo así como un dominio. Un dominio de lo que entra y de lo que sale. Este dominio puede tomar múltiples aspectos.

Y particularmente el de la regulación voluntaria.

No hay adentro ni afuera sin una superficie que los separe y los una a la vez. La superficie de contacto entre el adentro y el afuera es múltiple, diversificada en zonas que se

han especializado a lo largo del desarrollo ontogenético. De hecho, la membrana inicial plena de células, la *mórula* durante su transformación en *blástula* y luego en *gástrula*, se ha hundido en efecto en algunos lugares, en otros se ha inflado, engrosado aquí, afinado allá, luego abierto, salpicada de orificios, de tubos, de conductos cubiertos de órganos y de células sensibles, excretoras o asimiladoras. El sonido, el olor, todo lo que entra en mí a través de la mirada, de lo que respiro, del aire o de los alimentos que ingiero, todo lo que toca mi piel, toda la materia que rechazo, los humores... esboza finalmente una inmensa superficie de contacto que es el lugar de múltiples intercambios entre el afuera y el adentro. Sin ajustes, esta superficie se torna en envite de conflictos que pueden saldarse con traumatismos severos y heridas irremediables. Parte de esta regulación tiene lugar de manera refleja, como mi frecuencia cardíaca y en menor medida mi ritmo respiratorio. Pero el hábitat en la segunda naturaleza induce la formación de una aptitud para la regulación voluntaria tal que puedo acelerar, precipitar, anticipar, retener, diferir y hasta renunciar a la realización de un cierto número de esos intercambios.

Esta aptitud reguladora, inhibidora o anticipante, depende evidentemente de los centros superiores del sistema nervioso central. A este respecto, al menos hay que saber que, en el neoteno, la parte del sistema consagrada a su mundo propio, es decir, a su actividad psíquica interna en general, es aproximadamente 500 veces más grande que la parte consagrada a las relaciones directas (entrada-salida) con el exterior. Ese índice es, de lejos, el más importante de todos los mamíferos superiores³⁰. Esto indica que la actividad regulada o por lo menos accesible a la representación está extremadamente desarrollada respecto a la actividad refleja con el exterior, escasa respecto al porcentaje total, pero equivalente en valor absoluto a la de los demás primates. El aumento regular del volumen endocraneano durante la hominización no deja de tener evidentemente su importancia en esta hipertrofia de la actividad regulada en el neoteno. Entre el instante de la entrada o de la salida y el de la decisión de intervención se intercala entonces toda una gama de deliberaciones que ponen en juego múltiples aspectos (conscientes, inconscientes, culturales, históricos, relacionales, individuales, circunstanciales, emocionales...).

³⁰ Coeficiente que se obtiene calculando el número de neuronas que sirven para la asimilación de las entradas respecto al número de neuronas directamente implicadas en las entradas y salidas. Sobre estos puntos, véase André Bourguignon, *Historia natural del hombre I, op. cit.*, págs. 64 y ss. “El apareamiento adentro-afuera”, y págs. 198 y ss. “Apertura y cierre del SNC del hombre”.

Esta actividad regulada tiene lugar en una zona constituida por conocimientos narrativos (relatos), científicos (gramáticas) y técnicos (objetos protéticos). La segunda naturaleza funciona entonces como una capa intermedia que me permite restablecer una relación adentro-afuera más favorable que la de la primera naturaleza en la cual puedo por fin introducir una regulación de esfínter entre el mundo y yo. Todos los lugares de intercambio entre el interior y el exterior pueden entonces ser objeto de un conocimiento narrativo, científico o técnico. De esta manera puedo plantear en cada punto de la superficie de contacto, en cada zona de borde entre el interior y el exterior, en cada esfínter, en cada órgano de orificio, no sólo una regulación orgánica aprendida durante mi larga educación, sino también un conjunto de representaciones, de pensamientos, de relatos, de ornamentos, de objetos que dan fe de mi búsqueda de regulación. Voy por ejemplo no solamente a aprender a «volverme limpio», es decir, a expulsar lo impropio,³¹ sino también a plantear discursos sobre ese tema (¿cuándo, cómo, por qué, para quién, contra quién, contra qué?); aprender también a hacer que lo impropio vuelva al discurso («¡mierda!»); a practicar ritos sociales (mostrar u ocultar los órganos «impropios»); a utilizar objetos (abluciones, papel, lavativas, varitas de cera en la uretra como Rousseau, lugares especiales llamados de evacuación...); a construir un saber narrativo o científico sobre la mierda y los excrementos (color, olor, frecuencia, consistencia, forma, composición...).

Esta actividad regulada no tiene límite, se extiende a todas las actividades con que el neoteno pretende transformar a su favor la relación entre el adentro y el afuera. Hay que contar, entre éstas, las prescripciones y prohibiciones alimenticias. Los ritos de purificación. Las incisiones, tatuajes, marcas, maquillajes de las zonas de borde como los labios, los párpados, las orejas, la nariz, la lengua, los senos, el sexo, la piel... Las travesías y las jaculatorias marcadas por articulaciones de la glotis, linguales, labiales, por juegos y prácticas de inspiración y de expiración... Los ritos de conjuro de un exterior que entraría como mal de ojo, de muerte, con ciertas miradas, ciertos objetos, ciertos sonidos... La facilitación de la recepción del exterior o, al contrario, el refuerzo de la protección con la fabricación y uso de objetos protéticos como vestidos, pinturas, tatuajes, gorros, amuletos, trenzado o rapada del cabello, cejas, accesorios para las orejas, la nariz, los labios...

³¹ “*devenir propre*”, *expulser l'impropre*: Juego de palabras entre lo propio, lo impropio y lo limpio: “llegar a ser propio” expulsando lo impropio, llegar a ser limpio expulsando lo impropio (lo no-limpio) [T.].

Ni siquiera mi interior deja de estar sujeto en lo sucesivo a la intervención exterior con la penetración remota en el cuerpo de objetos, de miradas, de sustancias, de rayos. El cuerpo, que permaneció durante tanto tiempo oscuro y replegado sobre sí mismo, se despliega hoy y se presta para nuevos goces volviéndose él mismo una inmensa zona de borde con un interior sujeto a la mirada exterior (endoscopia), a los intercambios intraorgánicos a través del uso de medicamentos, de drogas, de neurotransmisores, de ablaciones, y de transplantes de órgano, de intervenciones quirúrgicas...

Todo conocimiento (narrativo, científico o técnico) se refiere en últimas a la permanente voluntad reguladora del neoteno con su exterioridad.

De hecho, por eso es que el goce ha de comprenderse como el otro del conocimiento, como su inverso, en cierta forma. Produzco conocimiento porque detesto el vértigo, pero busco el goce porque no hay nada que me guste más que el vértigo.

Así sucede con todo ese saber que produzco sobre mi estado neoténico al escribirte, mi bella amiga. Yo sé que esta tarde, cuando me vea contigo, no quedará nada de eso, ya no sabré quién soy, habré perdido todo saber, todo de mí, de ti, del mundo, estaré fuera de mí, en ti... Y mañana por la mañana, como ya nada estará en su lugar, me tocará retomarlo todo, escribir una vez más nuevas reglas de gramáticas, rehacer las genealogías, volver a empezar todo, reedificarlo todo. Es porque el goce no deja de destruir mi permanente voluntad reguladora con la exterioridad que relanza incesantemente el proceso de conocimiento.

Piensa en ese famoso vértigo de Pascal. Reconozco que, al compararlo con el suyo, el mío ante ti contiene todos esos «placeres pestilentes» que él execraba, pero cada cual tiene los vértigos que puede y, finalmente, prefiero el mío. Porque el de Pascal ya se sabe cuál es. Y hasta era claramente perceptible para sus interlocutores que lo veían tomar la precaución de fijar una silla a su lado por temor a caer en el vacío antes de poder hablar. Ahora bien, exactamente aquél que confesaba hasta qué punto el silencio eterno de los espacios infinitos lo espantaba, fue quien se halló en la posición de inventar un conocimiento sobre el vacío, lo infinito, el silencio. El cálculo de probabilidad es en efecto un saber producido en el lugar en que no se sabe absolutamente nada, en que tal vez no hay nada y no es por azar que Pascal se lo haya aplicado finalmente, en su famosa apuesta, a

Dios mismo: «examinemos pues ese punto y digamos: «¿Dios es o no es?» ¿Pero de qué lado nos inclinaremos? [...] Tiene lugar un juego [...] en que caerá cruz o sello [es decir «cruz»; donde con «cara» se gana, y con «sello» pierde] ¿Qué apostaría usted? [...] Sopesemos lo que se gana y lo que se pierde, suponiendo que cruz es que Dios es. Evaluemos esos dos casos: si usted gana, lo gana todo; si pierde, no pierde nada.» Si Él existe, yo escapo al silencio, al vértigo absoluto de la ausencia de la voz del Otro, del dominante, al vértigo del silencio eterno.

Ah! Mi bella amiga. Cuánto me gusta el vértigo al que me conduces. Hay que preguntarse si toda la hominización no parece destinada a la transformación de mi lamentable predisposición para el vértigo en una aptitud para el goce. De todos los primates, soy en efecto el único que ha logrado desarrollar hasta sus últimas consecuencias esa inclinación al vértigo. Llegado a este punto, me permitirás, mi bella amiga, llevar mis eruditas investigaciones del lado de la mitad neoténica constituida por lo que se llama mujeres.

Lo que voy a considerar es el aspecto sexual, eventualmente genitalizado, del goce femenino; en otras palabras, lo que se conoce con el nombre de orgasmo. Hay por lo menos dos buenas razones para justificar mi método. Por una parte, se ha comprobado que las mujeres gozan. No sólo de sexualidad, lo cual resulta evidente cuando se ve a la santa Teresa de Bernini arrobada en plena acción de gracia. Que no siempre gozan en la sexualidad, seguramente. Que sea rara vez, es posible. Pero que ocurra en algunas ocasiones, de eso estoy seguro; no me preguntes por qué. Por otra parte no tengo en cuenta a los machos en este capítulo porque con ellos nunca se sabe. La observación nunca basta para decir si gozan o no. De hecho, esto es tan cierto para los machos humanos como para los demás primates machos. Puede verse que se excitan y hasta se excitan mucho, como cuando se observa, por ejemplo, a los chimpancés dar vueltas en torno a una hembra en estro; es notable que copulan, pero que gocen en el sentido orgásmico del término, después de una copulación de diez a veinte segundos (tiempo promedio de copulación del chimpancé que constituye un récord si se le compara con los cinco del macaco), es muy poco probable. Por fuerza ha de constatarse que las hembras son mucho más serias en materia de investigación orgásmica. Ante todo, entre más evolucionada es la especie, más

frecuentes se vuelven las copulaciones de las hembras por fuera del período ovulatorio, y hasta durante el embarazo. Por ejemplo, las hembras bonobo son receptivas sexualmente el 75% de su tiempo. Además, en todos esos casos, siempre es la hembra la que escoge sus compañeros sexuales y la que decide sobre el número de acoplamientos. Ha de notarse, al respecto, que no escatiman como los machos ese número, puesto que puede llegar, en las hembras chimpancé por ejemplo, hasta a 50 en un día, primero los dominantes, luego los demás adultos y por último los adolescentes... Por último, esta actividad sexual viene acompañada a menudo de un esbozo de orgasmo. Todo ayuda a mostrar entonces que la culminación de la hominización coincide con la plena posibilidad del orgasmo en la mujer y... una ligera prolongación del tiempo promedio del coito en el hombre, que hoy en día fabrica prótesis en Viagra para intentar ir más allá. De ahí a pensar que el goce de los hombres no es serio y que sólo pueden gozar del goce de las mujeres, en los casos en que ocurre, no hay sino un paso que sin duda no dudaré en dar si me lo pidieras de verdad...

Porque adoro, mi bella amiga, ese vértigo adonde me llevas. Me pierdo enteramente allí sin caer definitivamente en él. Sólo muero por eso para resucitar. Es por esta razón sin duda que los neotenos astutos mantienen en general a distancia su objeto vertiginoso de elección: el silencio, lo infinito, Dios, un neoteno diferente (una mujer para un hombre, un hombre para una mujer), otro neoteno (un doble, un clon, que pueda cambiar lugares conmigo o un ideal que yo pudiera imaginar que soy), un conducto, un tubo, un hueco, un orificio, un chorro (de esperma, de droga...). El erotismo consiste esencialmente en mantener una distancia intermedia entre el comienzo del espanto vertiginoso y una base que esté a punto de caerse, una distancia tal que yo perciba íntimamente el llamado del exterior hacia una caída posible y al cual yo pueda no obstante resistirme. Este mantener la distancia funda el erotismo, hasta el punto en que, a veces, el neoteno que busca un poco más de erotismo se complace organizando la inaccesibilidad del objeto, como el místico, como el enamorado del fino amor en el amor cortés. El erotismo juega con el vértigo. Y sólo cuando se ha jugado mucho se puede intentar saltar al vacío con la esperanza de volver. Si no se ha jugado lo suficiente, se tiene miedo, miedo de su goce, que siempre amenaza arrastrarlo muy lejos, hacia el afuera o traer demasiado el afuera al adentro, tal vez la muerte. ¡Cuántos neotenos tienen miedo de su propio goce! No debería existir educación del neoteno sin una

educación para el erotismo. Es decir, una educación que admita el vértigo, que pase por lo que ya se sabe para llegar justo adonde ya no se sabe. Muchos neotenos abandonan torpemente su pellejo, es decir, esa fina membrana que al mismo tiempo los separa del exterior y los une a él, para acabar perdiéndose en nada, sin esperanza alguna de retorno, sin que este goce los inicie a cambio al conocimiento (narrativo, científico o técnico), es decir, a un dominio siempre por reconstruir, por volverse a expresar, por reinventarse en sus relaciones con el exterior.

El erotismo abre al goce, el cual se refiere al abandono intempestivo de todo esfuerzo de control: el exterior entra por tal o cual orificio aunque el interior se escape hacia afuera. El neoteno sale entonces de sí mismo en el éxtasis. ¿Pero adónde conduce el éxtasis? A nada; mi goce es vano, no capitalizable y hasta arduo, puesto que obliga a reconstruir constantemente lo que se creía seguro. Pero es así: las más bellas actividades del neoteno son las que no sirven para nada. Salvo para adornar, para embellecer, para ser magníficas, sublimes, y hasta horribles...

Por eso el goce es, claramente (si se lo conoce) u oscuramente (si no se lo conoce conscientemente), una experiencia de muerte en la medida en que implica el paso intempestivo del exterior al interior (o lo contrario). Basta simplemente con que no se trate de la gran muerte, fatal, sino de la pequeña, aquella de la que se vuelve.

Ese momento de “pequeña muerte”, es inestimable para el individuo. Porque de nada está uno separado como de su muerte. De hecho; se dice “su muerte”, pero la muerte jamás le pertenece al individuo que muere. Cómo resistirse a exponer aquí una propuesta de George Bataille tomada de su conferencia sobre “la enseñanza de la muerte” (1952), donde retomaba un comentario nunca interrumpido sobre la famosa segunda parte del “Prefacio” a *La fenomenología del espíritu* de Hegel sobre la muerte y la vida del espíritu: «la muerte no enseña nada, puesto que al morir, perdemos el beneficio de la enseñanza que podría darnos». Para sacar provecho de la enseñanza de la muerte de la cual estamos separados por siempre, bastaría con morir sin morir. Cuando no se es Cristo, que es el único que puede ofrecerse tal viaje (morir y renacer tres días más tarde), sólo queda el goce, lo cual no está mal. Se muere para sí, para los demás, todas las fronteras con lo exterior se van, cede la membrana, ya no se sabe quién se es. Y se vuelve, un poco a sí, un poco al otro, lo cual obliga a retomar todos los bricolajes narrativos, científicos y técnicos que se requieren para

sobrevivir. Ningún conocimiento es posible sin este goce que relanza incesantemente el proceso de conocimiento en la medida en que desafía todas mis regulaciones con el exterior. En este caso, la muerte *obra* en la vida del individuo, sólo la destruye para que se reconstruya de nuevo. Es ahí donde el famoso «más» del goce pasa del lado del conocimiento. Por eso el goce, como aquél que lleva a la «pequeña muerte», es también lo que nos salva de la grande, el que la difiere incesantemente anunciándola indefinidamente. No habría vida del espíritu sin obra de la muerte entendida en relación con el goce.

Mi interioridad no es solamente lo que está dentro de mi piel, como a veces se dice abusivamente, aún en los círculos eruditos, a menos que se entienda «piel» metafóricamente como en la expresión «salvar su pellejo». ¿Qué es entonces la piel sino todo lo que juega, más allá y más acá de mi piel en la membrana que me une y me separa del exterior? Lo que cede en el goce es esta membrana. Revienta. No hay goce sin angustia, sin miedo, sin miedo de reventarse, de reventar esta membrana sin poder salvar su pellejo. La piel, el señuelo, el miedo...³² El miedo se declina en dos estados: o tengo miedo de perder mi interior (en cuyo caso se trata del miedo, eventualmente gozoso, de un exterior que me sumerge, de un mundo inmundo que me inunda) o tengo miedo de estallar, de pasar al exterior (en cuyo caso se trata del miedo a un goce que me vacía, haciéndome desaparecer a mí mismo). Para obviar esos dos riesgos mayores del goce, queda una «solución», probablemente peor que el peligro mismo: cavar un hueco sanitario o edificar una gran muralla entre el mundo y yo. En ese caso mi piel se endurece, se pone dura, deja de ser esta superficie que me une y me separa al mismo tiempo del exterior. Ya el borde no hace las veces de zona de paso, de franqueamiento, de atravesamiento. Vivo en un acuario separado del resto por un vidrio invisible con el que me choco. El mundo, aún el más próximo, es infinitamente lejano, *desrealizado* como lo dice Barthes, en el artículo «El mundo atónito» de los *Fragments de un discurso amoroso*³³. Grito y no me oyen. Con toda seguridad voy a morir asfixiado dentro de la fortaleza así edificada en torno a mí. Si salgo de este estado sólo será para verme desde el exterior, encerrado, inalcanzable. Ya no puedo hablar de mí en primera persona, sino en segunda, como el narrador de *Un hombre*

³² Juego fonético: *la peau, l'appeau, la peur...*[T.]

³³ Seuil, 1977.

que duerme de Perec («Por más que escuches, que pares oreja, que la pegues a la pared, finalmente, no sabes casi nada»...) o en tercera, como el narrador de *Axolotl* de Cortazar, prisionero en el acuario que contemplaba.

Si el remedio es peor que la enfermedad, entonces el goce no tiene remedio: sólo puedo perderme cuando gozo. Simplemente porque cuando «yo» gozo, no soy yo quien gozo, puesto que para gozar, se necesita que ni *yo* [*je*] ni *yo* [*moi*] estén ya allí. En ese sentido, lo extraño del goce es que nunca hay nadie que goce. Se necesita de menos que «nadie» [*personne*] para reventar la superficie de un ojo y abrir la membrana. Gozar es pues llegar a ser nadie [*personne*], liberado al mismo tiempo de la tan extendida palabra y privado de palabras. Es llegar allí donde se ríe, se llora, se gruñe o se rechina...

Pero si gozar es llegar a ser nadie [*personne*], entonces gozar es también salir de su habitual consignación al tiempo y al espacio. En efecto, cada yo vive relegado a una esquina del espacio y del tiempo, imposibilitado para salir. Salvo si sale de sí. Si sale de él, entra en efecto en lo que podría llamarse la gran temporalidad y la gran espacialidad. Existen dos puertas de salida para este confinamiento: la de la gran muerte y la de la pequeña. Cuando se sale por la gran puerta ya no se vuelve. Se ha entrado en la gran temporalidad y en la gran espacialidad para siempre. Y así mismo hasta nunca. Cuando se sale por la pequeña puerta, se da una vuelta furtiva por una zona en principio prohibida para el individuo. Y, de hecho, fue necesario despojarse de su forma individualizada, pero esta transformación dura poco, el individuo se reforma y se expulsa de la gran temporalidad y en la gran espacialidad a medida que reintegra su espacio y su tiempo.

No quita que, así sea por el tiempo de un destello, ha entrado a otro lugar. Ha visto lo que no debía ver. Ha salido del límite espacial y temporal de la individuación para entrar en el que se despliega en las dimensiones de la especie y que atraviesa a toda la humanidad, desde el primero hasta el último hombre. Por eso «todos los hombres, en el momento vertiginoso del coito son el mismo hombre». Habiendo llegado a este lugar, sé, así sea en el destello de un instante, que yo podría ser cualquiera de esos hombres. Todos están muertos para que yo viva un día, para que viva la especie. Todos dieron ese paso que por fin conozco. Y ahí, en ese lugar del otra parte, todos resultamos en cierta manera contemporáneos. Ahí, yo soy mi padre, mi madre y mi hijo, soy el David de Miguel Ángel, soy el cazador de onzas que se ha vuelto onza, soy tú, estoy muerto desde siempre, soy

eterno, estoy ciego, sordo y mudo, soy William Shakespeare, soy Pitágoras, soy el hombre de Cro-Magnon, soy Mahomed ibn Moussa al Khwarizmi, no soy ninguno de esos, soy todos los demás, todos los neotenos que están por nacer y muchos otros más, puesto que ahí todos somos el mismo hombre.

Mi bella amiga, el día ya se va. Esta mañana me contemplaste como jamás fue mirado hombre alguno. Como el último... Aquel que resulta encargado de hacer el balance antes de que se de vuelta a la página. En un instante, tuve que responder por cada cual. Y todos, desde el primero, vinieron a anidarse y a vivir en mí.

Es tarde. Regresas pronto. ¿Habré de mostrarte lo que intenté poner en el lugar de tu mirada? ¡Ese retrato del artista como mico fracasado, ese neoteno condenado a suplir sin descanso su debilidad redhibitoria! Primero, esta cosa sangrante que fui, un aborto prehistórico incapaz de mantenerse en pie, chillón hasta más no poder, lamentable primate que hizo morir de risa a los demás grandes simios, un error de la naturaleza... Y ahora, con ayuda de los extraños órganos que me brotaron para obviar esta debilidad constitutiva, gracias al bálsamo de la eterna huída hacia adelante de descabellados relatos que renuevan incesantemente la idea de un amo protector, con la invención permanente de nuevas gramáticas, diestro en el transplante incesante de prótesis encastradas unas sobre otras en mis tan endebles órganos, he entrado en la historia y he deshecho el mundo para recrear otro a mi conveniencia...

Al entrar a esta Florencia en lo real, al umbral de un nuevo Renacimiento, al borde de un nuevo Génesis, voy a rehacer el mundo de lo vivo y voy a rehacerme. Voy a renovar las especies. Sabio, los haré funcionales según mis necesidades de alimentación, de salud, de reproducción... Loco, los deliraré como se me antoje.

Reharé el mundo, pero sobre todo te anuncio que me dispongo a rehacerme a mí mismo: ese cuerpo frágil llegado del fondo de las edades va a desaparecer pronto y nacerá otro cuerpo, posthistórico.

Que yo sepa, es la primera vez en la historia de lo vivo que una criatura llega a leer la escritura de la cual es expresión. Con este bucle, con este anudamiento, el increíble acontecimiento ocurre: el instante en que la criatura podrá regresar en la creación para rehacerse. El instante en que la criatura interferirá en su creación y se planteará como su propio creador.

³⁴ *Pour finir, enfin...* Cfr. la nota 8 del primer capítulo [T.]

Ese paso fue posible con un formidable acontecimiento, el del reencuentro de dos escrituras separadas entre las cuales se jugó siempre mi destino de neoteno: la escritura natural y la escritura artificial. Lo que aparece cuando la escritura exosomática, de segunda naturaleza, logra leer la escritura endosomática, de primera naturaleza, y transplantarse en ella, es un punto crítico, un momento catastrófico (en el sentido griego de trastorno). El tiempo de después del tiempo histórico se abre cuando sobreviene la posibilidad efectiva de interferir en el germen de la especie, en la escritura natural, y de integrar allí ciertos fragmentos elegidos de esta escritura artificial a la cual, como neoteno, me vi obligado.

Con este encuentro, el fundamento mayor del neotenato resulta trastornado. Todo ocurría en la relación entre mi incompletamiento nativo y la suplencia. Pero esa relación está ahora invirtiéndose desde el instante en que resulto capaz de curar mi insuficiencia con lo que supuestamente habría de suplirla únicamente.

En efecto, los remedios a los que me vi conducido, a fuerza de suplir mi desfalleciente organicidad, alcanzaron tal amplitud que terminaron por sobrepasar mi organicidad misma. Gracias a su lógica acumulativa, el objeto protésico, que funciona ante todo como un adyuvante para sostener y compensar una organicidad débil, ha alcanzado ahora al cuerpo mismo. El mundo protésico, transformado con una lógica de conquista, casi orgánica, dicta en adelante su ley a todo el espacio. Hasta el punto en que la relación entre el cuerpo y la prótesis se invirtió: a fuerza de expansiones acumulativas, lo protésico se ha anexado al cuerpo, que de esta manera se ha vuelto él mismo una especie de prótesis enmendable y modificable.

Por eso, mi bella amiga, te anuncio al final del día que vio fundir en mí esa dulce mirada de una profundidad sin precedente, la próxima desaparición de mi viejo cuerpo orgánico y la aparición de un cuerpo máquina, de un cuerpo transformable en superprótesis, inscribible y reinscribible en supergramática.

Tienes entonces ante ti al último de los hombres. Mañana, otro, desecho, mejor hecho, rehecho, estará ahí en mi lugar. ¿Lo mirarás y él será aún sensible a tu mirada?

En ese punto de mi destino, sólo quedaría saber si en verdad quiero morir para renacer de otra manera.

Pero ¿esta pregunta tiene acaso sentido?

¿Cómo podría no querer lo que siempre quise, aquello en lo que trabajo desde la noche de los tiempos?

Todo me lleva a estar de acuerdo con lo que sucede, porque además lo que yo quiera o no, no tiene peso alguno para impedir que se realice una historia en marcha hacia su fin; un fin bastante poco hegeliano por lo demás puesto que, a guisa de espíritu, lo que se busca es un cuerpo absoluto. En efecto, las cosas andan completamente solas, movidas por un incoercible movimiento acumulativo, de manera que ya no necesito querer cualquier cosa para que *eso* suceda. Un *eso* ya en formación, ya en potencia. Porque hay ya un discurso para sostener *eso*. Un discurso al mismo tiempo eficaz, inaudible a fuerza de estallidos y no obstante omnipresente, constituido por el encuentro explosivo de fragmentos de discursos tecnocientíficos con arcaicos deseos, cantados siempre en los relatos, para escapar a su condición de estar sometido a la muerte, como tal sexuada y presa en la sucesión de las generaciones.

En otro tiempo, en tanto neoteno sólo disponía de un medio tradicional para salir de la mazmorra en la que caía al nacer: escribiendo, cantando, componiendo, peinando, bailando, dándole a mi desenfrenada imaginación plenos poderes, pero la creación estética se volvió, una vez llegada la grandiosa hora del encuentro de las dos escrituras, un valor de un pasado descompuesto. En otro tiempo era necesario que yo dejara una obra porque, como yo estaba débil y me sabía prometido para la muerte, la creación estética me permitía ubicar en el lugar de mis debilidades y del horror de mi muerte, algo diferente, supuestamente grande y bello, las más de las veces puesto a cuenta del dominante (ancestros, espíritus, dioses, Dios, rey, pueblo...). De esta manera, la creación estética era un maravilloso “peor-es-nada” para aceptar la debilidad suprema: la muerte. Un trueque, un intercambio, una conversión, una sublimación del horror en belleza. ¿Pero qué valor puede conservar aún la creación estética ante la creación protésica que justamente promete desplazar el límite absoluto de la muerte?

Para el neoteno, la creación estética y la creación protésica fueron siempre prácticas gemelas surgidas de la misma fuente: ¿qué hacer con las debilidades neoténicas y sobre

todo con la muerte, la peor de todas? Pero su diferencia radica en que la primera posee un poder de sublimación de la horrible muerte en belleza, mientras que la segunda se da a la tarea de regresar a los lugares físicos, reales, de las limitaciones para cambiar sus confines. ¿Qué vale aún la creación estética a partir del momento en que puedo actuar sobre lo real, desplazando los límites materiales de mi relegación al espacio y al tiempo? Hoy la creación protésica apunta explícitamente a volver a trabajar materialmente en el desplazamiento de ciertos límites que la creación estética aceptaba de entrada. Como neoteno, entré en un tiempo donde ya sólo puedo sublimarme como superprótesis.

Lo que se busca desplazar en las actividades protésicas no es más que los límites de mi asignación restringida al tiempo (un «aquí»), al espacio (un «ahora»), al orden de sucesión de las generaciones, a uno de los dos géneros (hombre o mujer).

Toda esta bufona historia neoténica, con las cohortes de ídolos tiránicos que me he dado (tótem, *physis*, Dios, rey, pueblo, proletariado...), apunta hoy a su fin. Muy pronto podré deshacerme de su tan restrictivo concurso, emancipándome de su tutela y transformándome en mi propio creador. Todo me lleva a aceptar ese giro.

No soy el producto de ninguna forma terminada que pudiera invocar y que se tuviera que preservar decididamente. Procedo únicamente de una forma aún no realizada. Nunca entendí qué hacía ahí. Todo resulta como si sólo hubiese sido lanzado al mundo para ser desafiado. Desafiado a transformarme yo mismo. Para terminarme, y hasta exterminarme para renacer de otra manera. En efecto, con seguridad nunca fui puesto aquí más que para trabajar en mi propia desaparición. Para salir por fin de una animalidad que llevo pegada a la piel sin haber tenido nunca la posibilidad de asumirla. Para curarme de todas mis debilidades y de la enfermedad de la muerte. Para escapar en fin al riel fatal de la individuación y a la funesta rueda que tritura a cada cual en la sucesión infinita de las generaciones.

Sí, todo me lleva a salir de mi estado, a escapar de una ciega evolución natural en provecho de una evolución artificial consentida. Ya sólo me basta con integrar en la escritura genética lo mejor de todo lo que fue escrito en la escritura exógena. ¿En nombre de qué tendría que renunciar a incorporar en los bienes raíces de mi especie las gramáticas y la tecnicidad que he alcanzado tras cien mil años de sufrimientos? ¿En nombre de la salvaguarda del viejo neoteno en el cuerpo de primate malogrado? ¿Pero si siempre he

batallado por paliar mi falta de primera naturaleza y crear una segunda cuya única finalidad posible sea la de sustituir la primera!

¿Por qué la especie tendría que contar aún con una evolución biológica espontánea si la capacidad de evolución cavilada de la que sería capaz hoy en día estaría infinitamente mejor dirigida y sería más diligente? ¿Por qué, si pueden arrancarse uno a uno los últimos hilos que me ligan aún con los mamíferos superiores, no lo querría yo?

En todo caso ¿qué peso tendría mi pusilánime deliberación ante tal exigencia? ¿Daría yo pruebas de algo diferente a una injustificable cobardía al recular en el momento de salir de la trágica ironía de mi condición? ¡Cómo! ¿Me detendría yo en el momento de dar el último paso de esta marcha forzada a la que me he constreñido desde hace cien mil años? ¿Justo cuando voy a sobrepasar mi condición? ¿En el momento de acceder por fin a la soberanía y al goce de la soberanía?

¿Por qué tendría que detenerme tan cerca del objetivo cuando ya no me queda sino concluir la lectura de los tres millares y medio de caracteres del genoma para entrometerme en las bases materiales de la vida, a fin de cambiar sus pormenores, primero para reparar los errores de los que puedo sufrir, pero sobre todo para extirpar el error común en donde todo el mundo estalla y corregir por fin el error neoténico? Ya empiezo a jugar con las escrituras naturales, a mezclarlas entre sí, a construir pasarelas entre la escritura natural y la escritura artificial, a implantar memorias vivas en las máquinas y a transplantar memorias construidas en los tejidos vivos; ya comienza la gran obra de cableado entre lo vivo y lo protésico...

Sí, todo me lleva a salir de mi estado marcado por la diferencia entre el individuo y la especie. Era necesario morir como individuo para que viviera la especie. Ahora bien, quiero vivir. Quiero instalarme allí, en lo que percibía hasta entonces en la efracción instantánea del goce, durante el paso por la relación sexual, en ese breve paso más allá que me hacía salir de mí mismo, que me sacaba de lo que Nietzsche deploraba como la ley rígida de la individuación, que me izaba, durante el tiempo de un exhalación, a las dimensiones de la especie. Sin embargo, si los individuos viven mucho más viejos (y si pueden vivir doscientos años, ¿por qué no podrían vivir quinientos?), si ya no mueren de verdad porque, en cierta manera, es «entre varios», orgánicamente idénticos, que resultan asumiendo las cargas de la vida, si lo irreparable se vuelve cada vez más reparable como permite pensarlo

la clonación, si, en fin, se vuelven reproductibles por una especie de reproducción por esquejes, entonces las diferencias cruciales entre el individuo y la especie quedarán desplazadas, serán modificadas, alteradas, pasablemente debilitadas. La minimización de esas diferencias me abre así las puertas de un goce sin freno. La posibilidad de pasar al otro lado sin morir y durante un tiempo mucho más largo que el de la pequeña muerte. ¿Por qué rechazaría yo este acceso que está al alcance de mi industriosa mano, capaz ya de intervenir en su propio patrimonio para modificarlo, tan cerca de inventar una supranaturaleza?

Eso es, mi bella amiga, todo lo que debería ganar con el anudamiento de las dos escrituras a las que estoy destinado desde siempre.

Pero a medida que se exalta mi discurso, en el cruce de caminos, me atenaza una duda. ¿Conservaré tu mirada? En ese sistema de la reproducción sexuada, en el punto clave del encadenamiento de las generaciones, allí donde el individuo debía morir para que viviera la especie, estaba condenado a encontrarme contigo. Es cierto que podía hacer lo que quisiera con este encuentro (rodearlo, evitarlo del todo, quedándome por ejemplo en el mismo sexo, intentar asumirlo hasta en lo que tenía de imposible...), pero ignorarlo no podía. Basta con nombrar «amor» el afecto que acompaña este encuentro para comprender que si mi condición ante la mortalidad se modifica un ápice, entonces lo que cambia es toda mi disposición para el amor. Si se altera esta condición, ya no estoy seguro de encontrarme contigo. Y sin embargo, es hacia este nuevo estado que me conduce ineluctablemente mi segunda naturaleza.

¿Qué va a suceder cuando las organizaciones de las costumbres entre los hombres y las mujeres, imposibles pero siempre realizadas, dejen de valer, y cuando la usual relación con la muerte del neoteno se modifique? Siempre se supo que si algo llegase a cambiar en ese nudo trágico en el que se encuentran las relaciones de alianza y las relaciones de filiación, entonces vacilaría la condición humana. Fue el genio de Freud, lector de las tragedias de Sófocles, el que mostró, hace exactamente un siglo, que las relaciones de alianza siempre habían sido incompatibles con las relaciones de filiación y que el neoteno podía constituirse como sujeto al costo de esa no relación. Sin embargo, son esos arreglos los que actualmente están en duda en la actividad de segunda naturaleza del neoteno. En

efecto, ¿qué pensar de un proceso de transmisión de vida que pudiese escapar a la filiación y engendrarse lateralmente, como en la clonación? El niño de tal proceso estaría, respecto a su «genitor», exactamente en la misma posición que la de una Antígona respecto a un Edipo: hija y hermana a la vez. Un *incesto* tecnocientífico, *clean* tal vez, por medio de una pipeta y una retorta, pero de un poder devastador intacto, en donde habrías desaparecido del horizonte...

Entonces, lo que corro el riesgo de perder al suscribir ese pacto fáustico es a ti, mi bella amiga. Al perder mi relación con la muerte y con el otro sexo, es a ti entonces, y tu mirada, lo que pierdo. Y si pierdo tu mirada, lo pierdo todo. Por eso, no quiero ninguno de esos beneficios al alcance de mi industriosa mano; no los quiero a ningún precio. ¿De qué me serviría pasar del otro lado del goce para perderlo todo y gozar de nada? ¿Qué significaría mi omnipotencia sobre un mundo en el que me encontraría solo? ¿Qué me importaría vencer mis debilidades para perder el amor, deshacer la muerte para perderme, con la terminación del miedo a la muerte y a la angustia, lo cual conjuraba perfectamente el arte y la belleza? Quiero conservar mi viejo y débil cuerpo, mi situación imposible, así sea a título humorístico. Cuando se es fracasado a tal punto, termina uno anhelándolo, hasta el punto en que la felicidad del remedio no tiene ningún peso ante la voluptuosidad del mal. Entonces, nada quiero más que conservar ese estatuto informe que finalmente me conviene tan bien, particularmente esta piel y todo lo que a ella se adhiere en el paciente orden del conocimiento y en el improvisado desorden del goce. Nada me gusta más que mi debilidad que me obliga al conocimiento y nada quiero más que el goce que deshace todos mis conocimientos.

Y además, no quisiera pertenecer al siglo que verá el clivaje de la comunidad neoténica, de la comunidad humana, que sobrevive bien que mal, única e idéntica a sí misma, desde hace cien mil años a pesar de los constantes sueños de grandeza de los pueblos, de las etnias, o de los tiranos. No quisiera pertenecer al siglo que verá la ascensión del hombre nuevo porque esto implicaría la liquidación, la caída en desheredad de la rama de los viejos neotenos hombres que arrastran tras de sí ese estruendoso cortejo alimentado por sus trágicas e irrisorias oposiciones entre pueblos, entre regiones, entre grupos sociales.

No quiero, para terminar en fin con todo eso, que haya que llegar al clivaje orgánico de la humanidad y a cometer así el horror absoluto.